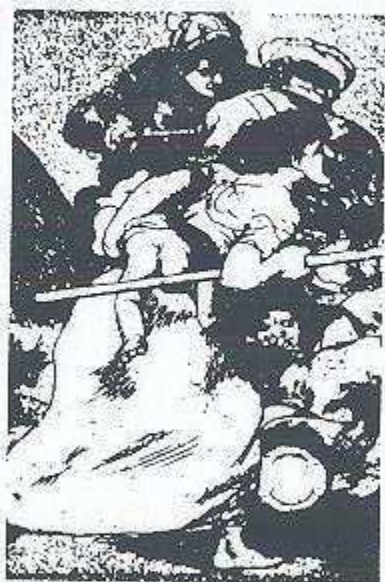


Seminario



**HEROICA DE  
BUENOS AIRES  
OSVALDO DRAGUN**

**COLECCION PREMIO  
casa de las américas**

Seminario Multidisciplinario  
José Emilio González

**SMJEG**

Facultad de Humanidades  
UPR-RP

1190150 12/10/08

Primera edición Casa de las Américas, 1966  
Segunda edición Casa de las Américas, 1975



Casa de las Américas  
3ra. y G. Vedado  
La Habana, Cuba  
diseño de Umberto Peña

## PRIMER CICLO: "EL CALOR"

## "PRIMAVERA" <sup>1920</sup>

### CUADRO PRIMERO

*Es el día 21 de setiembre, Día del Estudiante. Cuando se levanta el telón, y sobre un escenario casi vacío, está el puesto de María. Amanece, o ya ha amanecido, pero hace muy poco. El escenario vacío representa un campo, fuera de Buenos Aires, sobre una ruta de acceso a la ciudad, que los estudiantes eligen para realizar «su fiesta». Un árbol, algún banco rústico. El puesto mercado de María está casi en medio del escenario.*

*Carlos, hijo de María, de 23 años, está subido en el puesto colocando un cartel publicitario. El puesto aún tiene sus puertas cerradas. Desde la cercana ruta nacional llegan los sonidos de los autos y camiones que pasan a toda velocidad, como también algunos trenes. Luego de unos instantes, entran, arrastrando un carro mercado, un puestero, ayudado por Adolfo Alonso. Al ver el mercado de María, ambos detienen el carro.*

ADOLFO: *(Rompe a reír.) ¡Te jodieron, Negro! ¡Alguien se te adelantó! ¿Para eso me hiciste levantar a las cuatro? ¡Y de qué te reís, tarado! Se ve que para vos es una changa...*

PUESTERO: *(El puestero se aproxima al otro puesto. Grita a Carlos.) ¡Che... vos! ¿Quién te dio permiso para armar aquí el puesto? (Carlos no responde. Sigue armando el cartel. El Negro vuelve a gritarle.) ¡Mostráme el permiso municipal, querés! Hace años que este lugar es mío... (Carlos termina de colocar el cartel,*

que dice: «Super-Mercadito Doña María». El joven salta al suelo y golpea en las cerradas puertas del supermercado.)

CARLOS:

¡Mamá... si no querés que me agarre a trompadas con un tipo, salí pronto!

(Se abren las puertas del puesto y aparece del interior María. Se apoya sobre el mostrador.)

MARÍA:

¿Qué pasa, nene?... (Ve al puestero.) ¡Ah, sos vos, Negro! ¿Qué te duele?

PUESTERO:

¡Tendría que haberme imaginado que era tuyo!... (Señala a Carlos.) ¿Ahora tenés secretario?

MARÍA:

Es mi hijo Carlos. ¡Y no lo provoques que fue campeón de boxeo!

PUESTERO:

¿Sí? A mí me parece violinista... ¿Se pinta las uñas?

(Carlos hace un gesto hacia el puestero; María saca en ese momento un gran cuchillo de hoja ancha, y una torta.)

MARÍA:

¿Querés un pedazo, Negro? Para el desayuno... El café lo podés tomar en el bar. Hay uno a cincuenta cuadras.

PUESTERO:

¡Vamos, María, no me podés hacer eso! Yo siempre vine con mi negocio a este lugar... Hace cinco años que todos los 21 de septiembre... (Cortando un pedazo de torta.)

MARÍA:

No te entiendo nada. Primero decís siempre. Después cinco años... ¿Para qué usás palabras que no sabés lo que significan? ¿Querés torta? Te la dejo a precio de costo.

PUESTERO:

¡Moríte!... (Con intención.) Y no te ha de faltar mucho, no... Ya se te empezó a caer el pelo. (María clava el cuchillo en el mostrador con un golpe seco.)

MARÍA:

Seguí viaje. Por ahí vas a encontrar algún descampado.

PUESTERO:

¡Vos sabés bien que no hay uno hasta por lo menos diez cuadras!

MARÍA:

¡Bah, qué son diez cuadras para un hombre joven como vos!

PUESTERO:

¡Son que hasta allí no va nadie! Todos los estudiantes hacen sus picnic por aquí!

MARÍA:

¿En serio? ¡Mirá vos! ¡La pegué de casualidad!

PUESTERO:

¡Qué casualidad! Lo que hiciste es una porquería. Yo vine siempre aquí!

MARÍA:

Y bueno, Negro... mala suerte. ¡Esta vez te quedaste dormido!

PUESTERO:

¡Qué dormido! Nos levantamos a las cuatro de la mañana. (Señala a Adolfo.) ¡Preguntáale a él! ¡Decile, Adolfo... decile! ¿A qué hora nos levantamos?

MARÍA:

(Mira a Adolfo.) ¿Quién es... tu socio capitalista?

ADOLFO:

(Riendo.) ¡No, señora... yo no soy socio de nadie! Vine por la changa, nomás. Y fijese que lo que dice el Negro es cierto, eh... ¡A las cuatro me hizo levantar!

MARÍA:

(Al puestero.) Tiene cara de carrerista. No le creo una palabra.

PUESTERO:

¡Tenés que creerle, María!

MARÍA:

Y bueno, le creo. ¿Y qué? ¡Esto no es cuestión de fe, m'hijo! Este

lugar es bueno... nosotros vinimos ayer... nos pasamos la noche al sereno... ¿y vos querés que por un problema de fe me trague el agua bendita y te lo deje? ¡Vamos, nene! Seguí para le descampado... Si me sobra algún cliente, te lo mando.

*(El puestero la mira con rabia. Vuelve hacia su carrito.)*

PUESTERO: *(A Adolfo.)* ¡Vamos, antes que...!  
*(Entre Adolfo y el puestero comienzan a empujar el carro que va cruzando el escenario.)*

PUESTERO: *(Cuando pasa frente a María.)*  
¡Pero te voy a joder, María! ¡Los chorizos que traje son de cerdo!

MARÍA: ¡No me digás! ¿Así que murió tu abuelo? ¡Decime dónde lo enterraron, así le mando flores!  
*(Adolfo lanza una carcajada. El puestero lo mira.)*

PUESTERO: *(A Adolfo.)* ¿De qué te reís, tarado?

ADOLFO: *(Riendo.)* ¡Y viejo... soy el changuista, no el patrón! *(Grita a María.)* ¡Hasta luego, señora! ¡Y péñese... le debe quedar muy bien!  
*(Adolfo y el puestero salen empujando el carro.)*

MARÍA: ¡Bueno... ahora a limpiar un poco!... *(Hacia dentro.)* ¡Vamos, levantáte, nena, que hay que barrer «el salón»!

CARLOS: *(Va hacia María.)* Usted no me dijo que él siempre ocupaba este lugar.

MARÍA: Y, vos no me lo preguntaste.

CARLOS: ¡No me hable así, que no me está vendiendo nada! Yo pensé que venía para defenderla...

MARÍA: ¡Yo no te traje para que me defiendas! Eso lo puedo hacer sola muy bien. Te traje para que me ayudes... y para que comiences a conocer el negocio. Elegir el mejor lugar es una de las cosas más importantes.

CARLOS: Me dio lástima el pobre tipo.  
MARÍA: ¿Ése? ¡Hacéte el ciego, y vas a ver como te roba hasta el bastón! ¡Ay, nene, parecés socio fundador del Ejército de Salvación!... Vamos, colocá el parlante, así escuchamos un poco de música. Es bueno comenzar la primavera con música... *(Mira alrededor.)* y con muchos clientes, espero...

*(Carlos entra al puesto. Saca un parlante y un largo cable. Va hasta un árbol cercano. Trepa a él y comienza a colocar el parlante. María, mientras tanto, va poniendo sobre el mostrador sus mercaderías: cafeteras, bebidas gaseosas, sandwiches, etc. Grita hacia dentro.)*

¿Y, nena? ¿Hasta cuándo?  
*(Desde el interior.)* ¡Ya estoy, mamá! ¿Hace frío?

ADA:

MARÍA:

¡Ponéte a trabajar, y vas a ver cómo entrás en calor!  
*(Del interior sale Ada. Es una linda muchacha de 19 años. Trae una pollera ajustada. María la mira.)*

¿Qué hacés?

¿Cómo?... Todavía nada.

MARÍA: ¡No! Digo, ¿qué te ponés? ¿Estás loca? ¿Pollera ajustada... en el campo... entre miles de estudiantes? ¡Vamos, ponéte la ancha, la escocesa!

ADA: *(La mira. Rompe a reír.)* Yo no creo que sea un problema de moral, ¿sabés?

MARÍA: ¿Moral? ¡Mirá, no me compliqué la vida a las siete de la mañana! ¡Ponéte la escocesa!

ADA: *(Siempre riendo.)* ¿Ves lo que digo?... No es moral. Entonces, son celos. Querés que sólo te miren a vos...

MARÍA: *(Fingiendo asombro, pero satisfecha en el fondo.)* ¿A... mí? ¡Eso sí que está bueno! ¡Yo ya no estoy para que me miren, sino para que me recuerden! ¡Ponéte la escocesa!

ADA: Pero te miran. Y prefieren quedarse al lado tuyo que al mío... ¡Siempre se te arrima alguno, y tenés que sacarlo a patadas! *(Ríe.)* ¡Yo también haría lo mismo, de ser hombre! A tu lado se siente calor...

CARLOS: *(Desde el árbol.)* ¡Dejen de decir pavadas como todas las mujeres... y alcáncenme un enchufe!

MARÍA: Tiene razón. ¡Linda conversación entre madre e hija! ¡Andá a ponerte la escocesa!

*(María va empujando a Ada hasta el interior. Saca un enchufe y va con él hacia el árbol donde trabaja Carlos. María le alcanza el enchufe. Ada se asoma desde el interior.)*

ADA:

MARÍA:

¡Mamá... a lo mejor, con la pollera ajustada, conseguía un estudiante! ¿Un estudiante... casarte con un estudiante? ¡Estás loca, nena! El país está lleno de médicos, abogados, ingenieros... ¡Se mueren de hambre! ¡Loca como una cabra! ¡Ponéte la escocesa! Prefiero que te cases con el Negro ese... que, aunque lleva puesto lo poco que tiene, va a hacer carrera! ¡Ya vas a ver que hará carrera! ¡Ése no para hasta tener un puesto en el mercado!

*(De pronto, surca el aire una escuadrilla de aviones a reacción. María se interrumpe, sorprendida.)*

¿Qué fue eso?

*(Ada sale con la pollera escocesa. Mira el cielo cubriéndose los ojos con las manos.)*

Una escuadrilla de aviones a chorro...

CARLOS:

MARÍA: ¡Tan temprano! *(A Carlos.)* ¿Qué hora tenés?

CARLOS:

Si miro el reloj, me rompo el alma. Deben ser como las siete y media.

MARÍA:

¡Qué raro que no haya llegado ninguno todavía!

ADA:

Me voy a quedar soltera...

MARÍA:

¡No diga pavadas! ¡Si todos la están esperando!... *(La acaricia con fuerza.)* ¡Con esa carita!... ¡Usted me va a dar muchas satisfacciones, ya va a ver! ¡Ay, Dios mío, por fin ya creció... ahora le llegó la hora de gozar la vida! *(La besa.)*

*(Carlos descende del árbol, estirando un cable.)*

(Está simulando, naturalmente, con toda su astucia.)

CARLOS: (Ya arrepentido.) ¡Pero... qué vieja, qué vieja! Si Ada tiene razón... todos se arriman a usted...

MARÍA: Entonces... ¿me querés un poco?

CARLOS: Pero claro, mamá...

MARÍA: ¿Y no te importa que tu pobre madre ande por ahí, con un puestito, para ganarse la vida?

CARLOS: ¡Al contrario, me siento orgulloso!

MARÍA: ¿Sí?

CARLOS: Sí.

MARÍA: Entonces... ¿vas a seguir estudiando contabilidad, para que yo no sufrá?

(Carlos abre la boca para decir «sí» cuando se percata del juego.)

CARLOS: ¡Ya está otra vez trabajándome la moral!

MARÍA: ¡Yo no tengo que trabajarte nada! ¡Sos mi hijo, no! ¿Qué tengo que trabajarte?

CARLOS: ¿Y por qué siempre que me habla, parece que me está vendiendo algo?

(Carlos vuelve a desaparecer. María se inclina sobre el mostrador, hacia el interior donde está Carlos.)

MARÍA: ¡Te avergonzás, ves, te avergonzás de que venda cosas! ¡Siempre terminás echándomelo en cara! ¡Pero un día, oh sí, te lo juro, un día me vas a tener que juntar con cucharitas de abajo de un tren! (Solemne y fúnebre.) ¡Te lo juro, Carlos, con cucharitas, de abajo de un tren!

(El parlante comienza a sonar. Pero no se oye nada, ya que sólo emite ruidos, descargas y una especie de truenos y relámpagos. María cambia de tono inmediatamente. Va hacia el árbol donde está el parlante.)

MARÍA: ¿Qué pasa? ¿Qué porquería le hiciste?

ADA: (Riendo.) ¡«Tiempo tormentoso» en ritmo de *twist*!

(Hace algunos pasos de *twist*.)

MARÍA: ¡Calláte, idiota, y seguí con lo tuyo! (Grita.) ¡Carlos! ¿qué pasa?

(Carlos viene hasta donde está ella. Mira el parlante.)

CARLOS: No sé. Yo seguí las indicaciones.

MARÍA: ¡Te las debe haber dado un tartamudo! ¡Y justo ahora, que van a empezar a llegar los estudiantes! (No soporta el ruido.) ¡Apagá eso antes que me vuelva sorda!

(Carlos corre hacia el puesto y apaga el parlante.)

CARLOS: Y ahora, ¿qué hacemos?

MARÍA: ¡Ahora, ahora!... ¡Tendrías que ponerte a cantar vos! (Pausa. Va hacia el árbol y mira el parlante.) ¡Y yo que contaba con la música para joderlos a todos! ¡Ningún otro puesto tiene parlante por aquí! ¿Quién te dio las indicaciones? Rogelio, el de la esquina.

CARLOS: ¿Cuál... el loco?

MARÍA: (Avergonzado.) Sí...

CARLOS: (Se agarra la cabeza.) ¡Ay Dios mío, pero si ése no sabe ni limpiarse

el culo! ¡Perdonáme, nena! (*Ada lanza una carcajada.*) ¿De qué te reís, de las malas palabras? ¡Mal-educada!

(*María va hacia el árbol y lo sacude un poco.*)

MARÍA: (*A Carlos.*) A ver... enchúfalo ahora. A lo mejor a los golpes se arregla.

(*Carlos enchufa y vuelven los ruidos anteriores. María grita.*)

¡Apagá, apagá!... (*Carlos apaga el parlante. Pausa.*) ¡Y... está escrito, cuando uno comienza a volverse viejo, todo le sale mal!

CARLOS: ¿Qué tiene que ver la vejez con que yo no sepa nada de electricidad, me quiere decir?

(*Antes de que Carlos termine de hablar ha entrado Adolfo Alonso. Ada lo ve y va hacia María.*)

ADA: Mamá, tenés visita.

ADOLFO: ¿Se puede ayudar?

MARÍA: ¿Ayudar... usted? ¡Seguro que lo mandó el Negro para que terminase de reventarme!

ADOLFO: No, señora. A mí no me manda nadie. Oí los ruidos que hacía el aparato ese, y pensé que podrían necesitar mi ayuda.

MARÍA: ¿Sabe algo de parlantes, o de chorizos de chancho?

ADOLFO: (*Sonriendo.*) ¡De vez en cuando hago algún trabajito de electricidad... para comer chorizos de chancho, sabe!

(*Adolfo se ha acercado al árbol y mira el parlante. María va hacia él.*)

MARÍA: ¡Mire que si me lo rompe, me lo paga!

ADOLFO: (*La mira.*) Ajá... ¿y si lo arreglo? ¿Qué me da?

MARÍA: ¿Cómo qué le doy? ¿Vino para ayudarme, o para explotarme? ¡Si lo que hay que hacerle es una pavada!

ADOLFO: (*La mira sin dejar de sonreír.*) ¡Ajá!... Así que, si lo rompo, me cobra... y si lo arreglo, no me paga... ¡Este Buenos Aires! (*Adolfo está mirando el parlante. Ada se aproxima a él.*)

ADA: ¿Usted no es de Buenos Aires?

ADOLFO: No, señorita. De Entre Ríos. ¿Sería tan amable de alcanzarme un cajón? (*Ada va a buscarlo. Adolfo a María.*) Su hermanita menor, ¿no?

MARÍA: ¡Fijese, no! Mi hija... ¡vivo!

ADOLFO: No se enoje. La culpa no es mía, es suya... ¡tan joven que parece!

MARÍA: Dígame... ¿de veras que sabe algo de electricidad?

ADOLFO: También sé de electricidad. Además, sé de muchas otras cosas. Un día le voy a contar...

MARÍA: Un día... ¡pepino! Usted arregla el parlante, ¡y se me va! ¡No quiero líos! ¡Un tipo que se la pasa sonriendo no es de fiar! ¡Me pone incómoda!

ADOLFO: ¡Y fijese, no... tan cómodo que me pone usted! (*Ada le trae el cajón.*) Gracias, señorita. (*A Carlos.*)

¿Puede ayudarme, joven? (*Carlos se acerca al árbol. Adolfo sube hasta el parlante. Ada se que-*



da mirando allí, y María la toma del brazo.)

MARÍA:

ADA:

¡Vamos, vamos, seguí con lo tuyo!  
¿Ves lo que te dije? Nos vio a las dos... pero le gustaste vos.

*(María le hace un gesto con la mano, como si fuese a pegarle, y Ada se aleja rápidamente. Sigue regando la tierra con la botella. María se vuelve hacia donde están Carlos y Adolfo. Inconscientemente, se arregla la blusa y se pasa la mano por el cabello, arreglándose la peineta que lleva. Vuelven a pasar aviones a reacción. Ada y María miran hacia el cielo.)*

MARÍA:

ADOLFO:

¿No hará ese ruido por los aviones?  
*(Desde arriba.)* No, señora. Es que está mal conectado. *(A Carlos.)*  
Ves... ¿cómo te llamás?

CARLOS:

ADOLFO:

Carlos.  
¿Ves, Carlos? Éste va metido aquí... y éste allá.

CARLOS:

ADOLFO:

*(Mirando.)* ¡Lo hice al revés! ¡Menos mal que no explotó!

Eh... cuestión de experiencia ¿sabés? La primera vez que me metí en esto, electricé una casa entera. ¡No se podía abrir ni una puerta, porque te quedabas pegado a las manijas!

*(Carlos ríe. Se siente bien con Adolfo. Este descende del árbol trayendo en sus manos un cable.)*

Bueno, vamos a revisar ahora la conexión en la batería... ¿Me la traés? Si entro al puesto, la señora es capaz de desnudarme después...

*(María hace un gesto.)* ¡para ver si no le robé nada, no se enoje!

*(Carlos va hacia el puesto. Adolfo estira el cable y lo revisa todo. María se le acerca. Lo mira. Pausa. Llega Carlos trayendo la batería.)*

¡Aquí está!...

CARLOS:

ADOLFO:

¡Macanudo, guri! Ahora, tirá ese cable por encima del cartel. Así, a la noche, podemos colgar unas lamparitas.

*(Carlos lleva el cable. Se sube al puesto, y comienza a hacer lo que le dijo Adolfo. Éste, se acuclilla para trabajar en la batería.)*

MARÍA:

ADOLFO:

¿Así, que... es de Entre Ríos?  
*(Siempre trabajando.)* Sí, señora. De la Selva de Montiel.

MARÍA:

ADOLFO:

¡Ah!... Seguro que cazaba tigres. No, señora... *(La mira.)* Criaba gallinas.

MARÍA:

*(Sonríe por primera vez, pero es cierto que él la pone tensa.)* ¡Eso sí que no me lo hace creer! ¡Por lo menos yo no le confiaría las mías!...

ADOLFO:

Tampoco quería confiarme su parlante... y sin embargo, ya ve, yo todo lo suyo lo trataría muy bien...

MARÍA:

*(Emite una risita nerviosa.)* Y seguramente habrá dejado allí la familia, no...

ADOLFO:

*(Vuelve a trabajar.)* ¡Qué se le va a hacer! Allí se quedaron nomás la Leonor y la Celina.

MARÍA:

*(Acusa el golpe.)* ¡Ah...! ¿Conque dos a falta de una?

ADOLFO: Dos, sí, señora. Se quedaron con mi hermano.

MARÍA: ¡Ah, se las repartían y todo!

ADOLFO: No, qué repartir. Eran de los dos. Desde que nacieron.

MARÍA: Desde que... ¿pero de qué está hablando?

ADOLFO: De dos perras de tres años.

MARÍA: ¡Dos p... ¡La gran perra!

ADOLFO: *(Lanza una carcajada.)* ¿Qué se creyó... que eran mujeres? ¡Pero, señora! Me ve a mí, con esta pinta, teniendo dos mujeres?

MARÍA: ¡Vamos, vamos, no se haga el chiquito! Usted es un tipo bastante... bastante grande... ¡fuerte parece!

ADOLFO: *(La mira.)* Soy fuerte. *(Se pone de pie y queda junto a ella.)* ¿Quiere ver?

MARÍA: Sí. *(Y cuando él hace un movimiento hacia ella, ella retrocede.)* Lléveme la batería hasta el mostrador, que se me va a arruinar. *(Adolfo queda confundido, pero enseguida reacciona lanzando una carcajada abierta. Toma la batería y la carga.)*

ADOLFO: ¡Usted no da puntada sin nudo, señora!

MARÍA: *(Va con la batería y la deja sobre el mostrador. María lo sigue.)*

MARÍA: ¡Claro! ¡Si no, bien descosida estaría ya! ¿Y hace mucho que llegó a Buenos Aires?

ADOLFO: Tres meses.

MARÍA: ¿Y de qué trabaja, de choricero o de electricista?

ADOLFO: De lo que venga. Casi no hay trabajo. *(Sonriendo.)* ¡Elegí mal el momento para comprarme un coche y una casa con pileta de natación, sabe! Pero creo que mañana van a conseguirme algo en ese asunto de arreglar calles y hacer caminos.

MARÍA: ¿Arreglar calles...? ¡Usted no me parece un tipo serio!

ADOLFO: ¡Al contrario! Déme tiempo y va a ver lo serio que soy.

MARÍA: ¿Tiempo?... ¡Ni en sueño! Usted... ¡pero dígame! ¿no puede dejar de sonreír? ¡Me pone incómoda!

CARLOS: *(Desde arriba.)* ¡Ya está!

ADOLFO: Bueno, ahora vamos a probar de nuevo. ¡Espero que no se quemé!

MARÍA: ¡Su abuela! ¿Sabe lo que me costó?

ADA: ¿Por fin podremos escuchar música?

MARÍA: *(Vuelven a pasar aviones a reacción. María mira al cielo al igual que todos los demás.)*

MARÍA: ¡Parece que les dieron vacaciones! Aviones, miles... pero ni un estudiante. ¡Lindo día vamos a tener!

ADOLFO: *(Y de pronto comienza a sonar la música, estridentemente, por el parlante.)*

MARÍA: Bueno, resultó bien. No me debe nada.

MARÍA: ¡Vamos, lo dije por decir! ¿Quiere tomar algo?

ADOLFO: Vino, ¿tiene?

MARÍA: *(María mira en todas direcciones.)*

MARÍA: Sí, pero no lo diga. Está prohibido traer bebidas alcohólicas.  
*(Sirve dos vasos grandes de vino tinto. La música sigue con fuerza. Y en ese instante aparece Josefina, trayendo una valijita en sus manos. Mira a todos, que aún no la han visto, y grita alegre abriendo los brazos.)*

JOSEFINA: ¡No hay nada mejor en el mundo que a una la reciban con música!  
*(La ven. Carlos y Ada corren hacia ella.)*

ADA: ¡Tía Josefina!

CARLOS: ¡Josefina!  
*(Los dos jóvenes la abrazan y la besan.)*

ADA: ¡Mamá! ¡Llegó tía Josefina!  
*(María la ve. Grita.)*

MARÍA: ¡Josefina!  
*(Bebe de un trago su vaso de vino y corre hacia ella. Ambas mujeres se abrazan con fuerza, riendo, y giran abrazadas.)*

MARÍA: ¿Cómo supiste que estábamos aquí?

JOSEFINA: ¡Apenas salí del hospital, me fui para tu casa! ¡Y el turco de la tienda me dijo dónde estaban!

MARÍA: ¡Ya pensaba que esta vez ibas a quedarte más tiempo en el hospital!

JOSEFINA: ¡No, querida! ¡La primavera es para vivirla al aire libre! Además, este año la comida fue más mala que nunca... *(La mira.)* ¡Se te ve muy bien! *(Sensual.)* ¿Qué... alguien dio calor en el invierno?

MARÍA: *(Satisfecha pero modosa.)* ¡Callá-  
 te, sinvergüenza, que están los chicos!  
*(Josefina ve a Adolfo por primera vez. Se interrumpe, sorprendida. Avanza un paso hacia él.)*  
*(A María.)* ¿Y ése? ¡Estudiante no parece, no!

JOSEFINA:

MARÍA: ¡Qué estudiante! Ése es profesor... de vivos. Nos ayudó con el parlante. Se llama... *(Por primera vez se da cuenta que no sabe cómo se llama.)* ¡Oiga!... ¿Cómo se llama usted?

ADOLFO: *(Sonriendo.)* Adolfo Alonso... para servirla, señora Josefina.  
*(Y levanta el vaso y brinda por Josefina.)*

JOSEFINA: ¿Alonso?... El que cuando más grande más sonso? *(Lanza una carcajada.)*

MARÍA: ¡Calláte, sonsa! *(A Adolfo.)* Perdónela. A Josefina, la primavera la vuelve a la niñez.

ADOLFO: *(Sonriendo.)* No importa. El apellido es medio provocador, ya sé.  
 ¿La señora estuvo enferma?

JOSEFINA: ¿Enferma... yo? ¡Avisé, diga!

ADOLFO: Como dijo que venía del hospital.

JOSEFINA: ¡Ah, eso...! *(A María.)* ¿No es inspector, no?

MARÍA: ¡Qué sé yo! Choricero, electricista... ¡qué sé yo! Pero inspector, creo que no.

JOSEFINA: *(Cerca de Adolfo.)* Sabe... cuando llega el invierno... me pongo triste... me encojo... ¡Además no

tengo ni qué comer! Y entonces me hago la enferma, y me interno en algún hospital. ¡Hasta que llega la primavera! Como quien dice, reservo energías para vivir la primavera a todo trapo. *(Ríe.)* ¡Se lo recomiendo!

ADOLFO: Lo voy a pensar. . . para el invierno que viene. ¡Por ahí nos encontramos en el mismo hospital, quién le dice!

JOSEFINA: *(Lo mira de arriba a abajo.)* ¿Sí, no? ¿Ya se terminaron el vino?

MARÍA: ¡No, sinvergüenza, recién empezamos! *(Le sirve vino y la palmea.)* ¡Ay, mi Josefina! ¡No sabés lo bravo que fue este invierno! ¡Ojalá hubieses estado a mi lado, para ayudarme a pasarlo!

JOSEFINA: ¡Ah, no, m'hijita, no contés conmigo en el invierno! Además, ¿quién te sorprendería en primavera?

MARÍA: Eso es cierto. ¡Sos mi única sorpresa posible! Bueno, ¡salud! *(Beben.)* ¡Eh, chicos, tomen un vaso de vino y siéntense a descansar un rato!

*(Les da un vaso a Ada y a Carlos. Carlos toma un libro del interior del puesto.)*

JOSEFINA: Esperáte, nene. *(Abre la valija y saca un par de pantuflas.)* Tomá. Esto es para vos. Me las regaló un enfermero. Y esto para vos, nena. *(Le da una camiseta de lana.)*

ADA: ¡Pero, tía Josefina, si yo no uso camiseta de lana! ¡Me pica!

JOSEFINA:

¡Bueno, acostumbérate, m'hija! En el hospital no usan camisetas de nylon, ¿sabés?  
*(Entra el Negro con todo el aspecto de estar furioso.)*

NEGRO:

¿Se divierten a costilla mía, no? ¡Mirá vos! ¡Cayó piedra!

JOSEFINA:

*(Sin entusiasmo.)* Hola, Josefina.

NEGRO:

¿Terminaste tu cura de sueño?  
*(Coqueteando.)* ¡Ya me ves!

JOSEFINA:

¡Salí de ahí, For a bigote, que la pista te queda grande! *(A Adolfo.)*

NEGRO:

Vos, ¿también te divertís, no? Yo, tomo vino.

ADOLFO:

¿Y no viste que estaban instalando un parlante?

NEGRO:

*(Ríe.)* ¡Si habrá visto, que me lo instaló él!

MARÍA:

No. . . *(Se agarra la cabeza.)* ¡Pero, Dios mío, de dónde te saqué, tarado! ¿No te diste cuenta que con ese parlante nos arruina? ¡Primero, me roba el lugar. . . después. . . !  
*(Va hacia Josefina.)* ¿Te parece bien, Josefina?

NEGRO:

¿El qué?

JOSEFINA:

NEGRO:

¡Primero me roba el lugar. . . después pone un parlante. . . ! ¿Quién va a llegar hasta dónde estoy yo? ¿Te parece bien?

MARÍA:

Parecés un cura, Negro. ¡Desde hoy la tenés con el bien y el mal! Si vendo, está bien. Si no vendo, está mal. ¡No te compliquéis la vida! Pero, oíme María. . . ¿por qué me tratás así? Desde que murió tu marido, los dos nos encontramos siempre por Buenos Aires. . . Los dos

NEGRO:

vendemos... los dos tenemos que ganarnos la vida... No diré que seamos hermanos, pero... amigos... sí, ¿no?

MARÍA: ¡Ah no, Negro! Si querés una donación, te regalo un pan... ¡Pero trabajarme a mí... a mamá!

NEGRO: Perdonáme... yo creí que éramos amigos... ¡Tantas veces compartimos un fueguito en el invierno! ¿Eso no es ser amigos?

MARÍA: ¡Vamos, Negro! Eso... ¿sabés lo que es eso? ¡Eso es estar solo, Negro, muerto de frío, y buscar a alguien que diga quién sos, cuando te mueras y vengan a juntarte con cucharita! Yo no tengo amigos. Tengo hijos... que son como si fuese yo misma.

JOSEFINA: ¿Y yo, María?

MARÍA: *(La mira. Pausa. Le pasa la mano por la cabeza.)* ¿Vos, Josefina? ¡Vos sos mi cómplice! Nos mentimos alegremente... y no vendemos lo mismo. *(Está junto a Adolfo, que la mira fijamente.)* ¿Por qué me mira, diga, eh?

ADOLFO: Y... como vengo del monte, quiero aprender

MARÍA: *(Con rabia.)* ¡Bueno, vaya a aprender a la escuela! ¡Y no me mire más... y termine con la sonrisita ésa! ¡Lleváelo, Negro, querés!

*(Adolfo y el Negro comienzan a marcar el mutis. Ada corre hacia Adolfo.)*

ADA: ¡Señor Adolfo!... *(Adolfo se detiene y la mira.)* No se enoje... A

veces se pone así... *(Adolfo sonríe y le pasa la mano por el cabello.)*  
*(A Ada.)* ¿Y vos quién sos, chiquita?

NEGRO: ¡Es mi hija, y qué!

MARÍA: ¡Te la compro!

NEGRO: *(El Negro le lanza a Ada un manotazo, que ella esquiva asustada. El Negro sale riendo, junto con Adolfo.)*  
 ¿No lo dijo en serio, verdad mamá?

ADA: ¡Vaya a saber!

MARÍA: ¡Qué manos grandes tiene...!

ADA: *(Se aleja. María la mira. Sacude la cabeza. A Josefina.)*  
 ¡Qué se le va a hacer! Es igualita a una gallina clueca! *(Le grita a Carlos, que está sentado leyendo.)*  
 ¡Hacémos un mate, nene!

MARÍA: Estoy leyendo, mamá.

CARLOS: ¡Hace un año que estás con ese librito! Por diez minutos no te lo van a cambiar, ¿no?

MARÍA: *(Carlos se levanta a regañadientes. Va hacia el puesto para preparar el mate. María y Josefina van a un costado, adelante, donde se sientan en el banco rústico que allí está.)*  
 ¿Qué lee?

JOSEFINA: Una pavada. Creo que es de historia.

MARÍA: ¡La historia es linda!

JOSEFINA: ¡Yo no digo que sea fea, digo que es una pavada!

MARÍA: *(Por el cielo vuelven a pasar los aviones a chorro. Todos miran hacia arriba. Mientras están mirando*

entran por distintas direcciones tres soldados. Uno de ellos lleva jinetas de cabo. Otro viene arrastrando una ametralladora rodante. Todos ellos están armados como para una guerra. Entran en escena y se ponen en posición de combate rodeando a María, Josefina y los dos hijos de María que siguen mirando hacia arriba, viendo pasar los aviones.)

JOSEFINA: (Mirando hacia arriba comienza a hablar.) ¡Qué día más raro! Tuve que caminar como treinta cuabras, porque en el cruce me encontré con un montón de... (Ha bajado la vista y ve a los soldados amenazándolos con las armas. Se pega un susto mayúsculo.) ¡Ay, Dios mío!

MARÍA: (La mira.) ¿Qué te...? (Mira también y ve a los soldados.) ¿Y esto?... Nenes, vengan aquí, enseguida!

(Carlos y Ada corren hacia ella. Los cuatro forman un grupo asustado.)

Pero... ¿qué pasa? Señor... tenga cuidado... mire que se le puede escapar...

CABO: Si se quedan quietos no va a pasar nada. ¿Tienen armas?

MARÍA: ¿Armas?... ¿qué armas?

CABO: ¡Soldado! ¡Registre el edificio!

SOLDADO 1º: (El que no trae la ametralladora.) ¡Sí, mi cabo!

(El soldado 1º se introduce en el puesto. Comienza a poner sobre el mostrador botellas de vino, de Co-

ca Cola, de gaseosas de todo tipo, sandwiches, etc.)

MARÍA: ¡Eh, cuidado, que si las deja al sol se me van a arruinar!  
(Intenta avanzar, pero el cabo la detiene con un gesto avanzando su metralleta.)

CABO: Quédese quieta, señora. Estamos en guerra.  
(María enmudece ante la palabra «guerra».)

SOLDADO 1º: ¿Encontró algo, soldado?  
No, mi cabo. Es decir, sí... esto.  
(Le muestra el gran cuchillo que María usa para su trabajo.)

CABO: Reténgalo en depósito.

SOLDADO 1º: Sí, mi cabo.

MARÍA: (Aún no sale de su estupor.) ¿En... guerra?... ¿Contra quién?

CABO: Los anaranjados se han rebelado. Y los violetas defienden al gobierno.

MARÍA: Y ustedes... ¿son anaranjados o violetas?

CABO: Eso es lo que todavía no sabemos. Nos hicieron salir del cuartel sin explicaciones. Venimos siguiendo una patrulla... Pueden ser enemigos. ¿No pasaron por aquí?

MARÍA: No... por aquí no pasó nadie... Estamos esperando a los estudiantes que tienen que venir para el día de la primavera...

CABO: No creo que hoy venga nadie. Todos los caminos están tomados por el ejército.

MARÍA: ¡No!... ¡Lo único que me faltaba!

*(El soldado 2º, el que está a cargo de la ametralladora, ha estado mirando a lo lejos con anteojos de larga vista.)*

SOLDADO 2º: ¡Mi cabo! ¡Me parece que allí está la patrulla que buscamos! Fíjese.  
*(El Cabo va rápidamente hacia él y toma los anteojos. Mira.)*

JOSEFINA: ¡Ay, mi Dios! ¿Por qué la primavera no comenzará el 22? ¡Todavía estaría en el hospital!

MARÍA: ¿No dijiste que la comida era mala?

JOSEFINA: ¡Sí, pero al menos toda la gente es conocida! Estás tranquila... Aquí, mirá... Ya no se puede vivir fuera de los hospitales, María. ¡Cada año me convenzo más!

ADA: *(Asustadísima.)* Mamá... ¿qué nos va a pasar?

MARÍA: ¿A nosotros? ¡Nada!... ¡Si nosotros no estamos en guerra, pavota! Ya se van a ir... vas a ver...

SOLDADO 2º: ¿Son ellos, mi cabo?

CABO: Parece que... Sí. ¡Son ellos! ¡Y están apuntando la ametralladora hacia aquí! *(Grita.)* ¡Posición de combate!

*(Los soldados 1º y 2º preparan la ametralladora. María corre hacia el cabo.)*

MARÍA: ¡Un momento! ¿Qué están haciendo? A ver si pasa algo malo...

CABO: Retírense, que vamos a entrar en combate.

MARÍA: ¿Cómo retírense? ¿Y el puesto? ¡No me lo puedo llevar al hombro, no!

CABO: El puesto se queda aquí. Nos va a servir para refugiarnos.

MARÍA: ¿Cómo? ¡Lo van a hacer pedazos! ¡Y es lo único que tengo!

CABO: Señora... lo único que tenemos nosotros es la vida. Y la estamos arriesgando. Es la guerra.

MARÍA: Pero... ¿pero qué guerra? ¡Si no saben si son anaranjados o violetas!... Y ellos... ¿qué son?

CABO: ¿Ellos? *(No se le había ocurrido. Mira con el antejo.)* No les veo el brazalete. *(Le da el antejo a María.)* ¿Usted ve algo?

MARÍA: *(Mira.)* No. ¡Madre mía, están en el puesto del Negro. Ése es capaz de pagarles para que tiren! ¡Tienen que adelantarse ustedes, cabo!

CABO: Se hará lo que se pueda. ¡Soldado! ¡Mida la distancia!  
*(Le da el antejo. El soldado 1º mira.)*

SOLDADO 1º: ¡Cabo! ¡Han mandado un emisario con bandera blanca! Parece que quieren parlamentar...

CABO: ¡A ver! *(Mira con el antejo.)* Lleven la ametralladora hasta el edificio, y escóndanse, ¡así creen que somos más!

*(Los dos soldados retroceden con la ametralladora hacia el puesto.)*

MARÍA: ¡Cuidado, cuidado con las botellas y los sandwiches!

*(Ella les ayuda a acomodar la ametralladora de tal forma que no se estropee nada de su mercadería.)*

MARÍA: ¡Así! ¡Así...! ¡Despacito!  
*(Carlos va hacia ella.)*

CARLOS: Pero... ¿qué hace, mamá? ¿No ve que van a tirar contra el Negro y Adolfo?

MARÍA: ¡Que se escondan! ¿Qué quieres que haga, pavote? ¡Si no tiran éstos, van a tirar los otros primero! *(Carlos mira a los soldados que están ocupados y comienza a salir. María lo toma del brazo.)*

CARLOS: ¿Adónde vas?  
Déjeme. Voy a avisarles. ¿O ya se olvidó que Adolfo nos ayudó? *(Ella quiere retenerlo.)*  
¡Déjeme!  
*(Se suelta violentamente y sale sigilosamente. María no sabe qué hacer.)*

MARÍA: ¡Carlos! ¡Vení, mocoso de mierda!... *(Va hacia el cabo.)* Agárrenlo. ¡Va avisarles!

CABO: *(Sin darle importancia.)* Agárrenlo. *(Soldado 1º le apunta con su metralleta. María lo ve y corre hacia él.)*

MARÍA: ¿Qué va a hacer? ¡Está loco! ¡El cabo dijo agárrenlo, nada más!

SOLDADO 1º: *(Natural.)* Está muy lejos. *(Dispara con la metralleta. María grita.)*

MARÍA: ¡No!... Carlos. ¡Nene! ¡Mocoso de...!  
*(María sale corriendo hacia el bosque. El cabo va hacia el soldado 1º.)*

CABO: ¿Usted es estúpido, soldado? ¿Quiere que el emisario se asuste? ¡Si no fuésemos tan pocos, lo hago fusilar!

SOLDADO 1º: Sí, mi cabo.

CABO: ¡Escóndanse, que ya llega!

*(El cabo saca un pañuelo y lo alza en alto para que el emisario enemigo lo vea. Sigue haciendo señales con el pañuelo. Pausa. Entra el emisario, otro cabo, que también hace señales con un pañuelo blanco y trae anteojos de larga vista. Quedan uno frente al otro.)*

CABO 1º: *(El que entró.)* Cabo, vengo a intimarle rendición.

CABO: Intimación rechazada. Tenemos provisiones y soldados para resistir varios días.  
*(El otro cabo lo mira. Luego mira hacia el puesto torciendo la cabeza y el busto. Vuelve a su posición anterior.)*

CABO 1º: Yo no veo ningún soldado. Solamente veo las provisiones.

CABO: Hay tres ametralladoristas en el edificio. Y tengo el resto de mi patrulla en aquella parte del bosque. *(Señala a la izquierda con la mano.)*

CABO 1º: ¡Ah! Y yo tengo el resto de mi patrulla en aquella parte del bosque. *(Señala hacia la derecha con la mano. Pausa.)* Así que... no se rinden.

CABO: No, cabo.

CABO 1º: ¡Ah! *(Pausa. Sin ganas.)* Así que... habrá que pelear, nomás.

CABO: *(Sin muchas ganas.)* Habrá...

CABO 1º: ¡Ah! *(Pausa.)* Antes de entrar en combate, quisiera saber con qué unidad del ejército violeta nos estamos enfrentando.

CABO: Eso... no le puedo contestar, ve.

CABO 1º: ¿Tan secreto es?



CABO: Es que... no sabemos si somos violetas o anaranjados...

CABO 1º: *(Feliz de pronto.)* ¡No!

CABO: Sí. Nos largaron del cuartel sin pasarnos el dato.

CABO 1º: ¡No! ¡Hermanito! *(Lo abraza.)*  
¡Si a nosotros nos pasa lo mismo!  
¡Estábamos buscando a alguien que nos diga de qué color somos!

CABO: ¡No!

CABO 1º: ¡Sí!

CABO: *(Lo abraza.)* ¡Hermanito!

CABO 1º: *(Se vuelve y grita a lo lejos.)* ¡Vengan, que no hay guerra!

CABO: *(Grita a los suyos, escondidos.)* ¡Salgan de ahí, papanatas, que no hay guerra! *(Los dos soldados se van asomando lentamente.)*

CABO 1º: ¿Y el resto de la patrulla?

CABO: ¡Qué patrulla, si somos tres locos, nada más!

CABO 1º: ¡No me diga, cabo! ¡Nosotros también! ¡Nos encontramos por el camino de a uno y sin saber de qué color éramos. *(Grita a lo lejos.)* ¡A ver si se apuran!  
*(Entra María. Josefina y Ada corren hacia ella.)*

JOSEFINA: Y... ¿qué le pasó?

MARÍA: ¡Qué sé yo! Mocosos de mierda. ¡Ni rastros! Debe haber seguido corriendo apenas oyó el tiro...

ADA: ¡La culpa fue tuya!

MARÍA: ¡Vos te callás, gallina clueca! Andá a ver si lo encontrás por el otro lado. ¡Andá! ¡Prefiero que estés en el bosque, y no entre milicos!

ADA:

MARÍA:

*(Casi llorando.)* ¡La culpa fue tuya! Si le pasó algo...

*(Hace ademán de tirarle una piedra.)* ¡Andá de una vez!  
*(Ada sale corriendo. María se sienta.)*

¿Quién le habrá metido en la cabeza hacerse el héroe? ¡Son esos malditos libros de historia! *(Se pone de pie. Toma el libro y lo hace pedazos.)* ¡Ay mi Dios, ojalá se reciba pronto de contador, así se olvida de todas esas macanas! *(Se da cuenta que Josefina la ha estado mirando fijamente.)* ¿Qué me mirás? ¿Tengo monos en la cara?

JOSEFINA:

No. Tenés cara de mono. Te parecés más a un orangután que hace tres meses, cuando entré en el hospital...

MARÍA:

Si vos hubieses pasado el invierno que pasé yo, también te parecerías a un orangután. ¡Por lo menos, a uno!

*(Lentamente entran los soldados 3º y 4º y el Negro y Adolfo Alonso. Los soldados 3º y 4º están armados de la misma manera que los soldados 1º y 2º, más que eso, parecen la misma gente, al igual que los dos cabos.)*

SOLDADO 3º:

Los trajimos con nosotros, mi cabo. Podían dar informes al enemigo.

NEGRO:

¡Esto es cosa tuya, María! ¡Ahora las hormigas me van a comer toda la mercadería!

MARÍA:

¿Y por qué te buscaste un lugar con hormigas, sonso?

CABO: *(Va hacia ella.)* Señora, sirva de comer y tomar al ejército.

MARÍA: *(Lo mira.)* ¿Sirva qué? ... Primero tienen que pagarme, cabo.

CABO: ¿Cómo pagarle? ¡Estamos en guerra!

MARÍA: Si están en guerra, peléense. Elija ... si se pelean, les sirvo gratis. Si no, me pagan.  
*(El cabo la mira. Luego se vuelve y mira a los otros soldados. Pausa. Va hacia los soldados. Extiende la mano. Comienzan a darle dinero. Él hace la colecta. Va hacia María y le entrega el dinero recolectado.)*

CABO: Hay vino, ¿no?

MARÍA: No. Lo prohíbe la ordenanza. *(El cabo retira la mano con el dinero.)*  
Sí  
*(El cabo le da el dinero. Ella va hacia el puesto. Adolfo va tras ella.)*

ADOLFO: Mejor no les dé vino, señora ... Las ametralladoras están cargadas.

MARÍA: Me pagó por el vino. Por lo menos, me voy a desquitar por los estudiantes que me espantaron. Ayúdeme, conecte el parlante ese  
*(Al cabo 1º.)* ¿Y bajo el mando de quién están, cabo?

CABO: Del general Fernández.

CABO 1º: ¡No!

CABO 1º: Sí.

CABO: ¡Hermanito! *(Lo abraza.)* ¡Nosotros también!

CABO 1º: ¡Hermanito! *(Lo abraza. El parlante comienza a pasar un malambo. Al soldado 4º.)* ¡Che, vos, correntino, bailáte ese malambo!

SOLDADO 4º: Sí, mi cabo.  
*(Baila el malambo sin abandonar su armamento. María trae vasos y comienza a repartir entre todos. El soldado termina de bailar. Saca un pañuelo y se lo pasa por la cara. María le da un vaso de vino.)*

CABO: Salud.

CABO 1º: Salud. *(Todos beben. Soldado + vuelve a pasarse el pañuelo cuando termina de beber.)*

CABO: Yo propongo un brindis por el general Fernández. *(Levanta el vaso.)*  
¡Por el general Roberto Fernández!  
*(Todos le hacen coro menos el soldado 4º que dice al brindar.)*  
¡Por el general Raúl Fernández!  
*(Todos lo miran sorprendidos. Pausa.)*

SOLDADO 4º: Roberto.

CABO: Raúl.

SOLDADO 4º: ¡No sea estúpido, soldado! Estamos bajo el mando del general Roberto Fernández.

CABO 1º: Perdone, mi cabo, pero yo estoy bajo el mando del general Raúl Fernández.  
*(Los otros lo miran sospechosamente.)*  
*(Al soldado 1º.)* ¡Soldado! ¡Desármelo! ¡Y quédese a su lado de guardia! ¡Puede ser un enemigo!  
*(El soldado 1º desarma al soldado 4º. Lo hace sentar en el suelo. El soldado 1º queda de guardia a su lado apuntándole con la metralleta.)*

SOLDADO 4º: ¡Vamos, mi cabo, hoy es 21 de septiembre! ¡Escuche qué linda música!

ADOLFO:

sica! ... ¿Para qué ponerse tan serio, no? ¿No le parece mejor cantar un poco?

MARÍA: *(Les sirve más bebida.)* ¡Cantar... y chupar! ¡Eso es lo que nos hace falta a todos! *(Se detiene ante el prisionero.)* ¿Puedo darle a él también?

CABO: Déle nomás. *(Comienza a escucharse una vidala. Al soldado 1º.)* ¡A ver vos, che, que sos mendo-cino, cantáte eso!  
*(El soldado 1º, sin dejar de apuntar al soldado 4º, canta la vidala. Los demás beben. El soldado 4º deja su vaso en el suelo y hace ademán de sacar un pañuelo del bolsillo del pantalón para secarse la transpiración. El soldado 1º, automáticamente, como un acto reflejo, le dispara la ametralladora, como si no se diese cuenta de lo que hace. Todos miran. El soldado 1º está muy sorprendido de lo que hizo.)*

SOLDADO 1º: ¡Mi cabo, iba a sacar un... *(Va a decir arma, pero cuando se inclina sobre el muerto sólo levanta un pañuelo.)* un pañuelo!  
*(Todos van rodeando al muerto lentamente.)*

CABO: ¡Atrás! ¡Atrás los civiles, que éste es un hecho de guerra! *(A Adolfo.)* A ver si apaga esa musiquita, ¿o no sabe respetar a los caídos en la guerra?  
*(Adolfo lo mira. Pausa. Va y apaga el parlante.)*  
Vamos a llevarlo con nosotros.

¡Soldados, cárguenlo! *(Lo hacen.)*  
¡De frente! ¡March!

*(Los soldados van saliendo, tras los dos cabos, cargando al muerto. El cabo va marcando el paso de la procesión fúnebre. Comienza a tronar.)*

NEGRO: ¡Lo que me faltaba! ¡Que se me moje la mercadería! ¡Vamos, Adolfo, vení a ayudarme!  
*(El Negro sale rápidamente. Adolfo va lentamente hacia donde estaba tumbado el soldado muerto. Levanta un poco de tierra y la mira.)*

ADOLFO: ¡Qué poquita sangre quedó!  
JOSEFINA: ¡Yo estaba tan tranquila en el hospital, María... tan tranquila!

MARÍA: Vení, ayudáme a juntar los vasos...  
*(Comienza a juntar los vasos.)*  
*(Entran rápidamente Ada y Carlos. Carlos trae algo en sus manos.)*  
CARLOS: ¿Qué pasó, mamá? ¡Oímos tiros!  
MARÍA: ¡No pasó nada! Y la próxima vez que te metás a... *(Ve lo que trae en sus manos.)* ¿Qué es eso que traés ahí?

CARLOS: Un perrito. Lo mataron cuando me tiraron a mí.

MARÍA: *(Lo mira. Pausa. Se lo quita y lo tira al suelo.)* ¡Dejá esa porquería, idiota!

*(Comienza a llover torrencialmente. Estallan relámpagos y truenos. Todos se van cobijando bajo el puesto de María. El perro queda solo, tirado en la tierra.)*

JOSEFINA:

¡Qué primavera más rara, María! Este año viene mal, ¿eh? . . . ¡No me quedará más remedio que esperar el invierno! ¡Ya solamente se puede vivir en el hospital!  
*(Adolfo sale de debajo del puesto. Va hasta donde está el perrito muerto. Lo toma en sus brazos. Lo mira. Vuelve con él hacia el puesto. Antes de que llegue, el cartel donde dice «Super-Mercadito Doña María» se derrumba, quedando colgado por encima del puesto. Adolfo se detiene. Lo mira. Luego sigue hasta el puesto y vuelve a cobijarse. La lluvia arrecia, al igual que los relámpagos y los truenos.)*

FIN DEL CUADRO PRIMERO

## PRIMER CICLO: "EL CALOR"

## “VERANO”

### CUADRO SEGUNDO

*La esquina de Callao y Santa Fe u otra característica del barrio Norte. Sobre el panorama hay un telón que se nota pintado y que abarca sólo un sector del panorama. Tiene pintada la esquina de Callao y Santa Fe en perspectiva. Bocetos de negocios con sus hombres. Y en la intersección de ambas calles dos carteles con sus nombres. El puesto de María, el «Super-Mercadito Doña María» está ahora, en este día del verano, ubicado allí. Ahora María vende frutas, comestibles y bebidas de calidad (a veces real, pero a veces fabricada por ella) aptos para el barrio Norte. Al levantarse el telón, en un costado del escenario, alejado del puesto, está Carlos. Acaba de llegar de la facultad donde estudia ciencias económicas. Tiene algunos libros bajo el brazo y está vestido de traje. Rodeando el puesto, estáticos y a media luz difusa, se hallan María, Ada y un mucamo (personaje del coro). A pesar del estatismo de los personajes, se nota que María está enfrentando furiosa al mucamo. Cuando se levanta el telón, hay una larga mirada reflexiva de Carlos sobre los tres personajes del otro grupo. De pronto, la luz sobre el grupo aumenta bruscamente y ellos se ponen en movimiento. Ada gime lloriqueando mientras María la sacude con fuerza.*

MARÍA:

*¿Qué te hizo? ¡Decime qué te hizo, estúpida, o te arrastro de los pelos! (Ada gime. María va hacia el mucamo que retrocede en actitud defensiva. Ella se detiene. El mucamo ríe provocativamente.) ¡Decime qué le hiciste!*

MUCAMO: ¡A mí me trata de «usted», señora!  
¿O no se dio cuenta de que ya no soy ningún esclavo?

MARÍA: ¡Qué le...!

MUCAMO: ¡De «usted»!

MARÍA: *(Pausa corta. Se domina apenas.)*  
¿Qué le hizo?  
*(El mucamo lanza una carcajada. Y de pronto, como al comienzo, los personajes que rodean el puesto vuelven a quedar estáticos. Mientras la luz sobre ellos desaparece casi, aumenta sobre Carlos, que los está observando detenidamente desde lejos. Entra el estudiante (otro personaje del coro) a espaldas de Carlos, que no lo ve. Hay una pausa.)*

ESTUDIANTE: Carlos. *(Carlos se vuelve al estudiante. Lo mira sin responder.)*  
¿No te acordás de mí?

CARLOS: Si me acuerdo. Te vi ayer en la Facultad, en el acto, cuando hablaste sobre la huelga...

ESTUDIANTE: ¡Ah!... ¿Y que hacés con esos libros?

CARLOS: *(Agresivo y disgustado al mismo tiempo.)* Estudio. Mañana rindo.

ESTUDIANTE: Mañana comienza la huelga.

CARLOS: Para mí no. Yo no voté.

ESTUDIANTE: Ya sé. Por eso me pidieron que hablase con vos.

CARLOS: ¿Para qué?

ESTUDIANTE: Para que te explique.

CARLOS: ¡Explicarme! Si sabés tanto como para explicarme, primero deberías explicarme eso... *(Señala las personas que rodean el puesto.)*

ESTUDIANTE: *(Mirando hacia el puesto.)* ¿Quiénes son?

CARLOS: *(Los va señalando.)* Mamá... mi hermana... Y el otro...

ESTUDIANTE: *(Lo corta.)* Es un mucamo.

CARLOS: ¿Lo conocés?

ESTUDIANTE: Sí. Trabaja en mi casa.

CARLOS: ¿Vivís por aquí?

ESTUDIANTE: A dos cuadras. ¿Y qué querés que te explique?

CARLOS: Todo. ¡Porque no entiendo nada!

ESTUDIANTE: ¿Pero qué cosa querés que te explique?

CARLOS: Quiero que me expliqués un día, ¡si sabés tanto! ¿Qué hora tenés?

ESTUDIANTE: *(Mira su reloj.)* Las ocho.

CARLOS: ¡Las ocho de la noche! ¡Y desde las 11 de la mañana que no entiendo nada! ¡Eso quiero que me expliqués, si sabés tanto!

*(La luz sobre el puesto ha desaparecido totalmente, sólo hay luz sobre Carlos y el estudiante.)*

Anoche no le dije nada a la vieja sobre la huelga de ustedes. Ella está esperando que rinda esa última materia que me falta para recibirme, sabés... y esta mañana, cuando pasé por el puesto, no sabía si le iba a decir algo de eso o no...

*(La luz sobre el puesto comienza a nacer nuevamente. Pero ahora es luz de día y no de noche, como en la situación anterior. En el puesto están ahora María, Ada y Josefina. También lentamente, y como un eco lejano, van naciendo los ruidos de la ciudad. Entre ellos, se escucha*

*el ruido que hacen algunas máquinas que, muy cercanas al lugar, deben estar reparando una calle.)*

ESTUDIANTE:

El puesto ese... ¿es de tu mamá?

CARLOS:

Sí. ¿Por qué?

ESTUDIANTE:

Y... podríamos pedirle una donación para el Comité de Huelga de la Facultad...

CARLOS:

¿A... mamá? ¡Vos estás loco! *(Pausa corta. Lo mira con intención.)* Tu viejo, es industrial, ¿no?

ESTUDIANTE:

Sí.

CARLOS:

¡Ah! ¿Y por qué no le pedís a él?

ESTUDIANTE:

Ya me dio.

CARLOS:

*(Lo mira sorprendido.)* ¿Te... dio? ¡No entiendo nada! ¡Si ustedes se la pasan hablando contra los capitalistas!

ESTUDIANTE:

*(Solemne.)* La lucha de clases se da en forma muy compleja en la Argentina, Carlos. No es fácil de explicar.

*(Corte violento de la luz sobre ellos dos, y los personajes del puesto comienzan a moverse instantáneamente.)*

MARÍA:

¡No es fácil vender ni un salame en este verano de porquería! No sé qué pasa... *(Josefina estornuda.)* Deberías tomar algo para el resfrío...

JOSEFINA:

No estoy resfriada.

MARÍA:

¡Eh, no estás resfriada, pero es la quinta vez que estornudás!

JOSEFINA:

Es de resistencia, María. El sólo pensar en ir a ver ese trabajo, me hace estornudar.

MARÍA:

No vayás. Siempre me quedará algo para ayudarte.

JOSEFINA:

No, no, María... Este año vino mal. Vos, no vendés nada... y la Colorada... ¿te acordás de la Colorada?... *(María la mira.)* ¡La que cantaba conmigo en el corito ese, hace 25 años!

MARÍA:

¡Ah!...

JOSEFINA:

... Se murió. Ella me sacaba de apuros a veces... pero ahora... No, si este año vino mal, ¡eh! Lo que más miedo me da, es cambiar de costumbres, María.

MARÍA:

¡Bah, será hasta el invierno no más, Josefina!

JOSEFINA:

Sí. Invierno querido, ¡tan calentito!... Decíme, ¿por qué no me darán un sueldo por pasear, eh, María? ¡Mirá la gente! ¡Anda por la ciudad como perro en cancha de bochas! Parece que están por accidente... ¡Y yo me la conozco toda! Podría decirles cuál es el mejor lugar para encontrarse con la novia... Donde venden la mejor piza... En qué iglesia hay un cura que tiene 120 años y conoce toda la historia del barrio... ¿Por qué no me darán un sueldo? ¿O eso no vale nada? *(Ada lanza una carcajada.)* ¿De qué te reís, pavota?

ADA:

*(Casi cantando un ronda.)* Quiere que le paguen por vaga, ¡quiere que le paguen por vaga!...

JOSEFINA:

¿Y vos qué hacés? ¿Vos qué sos?

ADA:

Yo, espero... Así dice mamá.

MARÍA:

Con ella no te metás, Josefina. Ella es mía. *(Josefina vuelve a estornudar.)* ¡No pensés más en el trabajo, querés!

ESTUDIANTE:

*(A Carlos en una suave media luz.)* ¿Y qué es lo que no entendés? Es una desclasada.

CARLOS:

¿Quién? ¿Josefina?

ESTUDIANTE:

Claro.

CARLOS:

¿Eso quiere decir... que no hay lugar para ella?

ESTUDIANTE:

Más o menos. Pero está destinada a desaparecer.

CARLOS:

Es muy buena persona.

ESTUDIANTE:

Puede ser, pero no podés explicarlo como un problema sentimental. Es un problema social.

*(Sobre la última palabra del Estudiante, Josefina vuelve a estornudar con toda su alma.)*

MARÍA:

¡No pensés, Josefina!

JOSEFINA:

¡Ay, qué porquería! ¿Tenés un pañuelo? *(María se lo da. Ella se suena.)*

*(María escucha ahora el cercano ruido de las máquinas que arreglan calles. Ya casi no presta atención a lo que habla con Josefina.)*

MARÍA:

¿Y qué trabajo es, Josefina?

JOSEFINA:

¡Y yo qué sé! No elegí. Me llevan. Ya veremos qué cosa es.

*(Pausa. Se da cuenta de la atención de María en otra cosa.)*

¿Qué mirás?

MARÍA:

No... Estoy escuchando... ¿Oís esas máquinas?

JOSEFINA:

Deben estar arreglando alguna ca...  
lle por aquí...

MARÍA:

Si... *(Pausa.)* ¿Cómo se llamaba, Josefina?

JOSEFINA:

¿Quién?

MARÍA:

*(Se hace la desentendida.)* Aquel entrerriano que estaba con el Negro el Día del Estudiante...

¿Si vos sabés!

JOSEFINA:

¿Y por qué tengo que saber, eh?

MARÍA:

¡Después de todo lo vi una sola vez!

JOSEFINA:

¡Está bien! Si querés disimular delante de tu hija, ¡te lo digo yo! Adolfo.

MARÍA:

Claro... Adolfo... *(Pausa.)* ¿Estará ahí? Dijo que iba a arreglar calles...

JOSEFINA:

¡Eh!... ¡hay tantos!

MARÍA:

Si... *(Pausa corta.)* ¡Me gustaría ver si todavía se sigue riendo!

JOSEFINA:

¡No sé de qué!... *(Estornuda. Ada ríe. Josefina mira a Ada con rabia.)* ¡Mejor me voy! ¿Qué hora tenés, María?

MARÍA:

Las once. ¡Y el pescado sin vender!

CARLOS:

*(Al Estudiante.)* Entonces llegué yo. *(Va hacia el puesto.)*

ADA:

¡Mira, mami... Carlos!

MARÍA:

*(A Carlos.)* ¿Qué hacés por aquí, a las once de la mañana? Tendrías que estar estudiando...

CARLOS:

Hacia mucho calor en casa... Aquí puedo meterme en algún café con ventilador... y estoy cerca de la Facultad, por cualquier cosa...

JOSEFINA:

¿Así que mañana te recibís, nene?

CARLOS:

Mañana rindo la última...

MARÍA:

¡Mañana te recibís! ¡Eh!... ¿por qué tenés esa cara de limón agrio?



CARLOS: No tengo cara de limón agrio. Estoy nervioso... nada más.

MARÍA: Tomá. Cométe una pera. (*Se la alcanza.*) El agua de pera calma los nervios.

JOSEFINA: ¡Ah, por qué no habré estudiado! ¡Ahora estaría cantando en el Colón!... ¡Qué buena voz tenía! ¿Te acordás, María?...

MARÍA: Sí, Josefina. Me acuerdo.

JOSEFINA: ¡Eh... qué se le va a hacer! (*Estornuda. Ada ríe.*) ¡Qué porquería! (*Se suena.*) Mejor me voy. Chau. ¡Suerte, nene!

CARLOS: Gracias.

MARÍA: ¡Después vení a contarme qué trabajo es!

(*Josefina se aleja. Sale del escenario sonándose la nariz.*)

CARLOS: ¿Adónde va?

MARÍA: A ver un trabajo. ¡Ésta es mala época hasta para Josefina!

CARLOS: ¿Hoy no vendiste nada?

MARÍA: Chauchas. ¡Me equivoqué de barrio! ¡Aquí todos se fueron a veranear!... ¡Tendría que haber ido a Mataderos!

(*Se queda escuchando el ruido de las máquinas excavadoras.*)

CARLOS: Mamá.

ADA: (*Al mismo tiempo que Carlos.*) Mamá...

MARÍA: (*Sigue escuchando las máquinas. Pausa corta. A Carlos.*) Decíme... ¿pasaste por donde están arreglando la calle?

CARLOS: No.

MARÍA: ¡Ah! (*Mira a Ada.*) ¿Qué querías, nena?

ADA: ¿Por qué no llevás el puesto a donde veranean?

MARÍA: El mar me pone furiosa. No sé por qué, pero me pone furiosa. Mataría gente. No sé por qué, pero la mataría.

ADA: Vamos a la montaña.

MARÍA: No. La montaña me hace venir malos pensamientos. Una vez fui. Quería volar.

ADA: ¿Irte?

MARÍA: Volar de volar, ¡tonta! (*Pausa. Va hacia Carlos.*) Y vos, ¿qué querías?

CARLOS: Nada.

MARÍA: ¿Qué te pasa?

CARLOS: Nada.

MARÍA: ¿Cómo nada?...

CARLOS: ¡Nada!...

MARÍA: ¡Estás muy raro vos, che! (*Segura.*) ¡Pero mañana te vas a recibir!

(*La mira. Pausa.*) Y... ¿si me aplazan?

CARLOS: ¿Cómo te van a aplazar, si yo necesito que te recibas?

MARÍA: ¿Y si me enfermo?

CARLOS: ¿Te sentís mal, nene? Te voy a comprar licor de las hermanas.

MARÍA: ¡No, no me siento mal!

CARLOS: Y entonces, ¿para qué me asustás?

MARÍA: (*Lo mira.*) ¿Qué te pasa?

ADA: (*Desde lejos, como si cantase un estribillo.*) ¿Y si no quiere rendir?

CARLOS: (*A Ada.*) ¡Vos te callás, eh!

MARÍA: (*Mira a los dos. Pausa. Se aproxima a Carlos.*) ¿Cómo... si no querés rendir?

CARLOS: *(Baja la vista. Pausa. Luego la mira casi con miedo.)* Y... ¿si no quiero?

MARÍA: *(Lo mira. Grave.)* Me matás, nene. Es como si me escupieses en la cara todo lo que dejé de comer para que comás vos... todo lo que no me puse encima para comprarte ropa, y libros... para que estudiés... ¡Si no rendís, me matás!

*(Carlos la mira. Violentamente se vuelve al Estudiante y le grita.)*

CARLOS: ¿Te das cuenta?

ESTUDIANTE: Sí. Pero no te confundás, Carlos. Lo hace por ella, no por vos. Como si comprase una casa, o un auto, o un tapado de armiño.

CARLOS: ¿Qué casa, qué auto, qué tapado de armiño? ¿De qué hablás, se puede saber?

ESTUDIANTE: Son ejemplos, nada más. Quiero decir que para ella sos lo mismo que una propiedad... una cosa que le pertenece... una mercancía.

CARLOS: *(Lo mira.)* ¿No me quiere?

ESTUDIANTE: Te quiere. Como a una mercancía. Típica reacción de pequeño comerciante. ¿Entendés?

CARLOS: No sé... pero esta mañana... cuando me dijo eso... ¿qué podía contestarle? Sólo... *(Va hacia María.)* No hagas drama, mamá... lo dije por decir...

MARÍA: Lo dijiste por decir... *(Fuerte otra vez.)* Y si te sobra tanto tiempo como para «decir por decir»... ¿por qué mierda no estudiás por estudiar, eh?

CARLOS: *(También fuerte.)* ¡Me pasé todo el tiempo estudiando!

MARÍA: Pero ahora no estudiás un pito. ¡Y mañana rendís! ¡Y mañana te tenés que recibir! ¡Y no me jodás más, eh! *(Pausa. Lo mira. Su rabia desaparece. Lo toma de los brazos. Y de pronto apoya su cabeza sobre el pecho de Carlos que queda desconcertado. Carlos sorprendido.)*

CARLOS: ¿Qué... qué te pasa... mamá?  
MARÍA: *(Pausa. Honda.)* Nada, nene... sólo que, al pensar que mañana te me vas a recibir... por fin... me dio como un... *(Se corta.)* ¡Creo que mañana me voy a poner sombrero y todo!

*(Ada sigue en su tono algo destemplado y casi chillón.)*

ADA: ¿Cuál... ése con flores amojosadas?  
MARÍA: ¿Y qué tiene? ¿Le puedo echar agua de colonia?

ADA: ¡Te van a seguir las moscas!  
MARÍA: Dije agua de colonia, ¡no dulce de leche! *(Toma otra pera y se la alcanza a Carlos.)* Tomá, comete otra pera...

CARLOS: No...  
MARÍA: Comé. El agua de pera calma los nervios.

*(Ha entrado el Cabo del Cuadro Primero. Se aproxima a Ada.)*

CABO: Quiero almendras españolas.  
ADA: *(Llamando a María.)* ¡Mamá!  
MARÍA: *(Va hacia el Cabo.)* ¿Qué desea?

CABO: Almendras españolas.  
MARÍA: *(Buscando en el puesto lo pedido.)* ¿Usted come almendras españolas?

CABO: Yo no como almendras. Me parecen una porquería. Son para el general Fernández... que tiene buen gusto. (María, al oír el nombre del general Fernández, mira al Cabo y lo reconoce.)

MARÍA: ¡Qué casualidad! ¿No se acuerda de mí, cabo?

CABO: ¿De usted?

MARÍA: ¡Sí! El 21 de septiembre... en la ruta... ¡la guerra...! ¿No se acuerda, cabo?

CABO: ¡Ah, sí! Ahora me acuerdo. Pero no me diga cabo. Ahora soy cabo primero. Fíjese. (Le indica sus nuevas insignias del cargo.)

MARÍA: ¡Cabo primero! ¡Qué me dice! Lo felicito.

CABO: Gracias.

MARÍA: Tome. Cómase una almendra española. (Se la ofrece.)

CABO: No, me... Son una porquería. (Se corrige.) Para mí, claro, que tengo mal gusto. Déme una pera. El agua de pera calma los nervios.

MARÍA: ¿Está nervioso?

CABO: Y... no se gana para sustos. Hay reunión en el comando, sabe. Tengo que conseguir almendras españolas, vino egipcio, palmitos brasileños, carne de exportación. (María comienza a buscar en el puesto las cosas a medida que él las va enumerando.)

MARÍA: ¡Parece un carnaval! ¿Fernández cumple años?

CABO: No. Se reconcilia con Fernández.

MARÍA: ¿Fernández con Fernández?

CABO: Roberto y Raúl.

MARÍA: ¡Ah!... Y usted les lleva la comida. (Lo mira con sorna.) Me pareció más importante el 21 de septiembre, sabe...

CABO: Y claro, señora, no me ofende con eso que dice, ya lo sé muy bien, y me resigno. Solamente en la guerra es importante un soldado. En la paz, hasta el portero de un cine parece general. Por eso, cada año les digo a mis conscriptos: «no se miren ni al espejo, porque no existen. Somos sombras esperando que pase algo, para empezar a ser gente». Eso les digo.

MARÍA: ¿Que pase qué cosa?

CABO: ¿Cómo qué cosa? ¿Olvida con quien está hablando? ¿Acaso no me vio trabajar? ¡Qué cosa!... Una guerra, claro.

MARÍA: ¡Cruz diablo! ¿Y contra quién...? ¿contra los uruguayos?

CABO: No se ría. (Casi misterioso.) Ayer nos informaron que acaban de comprar un destructor.

MARÍA: ¿Quién? ¿los uruguayos?

CABO: Sí. ¿Qué le parece?

MARÍA: Horrible. La carne... ¿tiene que ser de exportación?

(Durante la conversación ha estado poniendo las cosas sobre el mostrador, cosa que por supuesto era lo que le interesaba hacer.)

CABO: Absolutamente. (María saca un sello y lo estampa sobre la carne.) ¿Qué hace?

MARÍA: Le pongo el sello de exportación.

CABO: ¡Pero no es!

MARÍA: Tóquela. ¿No es de exportación?

CABO: (Tocando.) Yo no sé.

MARÍA: Y es más barata.

CABO: (Sigue tocando.) Yo no sé.

MARÍA: Claro que hay que decir que es cara, porque si no se desvaloriza.

CABO: (La mira mientras sigue tocando la carne.) Parece de exportación.

MARÍA: ¡Va a quedar como un rey! Y usted se ahorrará unos pesos.

CABO: Sí. Es de exportación. ¡Ah, estos trabajos de tiempo de paz, me ponen muy nervioso!

MARÍA: Cómase otra pera. El agua de pera calma los nervios. (A Ada.) ¡Nena! ¡Alcánzale una pera al señor cabo primero!

ADA: (Le alcanza una pera.) ¡Sirvase, señor!

CABO: Gracias, señorita. (La mira. A María.) ¡Eh, no me diga que la señorita es la misma que estaba con usted el 21 de septiembre! ¡No me fijé muy bien en ella ese día!

MARÍA: (Cortando a propósito el entusiasmo del cabo por Ada.) Bacalao noruego, ¿quiere?

CABO: ¿Cómo?

MARÍA: Bacalao noruego.

CABO: No, no. (Sigue mirando a Ada.)

MARÍA: Nena, llévale otra pera a tu hermano. ¡Vamos, pronto!

(Ada va con una pera hacia Carlos.)

CABO: Oiga... ése es el muchacho que... ¡Ya me parecía que se había escapado! Buscamos su cadáver en el bosque, pero no lo encontramos.

MARÍA: Mataron un perro.

CABO: ¡Tuvo suerte, joven! ¡El que le tiró tenía solamente un mes de servicio! (María ha sacado una botella de vino y comienza a pegarle una etiqueta, fabricando otra de sus «mercaderías importadas». El cabo sigue mirando a Carlos, muy ensimismado éste.)

¿Qué hace con esos libros?

MARÍA: Estudia. Mañana rinde la última materia y se recibe. ¡Contador Público Nacional!

CABO: ¡Ah... así que es estudiante!

La felicito.

(Ve lo que María está haciendo con la botella y la etiqueta.)

¡Eh, qué hace!

MARÍA: ¿Cómo, no quería vino egipcio? Bueno, le estoy pegando la etiqueta. Los egipcios se olvidaron. Mírela bien. (Le alcanza la botella.) Y puede ser caro... y puede ser barato.

CABO: (Mirando la botella.) Egipcio parece.

MARÍA: (A Ada.) ¡Nena, preparará el paquete para el señor cabo primero!

(Comienza a hacer la cuenta.)

CABO: (Se aproxima a Ada.) ¡No se me vaya a lastimar con el piolín, eh!

MARÍA: (Mientras hace la cuenta, mira al cabo de reojo.) Y el que mataron, ¿también tenía un mes de servicio, nada más?

¿Quién... el enemigo?

El del pañuelo.

CABO: Casi un mes. Por eso no sabía que en tiempo de guerra puede resultar peligroso sacar el pañuelo sin avisar.

CARLOS: ¿A quién mataron?  
MARÍA: ¡Vos seguí estudiando!  
CARLOS: ¡A quién mataron ese día!  
MARÍA: Mataron un perro.  
CABO: No, el perro fue sin querer. Mata- mos un enemigo. Por eso me ascen- dieron.

CARLOS: (A María.) ¡Vos no me dijiste que habían matado a nadie!  
MARÍA: (Al cabo, queriendo disimular la reacción de su hijo.) Estaba tan im- presionado con el perro, que si enci- ma le contaba que habían matado a un enemigo, ¡imagínese!

CABO: Sí, para la guerra hay que tener los nervios preparados. ¡Pero póngase contento, joven! Hoy lo condeco- ran.  
(Carlos le vuelve la espalda. Está rabioso. Casi no puede contenerse, el cabo se sorprende ante el gesto de Carlos. A María.)  
¿Qué le pasa?  
MARÍA: Nada.  
CABO: ¡Me volvió la espalda! ¿Tiene algo contra nosotros?  
MARÍA: ¡No, mi cabo primero! No tiene los nervios preparados para la guerra... Así que hoy condecoran al muerto.  
CABO: Sí. Entre el vino egipcio y las al- mendras españolas.  
MARÍA: ¡Qué buen gusto! ¿Y por qué, si era enemigo?

CABO: Claro. Pero hoy es la reconciliación de Fernández con Fernández. Ayer era un enemigo muerto porque Fer- nández era enemigo de Fernández, pero hoy deja de ser un enemigo muerto, ya que después de la recon- ciliación de Fernández con Fernán- dez, será nada menos que un muer- to en guerra. Y por eso será conde- corado. Además, tuvo suerte. Como fue el único muerto, la condecora- ción ni siquiera fue discutida.

MARÍA: Sí. Tuvo suerte.  
CABO: (Mira de reojo a Carlos.) ¿Está segura de que su hijo me da la es- palda por un problema de nervios, nada más?  
MARÍA: Tan segura como que me debe 2,500 pesos.  
CABO: Me dieron cuatro mil.  
MARÍA: Dije que usted me debe dos mil qui- nientos pesos. Los dos Fernández cuatro mil. Después de todo, no podrán decir que la reconciliación les costó mucho, ¿no?  
CABO: Realmente, no. Tome. (Le da cuatro mil pesos.)  
MARÍA: Dije dos mil quinientos.  
CABO: Eso es cosa suya. Cosa civil. Yo le pago los cuatro mil que le debe el comando.  
MARÍA: Perfecto. Yo tomo sus cuatro mil, y le devuelvo civilmente mil qui- nientos. ¡Sirvase, mi cabo primero! (Le da el dinero.)  
CABO: (Lo guarda.) Sí, ustedes los civiles se la rebuscan de cualquier manera, ¿eh?

MARÍA: Y... cada uno lleva a cuestras su propia guerra, mi cabo primero. La mía es de guerrillas.  
(*María le da al cabo primero el paquete que Ada acaba de alcanzarle.*)

CABO: (*A María.*) Gracias, señora. (*A Ada.*) ¡Señorita, me hace muy feliz pensar en usted como en una luminosa hija del país!

ADA: ¿Qué dice, mamá?

MARÍA: ¡Que mejor no te encuentre sola!

CABO: (*Ríe. Saluda a María.*) ¡Señora, usted me cae lo más bien. Y aunque su hijo sigue de espaldas, quiero darle un consejo, ya que es estudiante. Que no se meta en la huelga, porque no les vamos a permitir hacer escándalos.

MARÍA: ¿Qué? ... ¿Qué huelga?

CABO: ¿Él no le dijo nada? Bueno, dígame que no se meta.

MARÍA: ¿Pero de qué huelga me está hablando?

CABO: De estudiantes. Y parece que tienen armas. Bueno, hasta pronto, señora. Tengo que ir a la Fiesta de la Reconciliación.  
(*El cabo saluda y sale. María está mirando fijamente a Carlos. Éste, se va volviendo para seguir con la mirada al cabo. Está tenso. Da la impresión de que es capaz de gritarle cualquier cosa. María se da cuenta de eso y va rápidamente hacia su hijo.*)

MARÍA: (*Toma del brazo a Carlos.*) ¿De qué huelga hablaba ése?

CARLOS: (*Se suelta con brusquedad.*) ¿Por qué no me dijiste ese día que habían matado a un conscripto?

MARÍA: ¡Decime de qué huelga...! (*Lo ha vuelto a tomar del brazo.*)

CARLOS: (*Se deshace con violencia.*) ¡Sol-táme, querés! ¿Por qué no me lo dijiste?

MARÍA: ¡Porque no te importaba! ¿Qué ibas a hacer? ¿Tirarles piedritas?

CARLOS: (*Mira a María. Va hacia Ada violentamente.*) ¡Y vos! ¿Por qué no me lo dijiste vos?

ADA: ¡Porque yo qué sabía, y listo! ¡A mí dejáme tranquila, che!

CARLOS: (*Vuelve a María.*) Y ni siquiera se te notaba nada... ¿Cómo pudiste ver que mataran a un pobre tipo de veinte años... porque iba a sacar un pañuelo... sin que se te notase nada, mamá?

MARÍA: ¡Se me notaba lo que se me tenía que notar! ¡Y lo que se me tenía que notar era que ésos podían volver en cualquier momento con su guerra de porquería y matarnos a todos, o quemarnos el puesto! ¡Eso era lo que se me tenía que notar! ¿O vos también querés una condecoración entre el vino egipcio y las almendras españolas?

CARLOS: ¡Lo que no quiero es seguir viviendo así! ¡Eso es lo que no quiero!

MARÍA: ¿Y quién te dijo que yo sí, estúpido? ¡Yo tampoco quiero esto para vos! Por eso, mañana tenés que recibirte...

CARLOS: *(Va rápido al estudiante.)* ¿Te das cuenta la única conclusión que saca?

ESTUDIANTE: Porque el mundo termina para ella en la punta de su nariz.

CARLOS: Es lo que le dije yo.  
*(María responde al estudiante pero como si estuviese hablando con Carlos, que ha quedado en medio de los dos.)*

MARÍA: ¡Y claro! ¿Acaso alguien me prestó su nariz cuando tuve que oler a podrido?

ESTUDIANTE: La gente no está preparada todavía para ayudar a la gente...

MARÍA: ¡Si lo sabré yo! Pero no puedo esperar a que vayan a la escuela para recibirse...

ESTUDIANTE: Todo será distinto en el futuro...

MARÍA: Espero que sí. Por eso quiero que Ada se case y me dé un nieto. Él vivirá en el futuro. ¡Yo... yo llevo el presente delante, como el burro la zanahoria!

ESTUDIANTE: *(Categorico.)* ¡Es un pequeño comerciante explotado con mentalidad de gran capitalista!

*(Carlos grita a María como si las palabras del estudiante le hicieran avergonzarse de su madre.)*

CARLOS: ¡No quiero escucharte más! ¡Me da vergüenza...!

MARÍA: *(Sacudida.)* ¿Vergüenza de mí? ¿De mí, nene? ¿De que venda baratijas en este puesto destartado?

CARLOS: ¡No me trabajés la moral! ¡Vos sabés que eso no me importa! ¡Me da vergüenza de lo que decís!

MARÍA: ¿De lo que digo...? ¡Pero... lo que digo son palabras, nene! ¡Nada más que palabras! ¡Y las palabras no valen nada! ¿Por qué no te fijás en lo que hice?

CARLOS: Me fijo. Hace rato que me fijo... y me quedo callado. ¡Pero ya no puedo callarme más! ¿Qué es lo que hiciste? ¿Vivir con un mundo chiquitito donde cabés vos sola?

MARÍA: ¿Yo... sola? Y Ada... y vos ¿qué son?

CARLOS: ¡Nosotros somos para vos como uno de esos quesos provolone que vendés!

MARÍA: ¡Ah... quesos provolone...! *(Estalla.)* ¡Ojalá fuesen un par de quesos provolone! ¡Porque ningún queso provolone me sacó nunca estas canas, ves...! ¡Y estas ampollas en las manos! ¡Mirálas! ¡Ni me hizo caer las tetas hasta el suelo, como papeles arrugados...! ¡Yo siempre supe que las palabras no servían para nada! ¡Por eso te mandé a estudiar números! ¡Porque la plata no es palabra, es número! ¡Y el mundo no son palabras, son números! ¡Uno nace, uno muere! ¡Dos nacen, dos mueren! ¡Eso es el mundo...! ¡Y vos me venís con «un mundo chiquitito»! ¡Sí, chiquitito para vos, que tuviste todo cerca de tu mano! ¡Pero para mí... fue demasiado grande... demasiado...! ¡Siempre tuve que caminar mucho, hasta para encontrar un poco de sombra...! *(Furiosa otra vez.)* ¡Y ahora anda

ADA: a estudiar... garrapata! (*Ada rompe a llorar.*) ¿Por qué llorás vos?  
 ¿Por qué se pelean? ¡Yo no entiendo nada!

MARÍA: ¡No tenés nada que entender!

CARLOS: Esto no puede seguir así, mamá. Voy a empezar a hacer mi propia vida...

MARÍA: ¡Mañana! ¡Después que te recibás!

CARLOS: ¡Andá a estudiar!

CARLOS: Es la primera vez que me decís eso... garrapata...

MARÍA: No te preocupés. Es gratis. No te cobro nada.  
*(Carlos la mira. Se vuelve, y sale. Es decir, se sienta junto al estudiante de espaldas al público. El estudiante está de pie. María va hacia Ada que sigue gimoteando.)*  
 Dejá de llorar. Se te va a correr la pintura.

ADA: *(Deja de llorar instantáneamente.)*  
 Si, es cierto. ¿Tenés un espejito?

MARÍA: *(La mira. Pausa. Se lo alcanza.)*  
 Vos estás salvada. Sos un bofe... por suerte. Y a los bofes no les llegan las palabras. Sólo los mordiscones.

ADA: *(En tono de protesta gimoteada.)*  
 ¡Mamá!

MARÍA: Un lindo bofe, no te preocupés.

ADA: Bueno, si vos lo decís, no me preocupó.  
*(La luz sobre el puesto disminuye. Aumenta sobre Carlos y el estudiante.)*

CARLOS: Entonces fui a la Facultad, para ver qué pasaba. Todos hablaban de

la huelga... y de repente, no sé por qué... entre todos, comencé a sentirme bien...  
 ESTUDIANTE: Estar entre muchos hace bien.  
 CARLOS: Y comencé a pensar en lo que decían...  
 ESTUDIANTE: Estando entre muchos uno aprende a pensar.  
 CARLOS: Y me fui sintiendo lleno de valor...  
 ESTUDIANTE: Estando entre muchos se contagia el valor. ¡Es saludable y fortificante estar entre muchos, Carlos!  
*(Entra el mucamo 1º y va hacia el estudiante.)*  
 MUCAMO 1º: Niño... habló su papá desde Mar del Plata. Vuelven el sábado.  
 ESTUDIANTE: Está bien. Andá a comprar lo que haga falta. Y no me llamés «niño». ¿Cuántas veces tengo que decirte que vos y yo somos iguales?  
*(El mucamo 1º va hacia el puesto donde se enciende la luz violentamente. En el puesto están María, Ada y el mucamo 2º.)*  
 MUCAMO 1º: ¡Y cuando me dijo que éramos iguales, casi le pido que cambiemos de sueldo!  
*(Los dos mucamos y María ríen a carcajadas. El mucamo 1º entrega a María una lista de pedido. Ella a su vez se la da a Ada.)*  
 MARÍA: Nena, comencé a preparar este pedido.  
*(Ada comienza a preparar el pedido. El mucamo 1º la mira con mucho disimulo.)*  
 ¿Cuándo llegan tus patrones?



MUCAMO 1º: ¡El sábado! ¡Como si lo estuviese viendo! Apenas llegue, el viejo dirá... *(Imita exageradamente la voz del patrón.)* ¿la casa limpia, che?

MUCAMO 2º: ¡Como un espejo, señor!  
*(Con el pie hace el gesto de empujar la basura bajo la alfombra. Ríen ambos mucamos.)*

MUCAMO 1º: *(Sigue el juego.)* ¡Ajá...! ¿Mi botella de coñac sigue llena, che?

MUCAMO 2º: ¡Llena, señor!  
*(Y se lleva una mano a la boca para hacer un aparte.)*  
... ¡de agua...!  
*(María y los dos mucamos ríen a carcajadas.)*

MUCAMO 1º: ¡Ajá! ¿Y mi hijo por dónde anda, che?

MUCAMO 2º: Por la Facultad, señor... ¡hablando en ruso!

MUCAMO 1º: ¡Ajá! ¡Así que sigue jugando a «oíd mortales el grito sagrado»...!  
¡Y bueno, que se divierta, todavía es joven! ¡Parece que te has portado bien, che! Tomá.

*(Hace el gesto de dar una moneda al mucamo 2º. Éste hace el gesto de querer tomarla, pero la moneda parece rodar por el suelo. El mucamo 2º la sigue y por fin consigue tomarla entre sus dedos. La levanta, la mira exageradamente, y dice al mucamo 1º.)*

MUCAMO 2º: ¡Señor, debo advertirle que las monedas de cinco centavos han perdido su valor. *(Todos ríen a carcajadas.)*

MARÍA: *(Al mucamo 1º.)* ¡Así que le chupás el coñac...!

MUCAMO 1º: *(Siempre riendo.)* ¡Bah él me chupa la sangre!

MARÍA: ¡No quisiera estar en su lugar!  
¡Buena indigestión se va a llevar con tu sangre!

MUCAMO 1º: *(Deja de reír bruscamente. Está resentido.)* ¿Por qué me dice eso?

MARÍA: ¡Porque un mucamo que se burla del patrón que lo alimenta, no me merece ningún respeto!

MUCAMO 1º: *(Agresivo.)* ¿Ah, no...? ¿Y si yo fuese a comprarle a cualquier otro, le merecería respeto?

MARÍA: ¡Andá... andá! ¡A ver quién te hace un descuento de 200 pesos para que te los tragués! ¡Andá!

MUCAMO 1º: *(La mira. Pausa corta. Con rabia contenida.)* ¡Está bien! ¡Pero tenga cuidado de que las cosas sean frescas, eh, porque la heladera anda medio mal!

MARÍA: No te preocupés.

MUCAMO 2º: ¿Así que la heladera esa comenzó a fallar? ¡Yo te dije cuando la compraron que era una porquería!

MUCAMO 1º: ¡Qué va a ser una porquería! ¿Sabés todo el tiempo que me aguantó?

MUCAMO 2º: ¡Por favor! ¡Ni comparación con la mía!

MUCAMO 1º: ¡Pero por favor! ¡La mía es un palacio al lado de la tuya!

MUCAMO 2º: ¡Pero por favor! ¡Un palacio de la época de Colón! ¡Igual que el auto que tienen!

MUCAMO 1º: ¿Qué pasa con mi auto?

MUCAMO 2º: ¡Que ya da risa y no lo cambiás de amarrete!

MUCAMO 1º: ¡No lo cambiamos porque tiene una línea elegante, por eso! ¡En cambio el tuyo es un auto de medios pelos con pretensiones!

MUCAMO 2º: ¡Pero, por favor!

MUCAMO 1º: ¡Pero por favor!  
*(Parecen dos gallos de riña a punto de pelear, parados abí, en medio de la escena, en puntas de pie. En ese preciso instante María rompe a reír a carcajadas. Los dos mucamos la miran sorprendidos.)*

MUCAMO 2º: ¿Qué pasa?

MUCAMO 1º: ¿Dijimos algún chiste?

MARÍA: ¿Chiste? *(Los imita.)* «¡Pero, por favor!» ¡Dan lástima! «¡Pero, por favor!» ¡Tienen alma de esclavos! «¡Pero, por favor!» «¡Mi auto!» «¡Mi heladera...!» ¡Dan lástima! ¡Son el par de esclavos más esclavos que vi en mi vida...! ¿No quieren que les ate el paquete con cadenas?

MUCAMO 2º: ¡Déme mi botella de vino chileno que estoy apurado!

MARÍA: Tomá. *(Se la alcanza. El le paga.)* Esperate. Tus diez pesos de comisión. *(El mucamo 2º los toma con rabia. Va a salir. Antes que salga María le grita.)* ¿Vas a pasear en «tu auto»...? ¿O vas a lavarlo con la lengua?  
*(El mucamo 2º sale mientras María ríe a carcajadas.)*

MUCAMO 1º: ¿Por qué tiene que ofender?

MARÍA: ¡Porque puedo! ¡Si no me desquito con ustedes... con quién, ¿eh? Y por lo que veo, todavía no te fuiste... ¡Muy ofendido no estarás! *(A Ada.)* ¡Apuráte con ese pedido, nena!  
*(Al estudiante.)* Se cree un tiburón.

CARLOS: Sí. Hasta que se la coman.

ESTUDIANTE: ¿Tu padre... es como dice tu mucamo?

CARLOS: No. Es todo un señor. Ya lo vas a conocer.

ESTUDIANTE: ¿Me vas a invitar a tu casa?

CARLOS: Claro. *(Pausa corta.)* ¡Es todo un señor...! *(Ve que Carlos sigue estudiando.)* ¿Qué hacés?

ESTUDIANTE: Estudio. ¿No te dije que mañana rindo?

CARLOS: Entonces... ¿no te convencí? ¡Vamos, Carlos, vení conmigo a la Facultad! ¡No tenés nada que hacer aquí!

ESTUDIANTE: ¿Por qué decís eso?

CARLOS: Pero, ¿cómo? Todo lo que te dije ¿no te sirvió de nada? ¿O no te diste cuenta que aquí cada uno vive para sí, nada más...? ¡Tu lugar está entre todos nosotros!

ESTUDIANTE: No sé... Yo no sirvo para... ¡Te vas a sentir bien entre todos...! ¡Importante!

CARLOS: ¿Importante...? Si importante significa que importo algo a alguien... Nunca me sentí importante...

ESTUDIANTE: ¡Entonces, vení! ¡A nosotros nos importás mucho!  
*(Carlos lo mira. Se pone de pie.)*

*Inicia un gesto de ir hacia su madre para decirle algo, pero decide que es mejor irse sin hacerlo. Y sale. Tras Carlos sale el estudiante.)*

ADA: ¡Mamá, Carlos salió del café con otro muchacho!

MARÍA: *(Mira en esa dirección. Grita.)*  
¡Carlos...! *(Avanza unos pasos hacia allí.)* ¡Carlos...! *(Pausa. Vuelve.)* Debe haber ido a la Facultad. ¡Mejor! ¡Hoy se levantó con el pie izquierdo...! ¿Te falta mucho, nena?

ADA: No, mami...

MARÍA: *(Ve que el mucamo 1º observa a Ada detenidamente.)* ¿Qué mirás?

MUCAMO 1º: ¡El salame!  
*(Entra el cabo 1º armado ahora hasta los dientes. Trae su metralleta en la mano. María lo ve. El cabo grita hacia afuera como si su escuadrón estuviese allí.)*

CABO: ¡Escuadrón... alt...!

MARÍA: No hay devolución, ¿eh?

CABO: ¡Tenga respeto, señora! ¿Pasó gente por aquí?

MARÍA: ¿Gente... qué gente?

CABO: Estudiantes. Se llevaron todos los adoquines de la calle que estaban arreglando. Están armados hasta los dientes. Nos llamaron a intervenir. *(Asustada.)* ¿Estudiantes...? Mi cabo primero... mi hijo está en la Facultad.

CABO: ¡Ah! ¡Lo dejó ir!

MARÍA: Yo no creí que fuese... y mañana se recibe.

CABO: Lo siento por él.

MARÍA: ¡Si lo ve...!

CABO: Si lo veo, espero que se quede quieto contra la pared.

MARÍA: ¡Por favor, mi cabo primero...!

CABO: Señora, ésta no es cosa civil.

MARÍA: Pero... escúcheme... ¿Sabe una cosa? Usted se olvidó hoy parte de su... digo... de «mi» descuento.  
CABO: ¡Respeto, señora! ¡Ya le dije que ésta no es cosa civil! ¡No hay descuento para el honor!

MARÍA: ¿Qué está diciendo? ¡No sé si habla en serio o en broma!

CABO: ¿En broma? ¡Mi metralleta está cargada, señora! ¿Le parece broma? *(Va hacia el fondo.)* ¡Escuadrón... march... *(Sale el cabo.)*

MARÍA: No... no me parece broma.  
¡Nena, cuidáme el puesto! ¡Voy hasta la Facultad! *(Va a salir. Se detiene. Mira dudando al mucamo 1º.)* ¿Te falta mucho con ese paquete de porquería? No quiero dejarte sola con... ¡Bah, me voy a preocupar por «eso»!  
*(Lo ha dicho por el mucamo, despreciativamente. María sale. Ada sigue haciendo el paquete. El mucamo no le quita los ojos de encima.)*

ADA: Ya está. Sírvase, señor.

MUCAMO: ¡Gracias, señorita! ¡Cómo! ¿No lo ató con una cadenita?

ADA: Esa fue una broma de mamá, señor...

MUCAMO: Entonces... ¿usted no cree que yo sea un esclavo?

ADA: Y... ¡yo qué sé...!

MUCAMO: *(Le toma una mano.)* ¡Cómo le transpiran las manos! ¿Es el calor?  
ADA: ¡Y claro!  
MUCAMO: *(No la suelta.)* ¡Sin embargo, esta venita me guiña un ojo...!  
ADA: ¿Qué venita?  
MUCAMO: ¡Esta... que comienza aquí... y sigue por aquí... por aquí... por aquí...! ¡Por aquí!  
*(Le ha ido acariciando el brazo para terminar con el último «¡por aquí!» apretándole un seno con el dedo. Ella pega un salto pero en el mismo sitio donde está.)*  
ADA: *(Con sorpresa ante la caricia... pero sorpresa sin temor, casi con gusto.)* ¡Ay!  
MUCAMO: ¿Qué te pasa?  
ADA: *(Siempre sorprendida ante la nueva sensación descubierta.)* ¡No...!  
¡Sentí como... como un...!  
MUCAMO: ¿Como un timbre?  
ADA: ¿Un timbre?  
MUCAMO: ¡Un timbre que empieza por sonar aquí... *(Vuelve a tocarle el seno con el dedo.)* ...retumba por todo aquí... *(La va envolviendo en sus brazos mientras la acaricia.)* ...se conecta aquí con otros timbres... vuelve a llamar aquí...!  
ADA: ¡No...! *(Pero sí.)*  
MUCAMO: ¿No? ¿No hay nadie? *(Vuelve a apretar la punta de su dedo contra el seno de Ada.)*  
ADA: *(Estalla.)* ¡Sí! ¡Hay! ¡Está lleno de gente! *(Ada se abraza a él con desesperación. El la aprieta con fuerza. Está de espaldas al público. Sin que*

*ella se dé cuenta le ha ido desprendiendo la blusa. Y de pronto con un tirón, él se queda con la blusa en sus manos. El se aparta de ella y ríe a carcajadas. Ella trata de cubrirse con las manos.)* ¡No...! ¡Déme eso, señor!

MUCAMO: ¡Vení, agarrálo!  
*(Ella va hacia él. El mucamo la esquiva mientras ríe cada vez más fuerte.)*  
ADA: ¡Por favor, déme eso... antes de que vuelva mami...!  
MUCAMO: ¡Pero si lo que yo quiero es que vuelva pronto! ¿Qué te pasa... el timbre tiene frío?  
*(Ada trata inútilmente de reconquistar su blusa. El mucamo ríe a carcajadas. Llega María, ve a Ada corriendo tras el mucamo.)*  
MARÍA: ¿Qué pasa aquí?  
*(El mucamo se vuelve a María riendo. Y como una bandera le enseña la blusa de Ada. Esta corre a esconderse tras el puesto.)*  
¿Eh? *(María corre hacia Ada. La saca del puesto y la sacude.)* ¿Qué te hizo? ¡Decime qué te hizo, estúpida, o te arrastro de los pelos!  
*(La sacude con fuerza. Ada gime. María va hacia el mucamo que retrocede defensivamente. María se detiene.)*  
¿Qué le hiciste?  
MUCAMO: ¡A mí me trata de «usted», señora!  
¿O no se dio cuenta de que ya no soy ningún «esclavo»?  
MARÍA: ¡Qué le...!

MUCAMO:

¡De «usted»!

MARÍA:

*(Pausa corta. Se domina apenas.)*

¿Qué le hizo?

MUCAMO:

*(Lanza una carcajada.)* ¡Nada! ¡No le hice nada, pero porque no quise! ¡A mí nadie me va a obligar a casar con un policía detrás! ¡Por eso no le hice nada...! ¡Tomá, para que aprendás que los esclavos a veces dejan de ser esclavos!

*(Le tira la blusa y sale riendo. María recoge del suelo, lentamente, la blusa de su hija. Ésta sigue gimoteando. María va hacia ella, causadamente. Le alcanza la blusa.)*

MARÍA:

Tomá... ponétela

*(Ada toma su blusa, y sin dejar de gimotear, se va tras el puesto.)*

Dejá de llorar... Por suerte no pasó nada.

ADA:

¡Si pasó! ¡El me gustaba!

MARÍA:

¿Ésc? ¡Ése no es el que quiero para vos!

ADA:

¡Pero a mí me gustaba!

MARÍA:

¡No es él quien te gustó, sonsa! ¡Te gustaste vos, cuando te tocó! ¡Y la culpa fue mía! ¡Me olvidé de decirte que todas las manos se parecen, pero que no hay que confundir chicha con limonada. ¡Después que te casés, la mano se mete en seguida en el bolsillo, y el tipo se va silbando solito...! ¡Si lo sabré yo! ¡Para vos, quiero algo más que una mano! ¡Ya sé que no sos muy inteligente, pero pensé que serías un poco más viva, para saber lo que te conviene...  
*(Ada sigue gimoteando.)* ¡Dejá de

llorar! ¡Ya te dije que no fue nada...! ¿Pero qué mierda pasa con mis hijos, oh Dios mío? ¡Contestáme, por favor! ¡Me rompí toda para enseñarles lo que tenían que hacer de sus vidas, y ellos...! ¿Es que la experiencia de los viejos no sirve para nada? *(A Ada.)* ¡Vos te dejás manosear por una mano, sin darte cuenta de que es la mano de un limosnero... y tu hermano se cree el sargento Cabral y se mete en líos por unos mocosos que ni saben limpiarse la nariz! *(La mira. Pausa. Se aproxima a ella.)* ¡Bueno, bueno...! ¿Qué pasa ahora?

Cuando me tocó... sentí como...

¿Como qué?

Como si todo el cuerpo me creciera de pronto... ¿Es malo eso, mami? *(La acaricia.)* ¡No, mi nena, no es malo! Quiere decir que cuando aparezca el hombre que te corresponde, encontrará un hermoso cuerpo crecido... No, no será malo para ninguno de los dos. *(Pausa.)* ¡Qué raro... así que hasta la mano de un limosnero puede servir para algo...!

¡Mami, vámonos...! ¡Ya es de noche!

*(Efectivamente ha comenzado ya a caer la noche.)*

ADA:

MARÍA:

ADA:

MARÍA:

ADA:

MARÍA:

ADA:

No, tenemos que esperar a Carlos. Ni me pude acercar a la Facultad, del amontonamiento que había. *(De pronto pone atención.)* ¿Oís? ¿Qué?

MARÍA: Se paró el ruido de las máquinas que arreglaban la calle...

ADA: ¿Y qué tiene?

MARÍA: Nada. Pensaba nomás... Recostáte un poco. Yo voy a hacer las cuentas de hoy, hasta que llegue tu hermano. ¡Ojalá se apure! Mañana tiene que levantarse temprano para el examen...

*(María comienza a hacer las cuentas. Ada se recuesta dentro del puesto. Luego de un corto instante, Ada asoma la cabeza apoyando sus dos manos sobre el mostrador.)*

ADA: Mami...

MARÍA: ¿Qué?

ADA: Tengo miedo.

MARÍA: ¿De qué?

ADA: No sé... pero antes todo era distinto... Cuando vos nos despertabas, siempre sabíamos que íbamos a hacer. Ahora... ¡Carlos por ahí... nosotras aquí...! ¡Y pasan tantas cosas! ¡No me gusta, mami! ¡Me da miedo no saber nada!

MARÍA: Sí... la vida se ha vuelto un poco complicada... ¡Y para peor no vendí casi nada! ¡Lindo negocio...! Acostáte, no tengás miedo. Es el verano, sabés... En el verano siempre pasan muchas cosas. La sangre corre más ligero...  
*(Ada la mira. Vuelve a desaparecer tras el puesto. María sigue con sus cuentas.)*

¡Ni cuatro mil pesos...! ¡Y a esta hora ni los perros!  
*(Ha entrado Adolfo Alonso que*

*escucha las últimas palabras de María.)*

ADOLFO: No sé los perros. Pero tal vez un amigo. ¿Hay un mate para un paisano?

MARÍA: *(Se queda mirándolo, sorprendida y feliz.)* ¡Adolfo...!

ADOLFO: ¡Se acordaba de mí! ¡Buena caricia pa'perro...! ¡Pero, siga nomás con sus cuentas, señora!

MARÍA: Las cuentas pueden esperar. Los números no envejecen por un día.

ADOLFO: ¡Suerte de los que tienen números, no...! ¿Ya vendió como para comprar el obelisco?

MARÍA: Ni para un escalón del subte. ¿Viene a comprar?

ADOLFO: Tiempo... si tiene para mí.

MARÍA: Tengo... pero se lo presto. Nena... *(Como Ada no responde, se asoma al interior.)* ¡No...! *(Sonríe.)* Se durmió. Está cansada.

ADOLFO: Usted también parece cansada...  
MARÍA: ¿Si? Qué raro... No estaba, sabe... pero apenas entró usted...  
*(Se corta.)*

ADOLFO: ¿Qué?

MARÍA: Me vinieron ganas de estar cansada.

ADOLFO: Sí que es raro. Salvo que...

MARÍA: ¿Qué?

ADOLFO: Que quiera descansar en mí.

MARÍA: *(Lo mira. Ríe.)* ¡Ya me olvidé que era cazador... de gallinas!

ADOLFO: Ahora no soy nada más que componedor de caminos.

MARÍA: ¡Ah...! ¿Todo ese ruido era suyo?

ADOLFO: Un poquito nomás. ¡Demasiado ruido para uno solo!

MARÍA: Y... ¿cómo le queda componer caminos?

ADOLFO: Les queda mejor a los que andan por encima. Yo, ya me siento algo camino, sabe... ¡Un poco pisoteado!

MARÍA: Y entonces, ¿cómo hace para seguir sonriendo, Adolfo?

ADOLFO: Le voy a decir la verdad... María... Ya casi no sonrío. Esta me la puse para usted...

MARÍA: *(Lo mira. Sonríe.)* ¡Cazador de gallinas va a ser usted!

ADOLFO: ¡Ahí tiene, no...! Y... ¿se siente más descansada ahora?

MARÍA: Sí. No sé por qué, pero sí. ¡Ojalá hubiese venido antes! Desde que oí el ruido de las máquinas esas, pensé que andaba usted por ahí... ¡Hace bien tener cerca a una persona que la hace descansar a una, sin necesidad de sentarse!

ADOLFO: A mí me pasa lo mismo con usted. Como si fuese mi madre

MARÍA: ¡Su abuela!

ADOLFO: *(Ríe.)* ¡Ahora sí que está descansada! ¡Apenas la chumban, salta...! Y... ¿cuándo muere?

MARÍA: ¡Cuando se me da la gana...! ¿Quiere un vinito chileno?

ADOLFO: Me parece que se equivocó. ¡El camino no es mío! ¿Con qué le voy a pagar?

MARÍA: ¡Pero el vino sí es mío! *(Toma una botella.)* ¡Y esto «sí» que es chileno! ¡Tanto cretino me lo compra, que vale la pena abrirlo por us-

ted... *(Abre la botella.)* ... porque me hizo descansar!  
*(Bebe un trago de la botella. Luego le alcanza la botella a Adolfo. Este comienza a beber un largo trago.)*  
 La verdad, Adolfo, me alegro de que este podrido destino lo haya traído hoy hasta aquí...  
*(Deja de beber lentamente.)* Bueno, ve... no fue el destino el que me trajo. Fue su hijo.  
 No entiendo...  
 ADOLFO: Él me dijo que usted andaba por aquí  
 MARÍA: ¿Carlos...? ¿Y dónde lo vio?  
 ADOLFO: Junto con otros... se nos llevaron las piedras que estábamos usando. Por eso tuvimos que parar.  
 MARÍA: ¿Cómo...? ¿Y ustedes los dejaron?  
 ADOLFO: Eran muchos. Además, nos vino bien, así descansamos un rato, ¿no?  
 MARÍA: ¡En eso piensan, nada más! ¡Total, qué les importa los demás!  
 ADOLFO: Y... nosotros tampoco les importamos mucho a los estudiantes, sabe...  
 MARÍA: ¡Pero él era mi hijo! ¿Por qué no lo agarró de los pelos?  
 ADOLFO: Porque tenía un cortaplumas, señora. Estaba durito para el cariño. Sólo me dijo que usted andaba por aquí... y que le dijera que no iba a rendir mañana... ¿Rendir qué?  
*(Ella se queda fría. El se da cuenta.)* No se preocupe, María... en cuanto tire la primera piedra, y rompa un vidrio, sale corriendo

Ese muchacho no me parece hecho para eso.

MARÍA: ¡Ojalá, ojalá sea inteligente, y salga corriendo! ¡Ojalá se muera del susto y vaya a esconderse debajo de la cama! *(A lo lejos se escuchan descargas de armas.)* ¿Y eso... Adolfo? ¿Fue un trueno?

ADOLFO: No... me parece que no fue un trueno, no... *(Suenan nuevas descargas. Ada se asoma.)*

ADA: Mamá... ¿va a llover...? *(Ve a Adolfo.)* ¡Oh...! ¿Cómo está señor Adolfo?

ADOLFO: Y... se hace lo que se puede, señorita... *(Vuelve a sonar otra descarga. María se aferra a un brazo de Adolfo.)*

MARÍA: ¡Adolfo... eso fue...! *(Entra el cabo, siempre armado hasta los dientes.)*

CABO: *(Hacia afuera.)* Escuadrón... ¡Alt! *(Va hacia Adolfo.)* ¡Usted!

ADOLFO: *(Se hace el chiquito.)* ¿Yo, señor?

CABO: ¡Sí, usted! ¿Es el encargado de manejar esa grúa que está cruzada en medio de la calle?

ADOLFO: ¿La grúa, señor?

CABO: Sus compañeros me dijeron que era usted.

ADOLFO: Deben haberse confundido con otro...

CABO: *(Le apunta con la metralleta.)* ¿Es usted, o no?

ADOLFO: Y... debo ser yo, nomás.

CABO: Venga conmigo. Tiene que sacarla de ahí. No deja pasar los blindados.

MARÍA: *(A Adolfo.)* Por favor, Adolfo... no la saque... ¡Haga algo... rompa, qué se yo!

ADOLFO: *(La mira. Pausa. Sourie.)* No se preocupe. Ya la rompí antes de venir.

CABO: *(A Adolfo.)* ¡Vamos! *(A María.)* ¡Y usted, señora... a desalojar! ¡Se acabó la venta por hoy! ¡Ya terminó el día de los civiles!

ADOLFO: Vaya para casa, María. Ahí debe estar su hijo, debajo de la cama, lloriqueando... *(Comienza a caminar hacia el cabo.)*

MARÍA: ¡Adolfo! *(Él se vuelve.)* ¡Búsqueme... que me va a encontrar...! *(Sonriendo.)* ¡Y claro! Aunque sea cazador de gallinas, me gustan las pollitas como usted.

ADOLFO: *(Sale con el cabo. Se escucha otra descarga a lo lejos.)*

MARÍA: ¡Vamos a casa, nena!

ADA: ¿Y Carlos?

MARÍA: Debe estar ahí, esperándonos. ¿Qué tiene que ver él con todo este menengue? ¡Vamos pronto...!

ADA: ¡Tengo miedo, mamá!

MARÍA: ¡Ahora yo también! *(Comienzan ambas a empujar el puesto.)* ¡Ojalá mañana vuelva a ser un día para los civiles...!

*(María y Ada salen empujando el puesto. El escenario queda vacío. Vuelve a escucharse otra descarga. Entra Carlos corriendo muy asustado, y con la ropa desarreglada.)*

MARÍA: ¡Mami! *(No la ve. Se asusta más.)*



¡Mamá...!  
*(Entra el cabo y le apunta con su metralleta.)*

CABO: ¡Alt...!  
CARLOS: ¡No...! ¡Yo no hice nada, señor!  
CABO: Tenían armas. Yo los vi.  
CARLOS: ¡Yo no, señor! ¡Se lo juro!

CABO: Algunos tenían. Y estando entre muchos, se carga con la culpa de todos.

CARLOS: ¡No entiendo nada! Uno me dice que estando entre muchos se contagia el valor... ¡y yo estoy muerto de miedo...! ¡Usted me dice que estando entre muchos se carga con la culpa de todos...! ¡Y yo no hice nada! ¿Se puede saber cómo mierda hay que estar?

CABO: Eso no es cosa mía. Es cosa civil. Pero quiero advertirle que para nosotros todo franco tirador es un traidor. Acompañeme.

CARLOS: ¿Adónde...? ¿No le estoy diciendo que no hice nada?

CABO: ¡Por favor, no me haga discutir!  
¡Hace un calor que no se aguanta, y encima me hace discutir!  
*(Saca el pañuelo para secarse la transpiración. De pronto, al mirar el pañuelo, recuerda algo, y grita aterrado hacia afuera.)*

¡No... no tiren... es un...  
*(Pero no alcanza a terminar la frase. Suena una descarga. El cabo se toma el pecho. Comienza a caer lentamente. Dice en un susurro explicativo, muy natural.)*

es un pañuelo...!

*(Cae y muere. Carlos se aproxima a él. Lo mira. Entra el estudiante, se aproxima, ve al cabo.)*

ESTUDIANTE: *(Muy asustado.)* ¿Qué... qué pasó?  
CARLOS: Nada. Se olvidó de que en tiempo de guerra no se puede sacar el pañuelo sin avisar...

ESTUDIANTE: Carlos... vamos a casa... ¡Ahí estaremos seguros hasta que pase todo este lío!

*(Se escucha un himno religioso. Ambos miran hacia afuera. Entra Josefina cantando el himno religioso. Viste un uniforme tal vez parecido al del Ejército de Salvación. Carlos y el estudiante cubren prácticamente al muerto. Ella no lo ve.)*

JOSEFINA: ¡Carlitos, encontré trabajo! ¡Vamos a decírselo a mamá...! Miráme bien! ¡Soy la nueva Hermana de la Fraternidad de los Hijos del Arrepentimiento! ¡Miráme bien, nene... porque estás viendo a una persona que por fin, por fin... descubrió la fe! ¡Siempre estuve sola, y así no podía descubrir la fe! ¡Solamente entre muchos pude hallarla, Carlitos! ¡Miráme bien, nene... miráme bien...! *(Pero él tiene otras visiones.)* Pero, nene... te digo que me mirés...! ¡No seas maleducado!  
*(Carlos y el estudiante se abren dejando ver al muerto. Josefina queda aterrada.)*

ESTUDIANTE: ¡Vamos, Carlos! ¡Cuando vuelva el viejo, va a arreglar todo! ¡Él conoce a mucha gente...! ¡Vamos!

(El estudiante arrastra a Carlos. Josefina queda sola frente al muerto. Quiere recomenzar su himno religioso, pero se corta en seguida, hace una pausa, y suelta de pronto un...)

JOSEFINA:

¡Putá madre!

(Y sale corriendo. Apagón total. Comienza la canción.)

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

## “EL VERANO”

CUADRO TERCERO

Comienzos de marzo, últimos días del carnaval. El puesto de María está colocado en la costanera. Al costado izquierdo y casi al borde del escenario, parte del parapeto de la costanera que da al Río de la Plata. Una escalerilla parte del parapeto y avanza hacia el público, de modo tal que la sala viene a ser el río. Y a veces algún personaje podrá subir al parapeto, descender la escalerilla, y sentándose en el borde del escenario, pescar o mojar sus pies descalzos. Es de noche. A veces sopla viento del río. No ha sido un carnaval muy cálido. Este año, el verano se está yendo demasiado pronto. El puesto está preparado para la venta de artículos de carnaval que cuelgan de él: caretas, antifaces, serpentinatas, bolsas de papel picado, y bebidas. En la parte superior del puesto sigue el cartel de: «Super-mercado doña María». Y ahora se ha agregado otro cartel rectangular que dice:

¡Diviértase!

¡Cambie su cara por otra mejor!

¡Llegó el carnaval!

¡Gracias a Dios!

Al levantarse el telón, este último cartel está un poco ladeado. Adolfo, subido al mostrador del puesto, está terminando de colgar un parlante. Junto al puesto está Josefina, vestida con el uniforme de «Los Hijos del Arrepentimiento» que ya le viéramos en el cuadro anterior. Bajo el brazo lleva un gran portafolio negro, y en la mano un periódico de su congregación. Se escucha música desde un baile cercano, en la costanera.

ADOLFO: *(Trabajando.)* Y como me dijo: «Búsqüeme, que me va a encontrar»... ¡la busqué!

JOSEFINA: Sí. Y la encontró. Ya veo. *(Mira.)* ¿Dónde está ahora?

ADOLFO: Se fue con Ada hasta el baile ese. *(Señala con la mano.)*

JOSEFINA: ¿Para bailar... o para vender?

ADOLFO: *(Riendo.)* Para vender, para comprar, para alquilar... ¡qué sé yo!...

JOSEFINA: ¡Esa mujer va a terminar mal! ¡No se puede pasar la vida comprando y vendiendo!

*(Entran dos personajes del coro. Visten casi como harapientos y usan alpargatas agujereadas. Van hacia el puesto. Josefina se les acerca con el periódico.)*

¡Los siete preceptos del arrepentimiento! ¡Uno por cada pecado!  
¡Los siete preceptos por lo que ustedes deseen darme! ¡Un precepto para cada pecado! ¡Uno por uno!  
¡Precepto por pecado!

*(Ninguno le hace caso. Toman del puesto tres bolsitas de papel picado. Junto a las bolsitas hay un cartel con el precio. Le dan el dinero a Josefina. Harapiento 1º, serio, mira a Josefina de arriba abajo.)*

HARAPIENTO 1º ¿No te parece mucha falta de respeto ese disfraz, che?

*(Los dos harapientos, antes de salir, arrojan papel picado a Josefina. Josefina, pausa, estática. Cuando ya han salido.)*

JOSEFINA: ¡La p...!

*(Cierra la boca. Se vuelve a Adolfo.)*

*Pausa. Luego mira el cartel alusivo al carnaval.)*

Está chingado.

*(Adolfo mira el cartel. Lo acomoda bien. Ella lo lee.)*

Bueno, por lo menos se acordó de Dios. *(Pausa.)* ¿Hubo noticias de Carlos?

ADOLFO: Parece que no, desde aquel día...  
¡Cómo me equivoqué, eh! Yo creí que el gurí iba a salir corriendo para su casa, muerto de miedo... Y salió corriendo para otro lado... ¡vaya a saber dónde!

JOSEFINA: Sí. Yo misma recién pude pararme a las diez cuadras. ¡Estaba... tan muerto ese hombre, que daba calambre!

ADOLFO: Me dijeron que después lo hicieron sargento.

JOSEFINA: ¡No me diga! Bueno, peor es nada, no...

*(Entran otros dos personajes del coro, también medio harapientos. Van hacia el puesto. Josefina les ofrece el periódico.)*

Los siete preceptos del arrepentimiento. ¡Uno por cada pecado!  
¡Los siete preceptos por lo que ustedes quieran darme!

*(Los dos harapientos se llevan papel picado. Dejan el dinero en la mano extendida de Josefina y le arrojan papel picado. Salen. Ella se queda mirándolos, sin moverse. Luego mira lentamente el dinero.)*

ADOLFO: Mejor deja esa plata sobre el mostrador. . . . (Refiriéndose a María.) Los tiene contados, sabe.

JOSEFINA: (Ofendida.) ¡Y claro que iba a dejarlo! ¿Qué se piensa? (Deja el dinero junto a las bolsitas de papel picado.) ¡Esa plata no me interesa! ¡No cuesta trabajo ganarla! (Vocea.) ¡Los siete preceptos del arrepentimiento! ¡Uno por cada pecado! ¡Los siete preceptos del arrepentimiento! (Nadie acude. Ella deja de vocear.)

ADOLFO: (La mira. Se compadece. Saca dinero.) ¿Cinco . . . alcanzan?

JOSEFINA: Mucho no es . . . pero si no tiene más . . .

ADOLFO: Tengo . . . pero es para otros vicios

JOSEFINA: (Le da el periódico.) Lo va a leer, ¿no?

ADOLFO: Claro, apenitas tenga tiempo. . . .

JOSEFINA: Tiene que leerlo, Adolfo, Lo va a dejar limpito, como a mí. (De pronto, la acomete un chubco de frío.)

ADOLFO: Usted, lo que me parece que está es muerta de frío.

JOSEFINA: Es que se está yendo el verano, ¡Cada año siento más el frío! (Adolfo se pone el periódico bajo la camisa. Ella lo mira atentamente.) ¿Abriga?

ADOLFO: Ajá. Pruebe, va a ver . . . (Tras una corta vacilación, Josefina saca un periódico del portafolio. Se vuelve de espaldas a Adolfo y comienza a colocarse el periódico bajo

su ropa congregacionista. Josefina, mientras se arregla y siempre de espaldas.)

JOSEFINA: Y . . . ¿sigue arreglando calles?

ADOLFO: Ajá . . . (Josefina ha terminado de arreglarse.) ¿Va mejor?

JOSEFINA: Parece que sí. (Ve las botellas de bebidas. Va hacia el puesto y toma una en sus manos.)

ADOLFO: (Por María.) Mire que las tiene medidas . . .

JOSEFINA: (Deja la botella bruscamente.) ¡Ya sé que las tiene medidas! ¡Estaba mirando nomás! ¡Como si no supiera que las tiene medidas! (Entran María y Ada, ésta infantilmente disfrazada. María trae colgando alrededor de su cuerpo antifaces, serpentinas y bolsas de papel picado. Ada trae en sus manos un gran cernidor lleno de papel picado. Josefina no las ve enseguida, pero al escuchar que llega gente, en un gesto instintivo de vendedora, se saca el periódico que acaba de ponerse bajo la ropa y lo enarbola.) ¡Los siete preceptos del . . . ! (Ve a María y Ada. Se interrumpe.)

MARÍA: ¡Josefina!

ADA: ¡Tía Josefina! (Corren hacia ella. La besan y abrazan. Cuando Josefina abraza a Ada con fuerza, María las separa.)

MARÍA: ¡Cuidado, que le vas a desparramar el papel picado! (A Ada.) Nena, ponélo en las bolsitas . . .

ADA: *(Va hacia el puesto.)* ¿Me trajiste algún regalo, Josefina?

JOSEFINA: ¿Regalo? *(Trascendente.)* ¿De donde vengo yo, sólo se da a los desamparados!

MARÍA: Estás cambiada desde que no te veo, Josefina.

JOSEFINA: *(Importante.)* ¡Y claro!

MARÍA: Más amarilla.

JOSEFINA: Mentira, ¡qué voy a estar! *(Pausa corta.)* ¡Bueno, a lo mejor sí... pero es que no vengo de veranear, María!

MARÍA: Pero comer, ¿te dan?

JOSEFINA: Lo necesario. ¡Y no me lo dan, como antes!... ¡Me lo gano! ¡Además, tengo un techo!

MARÍA: Debe ser bien oscuro... porque amarilla, estás bien amarilla, ¡eh!

JOSEFINA: *(Ofuscada.)* ¡Es el techo bajo el cual viven todos los hermanos de la Congregación!

MARÍA: ¿Y por qué te enojás? ¡Si yo no te digo nada en contra! ¿Estás contenta?... ¡Mejor, me alegro por vos! ¡En serio que me alegro! *(A Adolfo y Ada.)* ¿No es cierto que todos nos alegramos?

ADOLFO: ¡Claro!... Se la ve muy bien.

JOSEFINA: *(Se calma.)* Bueno, se agradece... Perdonen que me haya enojado... ¡pero es que esta ropa todavía me pone incómoda a veces!

MARÍA: ¿Y por qué no te pusiste otra para salir a pasear?

JOSEFINA: ¡No salí a pasear! Vine a ver cómo estaban ustedes... y a trabajar.

MARÍA: ¿Trabajar?... ¿Ahora?... ¿Trabajar de qué?

ADA: *(Mirando a lo lejos.)* ¡Mamá!... gente!

MARÍA: *(A Ada.)* ¡Vení pronto!  
*(Ada corre junto a María llevando el cernidor. Por su parte Josefina esgrime el periódico y comienza a vocear aun antes que haya entrado nadie.)*

JOSEFINA: ¡Los siete preceptos del arrepentimiento, por lo que ustedes quieran darme! ¡Un precepto por cada pecado! ¡Precepto por pecado! ¡Uno por uno!

MARÍA: *(La mira sorprendida.)* ¡Eh!... ¿Qué hacés?

JOSEFINA: Trabajo. *(Vocea.)* ¡Los siete preceptos del arrepentimiento!

MARÍA: *(Va hacia ella.)* ¡Ah, no, qué te creés!... ¡No vas a venir aquí a hacerme la competencia!

JOSEFINA: ¡No me ofendás, María! ¡Yo... no vendo papel picado!

ADA: ¡Ya llegan, mamá!...  
*(Entran dos máscaras, personajes del coro. Usan mascarones de millonario. Galera y toscano. Ridículo, claro. Bajo los mascarones, los mismos harapientos con las alpargatas agujereadas y la camiseta deshilachada. Josefina va hacia ellos.)*

JOSEFINA: ¡Los siete preceptos del arrepentimiento! ¡Ustedes, los bien comidos, son responsables de los desamparados! ¡Compren los siete preceptos del arrepentimiento!

(Los dos mascarones miran sorprendidos a Josefina. Ada y María rien a carcajadas.)

MARÍA:

¡No seas pavota, Josefina! Lo único que tienen de bien comidos es la careta! ¡Miráles las alpargatas! (Rie.) ¿De qué van a estar arrepentidos? (Ella y Ada tolean a los dos mascarones.) ¡Muertos de hambre con caretas! ¡Muertos de hambre, con caretas!

(Los dos mascarones las corren y les arrojan papel picado. Cuando María considera que ya es suficiente, saca una escoba del puesto y corre a los mascarones.)

¡Fuera! ¡Fuera!

(Los dos mascarones salen corriendo, María comienza a barrer el papel picado y en seguida deja la escoba a Ada.)

Juntálo, nena.

(Ada comienza a juntar el papel picado del suelo. Lo va poniendo sobre el cernidor. Después sacudirá el cernidor para sacar la tierra del papel, el que colocará luego en bolsitas vacías que hay en el puesto, para terminar dejándolo expuesto a la venta. Adolfo va hacia Josefina.)

ADOLFO:

¡Vamos, no se ponga triste... pero me parece que se equivocó de lugar, Josefina!... ¿No ve que todos éstos se han gastado los últimos pesos en esas caretas y en papel picado?

JOSEFINA:

No deberían permitir que se usen caretas como ésas. ¡Una se confunde!

MARÍA:

¿Pero cómo se te ocurrió venir a vender justito aquí, eh? ¿Sos mi amiga o no?

JOSEFINA:

¡Esta noche tengo que vender sin falta veinte periódicos! Si no... Manuel me mira mal... sabés...

MARÍA:

¿Quién?

JOSEFINA:

Manuel.

MARÍA:

¿Y quién es Manuel?

JOSEFINA:

Nuestro capitán.

MARÍA:

¡Bah... como si vos y yo no estuviésemos acostumbradas a que nos miren mal!

JOSEFINA:

¡Ahora es distinto! ¡Manuel... es un santo, María! ¡Y no me compares con vos, por favor! ¡Ya pasaron esos tiempos! ¡Mi vida ha cambiado! Si te vas a hacer la aristócrata conmigo, te podés ir yendo, ¡eh!

MARÍA:

ADOLFO:

(Interrumpiendo a propósito, en pacificador.) El parlante ya está. (Exasperada.) ¿Qué?

MARÍA:

ADOLFO:

Que el parlante ya está colocado.

MARÍA:

¿Y?

ADOLFO:

Que podría pagarme con unos tragos.

MARÍA:

¡Tómese los que quiera! (Y va a lanzarse otra vez sobre Josefina, cuando él la detiene.)

ADOLFO:

Uno yo... uno usted... y otro Josefina... (María lo mira.) ... digo, para festejar la vuelta de la amiga, ¿no?

MARÍA:

(Lo mira a los ojos. Pausa. Su tensión muere. Sonríe.) Si usted lo dice... (Se vuelve a Josefina.) ¡Cómo nos vamos a pelear, Josefina!

JOSEFINA: ¡Todo por mi culpa! ¡Pegáme, querés!  
 JOSEFINA: ¡No, no...! La culpa fue mía. ¡Pegáme vos!  
 MARÍA: ¡Pero terminá de discutir, vieja pasa de uva! ¿No sabés que a cabeza dura no me vas a ganar? *(Se miran. Ambas ríen y se abrazan.)* En serio... ¡qué suerte que viniste! ¡Y se te ve tan bien!...  
 JOSEFINA: Me dijiste que estaba amarilla...  
 MARÍA: ¡Macana! ¡Es la luz de esa luna de porquería!  
 JOSEFINA: *(Ansiosa.)* María... en serio, ¿no estoy amarilla?  
 MARÍA: No... *(La mira sorprendida.)* ¿Qué te pasa, mi vieja?  
 JOSEFINA: ¡No quiero estar amarilla!... ¡Ay, mi Dios, María... no sabés lo que cuesta tener fe! ¡Pero yo nunca tuve nada, vos lo sabés muy bien!... ¡Esto es lo primero!... Y... ¡y me tienen en cuenta! ¡A veces, sabés... me confieso con Manuel... el capitán... y... y te juro que invento cosas, para que él tenga por qué perdonarme!... ¡Por eso, María, no quiero estar amarilla! ¡Necesito que él sepa que estoy bien! ¡Que estoy mejor que cuando no tenía fe! Vos me entendés, ¿no?  
*(María la mira. Adolfo se ha aproximado con dos vasos de vino y la botella bajo el brazo.)*  
 ADOLFO: Uno para María... otro para Josefina...  
 MARÍA: Y usted... toma de la botella, ¿no?...

ADOLFO: Cuando se puede... Me la gané trabajando, ¿no?...  
 JOSEFINA: *(Toma el vaso, pero enseguida lo rechaza.)* ¡No, no... no me tienen! ¡No debo tomar vino!  
 ADOLFO: ¿Vino? ¿Y quién le dijo que es vino?  
 JOSEFINA: ¿No?  
 ADOLFO: ¡No!... Hoy es carnaval... ¡y nada es lo que parece! Los rotosos son millonarios y los millonarios son rotosos. María parece dura, y es blanda como una torcaza... El vino no es vino, sino agua bendita... Y Josefina no está amarilla y le sobra fe como para regalar. ¡Salú! *(Bebe.)*  
*(María y Josefina beben. Ada ha puesto un disco de música moderna.)*  
 ADA: ¡Señor Adolfo! ¿No quiere bailar conmigo?  
 ADOLFO: ¿Yo, bailar? *(Ríe.)* ¡Apenas si aprendí a moverme dentro de un valsecito!  
 ADA: ¡No, qué valsecito! Venga, que le voy a enseñar... ¿Puedo, mamá?...  
 MARÍA: Y, si él quiere... Ya es mayorcito, creo...  
 ADA: ¡Venga!  
*(Lo arrastra y comienza a enseñarle. Adolfo es torpe. Josefina a María)*  
 JOSEFINA: Te habrás dado cuenta cómo te mira, ¿no?...  
 MARÍA: *(Sonríe.)* ¿Y por qué te creés que me le pongo delante de los ojos? Pero le tengo un poco de miedo... Me hace sentir rara...

JOSEFINA: ¡Porque estuviste sola demasiado tiempo! Y una mujer necesita un hombre a su lado... un compañero...

MARÍA: *(La mira sorprendida.)* ¿Vos me lo decís?

JOSEFINA: ¡Sí, yo! *(Pausa. Baja la vista.)* Creo... creo que voy a casarme, María.

MARÍA: ¿Qué?

JOSEFINA: Manuel... el hermano Manuel... ¡nuestro capitán!... me pidió que me casara con él...

MARÍA: ¡No! ¡Y te lo tenías guardado, vieja mentirosa!

JOSEFINA: No sabía cómo decírtelo... Para eso vine, también... *(Llegan risas de Ada tratando de enseñar a bailar a Adolfo. Miran las dos. Pausa.)* Cuando llegué a la Congregación, yo le lavaba y le planchaba la ropa... después comencé a cocinar para él, sabés... Y hace dos días, mientras le estaba planchando su hermoso saco negro... se me acercó... y me dijo...: «Creo, hermana Josefina, que deberíamos casarnos»... ¡Casi le quemo el saco, te lo juro!

MARÍA: ¿Es joven?

JOSEFINA: No. Es viejo. Tiene asma, sabés... y hace ruidos... ¡pero qué importa! El me hizo sentir acompañada... y me dio fe... ¡por primera vez!

MARÍA: ¿Ya...? *(Le hace un gesto para expresarle.)* ¿Te acostaste con él?

JOSEFINA: *(Casi escandalizada.)* ¡No!

MARÍA: Pero... ¿puede?  
*(Josefina se encoge de hombros como diciendo: «No sé». Enseguida reacciona.)*

JOSEFINA: ¿Pero por qué me preguntás eso, como si fuese lo único que importa? ¡Miráme! ¿No ves cómo cambié al lado suyo? Y qué me puede importar... ¡eso!... *(Pausa. Pensativa.)* ¡Y a lo mejor... todavía puede, no! *(María la mira y larga una carcajada. Le sirve otro vaso de vino. Josefina lo rechaza sin mucha convicción.)* No...

MARÍA: ¡Vamos, vieja! ¡Ya oíste lo que dijo Adolfo! ¡Agua bendita!

JOSEFINA: Y bueno... *(Bebe. Mira a María que tiene la vista fija en Adolfo.)* Ése te convence de cualquier cosa... *(Pausa corta.)* ¡Y ése sí puede, eh!... *(María la mira.)* ¿Todavía... no?

MARÍA: ¡Ni todavía, ni nunca! Ya tuve uno... ¡y menos mal que se murió a tiempo! Ahora tengo que cuidar de mis hijos... *(Se corta.)* ... de mi hija.

JOSEFINA: ¿No supiste nada de Carlos?

MARÍA: *(Brusca.)* ¡No! ¡Ni quiero saber! ¡Ése no es mi hijo! Se fue... ¡que le vaya bien!

JOSEFINA: ¡No seas bruta, María! ¡Carlos es tu hijo!

MARÍA: ¡Dije que no, y no es!

JOSEFINA: Eso es falta de fe, María. ¡A vos te va a matar la falta de fe! ¡Te lo digo yo!



MARÍA: ¡No me jodás más con la fe, que-  
rés!... ¡Falta de fe!... ¿Te creés  
que si no tuviese fe seguiría viva?

JOSEFINA: ¡Vos seguís viva porque el aire es  
gratis!

MARÍA: ¿Gratis?... *(Sonríe con tristeza.)*  
A mí ¡ni el aire me lo dieron gratis!  
*(Le quita el vaso a Josefina y lo  
deja sobre el parapeto.)* Dejá un  
poco de agua bendita para después.  
Tenés los ojos colorados... *(Ada  
ríe. María mira hacia allí atenta-  
mente.)*

ADA: *(A Adolfo.)* ¡Fijese cómo nos mira  
mamá, señor Adolfo!

ADOLFO: ¿Sí?

ADA: Ajá. ¡No quiere que baile con-  
migo!

ADOLFO: No diga pavadas...

ADA: Bueno, pero no deja de mirar...  
¿Por qué pone los brazos tan duros?

ADOLFO: Y, será porque los tengo duros...

ADA: *(Su voz se va haciendo sutilmente  
cálida y envolvente.)* Y fuertes...  
¿también los tiene?

ADOLFO: Puede... Siempre me tocaron tra-  
bajos duros...

ADA: ¿Sí? ¡A ver!... *(Le toca los bra-  
zos.)* Parecen fuertes sí... *(Se le  
mete entre los brazos.)* Apréteme.  
*(Sorprendido.)* ¿Qué?

ADA: Apréteme. ¿O no le gusto nada? *(Él  
se separa del cuerpo de ella con  
brusquedad. Ada ríe.)* ¡Usted pre-  
fiere el tronco a la fruta, no!

ADOLFO: Yo puedo ser tu padre, sabés...

ADA: *(Intensa de pronto y ya en mujer.)*  
¡Yo no necesito un padre! ¡Necesito un hombre!  
*(Adolfo sin armar escándalo toma con fuerza a Ada de los brazos.)*

ADOLFO: ¡Mirá, mascarita... si te sacás la  
careta delante de tu madre, te tiro de cabeza al río!

ADA: *(Se mira los brazos que él le oprime.)* ¡Ay! *(Otra vez en niña.)*  
¿Por qué le dice esas cosas a una  
chica joven como yo? *(De pronto  
escucha que viene alguien y des-  
prendiéndose de Adolfo grita a su  
madre.)* ¡Gente, mamá!  
*(María y Josefina corren. Ada va  
a traer el cernidor. Josefina saca un  
periódico del portafolio.)*

MARÍA: ¡Apuráte, nena!  
*(Ada corre hacia María con el cer-  
nidor. Entran dos «máscaras millo-  
narias». Josefina vocea.)*

JOSEFINA: ¡Los siete precepto del arrepenti-  
miento! ¡Déme lo que pueda! ¡Un  
precepto por cada pecado! ¡Pre-  
cepto por pecado! ¡Uno por uno!  
*(Las máscaras no le hacen caso.  
María y Ada las toreaan antes que  
salgan.)*

MARÍA Y ADA: ¡Muertos de hambre con careta!  
¡Muertos de hambre con careta!  
*(Las máscaras corren a María y  
Ada tirándoles papel picado. Cuan-  
do María considera que ya tienen  
bastante papel, toma la escoba y las  
corre a escobazos.)*

MARÍA: ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Vayan a joder a  
otro lado!

*(Las máscaras salen corriendo. María entrega la escoba a Ada.)*

Juntálo, nena. *(Josefina queda desolada. María va hacia ella.)* Así no vas a vender nada, Josefina. ¿Quién te va a comprar en carnaval con esa de cara de velorio que ponés?

JOSEFINA:

¿Y cómo querés que lo venda?  
¿Con música?

MARÍA:

¿Por qué no? Si ahora, ¡hasta los purgantes se venden con música!

JOSEFINA:

¡Esto es serio, María!

MARÍA:

Es serio si lo vendés. Si no, es una risa. Tenés que venderlos, ¿o no?

JOSEFINA:

*(Comienza a vacilar.)* Sí...

MARÍA:

Y si no los vendés, te van a mirar mal, ¿no?...

JOSEFINA:

Sí. ¡Y qué mal me van a mirar!...

MARÍA:

Entonces ponéle música...  
*(Entran dos máscaras. Van hacia el puesto y compran papel picado. Josefina las mira. Cuando van a salir, Josefina comienza a canturrear en forma insinuante, mientras hace castañuelas suaves con los dedos. Ofrece el periódico.)*

JOSEFINA:

Los siete preceptos del arrepentimiento...  
Precepto por... ¡pecado!

Uno por uno...

*(Las máscaras se detienen sorprendidas. Vuelven hacia Josefina. Se miran.)*

Los siete preceptos por lo que quieren darme...

Precepto por... PECADO-O-O

Uno por uno...

MÁSCARA 1º:

Debe ser otra cosa... ¡A que viene con fotos! ¡Dame uno, mascarita! ¡A mi también! *(Le pagan. Rien.)* ¡Te pasaste, eh!

MÁSCARA 2º:

*(Salen las máscaras. Silencio. Josefina mira el dinero. Se vuelve a los demás que tienen la vista fija en ella. Guarda el dinero. Lentamente va hacia el parapeto y se sirve un vaso de vino. Lo bebe de un trago y se sirve otro. Va hacia Adolfo.)* El baile... ¿es allí?

JOSEFINA:

Sí.

ADOLFO:

JOSEFINA:

Ya vuelvo. *(Va en dirección al baile. Antes de salir se vuelve a los otros.)* Me da vergüenza delante de ustedes...

*(Sale.)*

MARÍA:

*(Ríe. A Ada.)* ¡Andá con Josefina, nena! ¡La van a llenar de papel picado!

ADA:

*(Toma el cernidor y sale tras Josefina, gritando.)* ¡Tía Josefina... esperáme! ¡Esperáme, tía Josefina! *(Sale corriendo.)*

ADOLFO:

*(Luego de pausa.)* No debería dejarla ir...

MARÍA:

¿A quién?

ADOLFO:

A la chica. Está creciendo, sabe... Ya es mujer...

MARÍA:

Sí. ¡Ya vi cómo me la apretaba en el bailecito ese!

*(Toma la escoba y comienza a juntar el papel picado del suelo. Ella y él se irán desplazando uno alrededor del otro, como si estuviesen acercándose y apartándose al mismo tiempo.)*

99 ADOLFO:

¡Ah! Conque se estaba fijando...

MARÍA: ¡Pero ella no es para usted!  
ADOLFO: (Cerca.) ¿No?  
MARÍA: (Se aparta barriendo.) ¡No! (Pausa.) ¿Le gusta?  
ADOLFO: ¡Vaya a saber! . . . ¿Y para quién es?  
MARÍA: ¡Yo sabré muy bien para quién, cuando llegue el momento! ¡Pero para usted, no!  
ADOLFO: (Se acerca nuevamente.) Ajá. Así que para mí no . . .  
MARÍA: (Lo mira y se aparta de él.) Usted . . . me engañó. Yo pensé que era más formal . . . Por eso . . . ¡no le voy a mentir! . . . hasta me ponía contenta cuando venía a visitarnos.  
ADOLFO: ¿Ah, sí? Nunca vi que me recibiese con tortas fritas.  
MARÍA: ¡Debe ser porque en el fondo le desconfiaba! ¡Y menos mal! (Se agacha para recoger el papel picado.) Mire que venir a llenarle la cabeza a una chica que apenas . . .  
ADOLFO: (Se ha agachado junto a ella para ayudarla. Están muy juntos. Él la mira fijamente.) Esa chica necesita un padre, María.  
MARÍA: (Pausa corta. Lo mira.) ¿Qué dijo?  
ADOLFO: Que su hija necesita un padre. (Ella lo mira. Se levanta bruscamente y va hacia el puesto con las manos llenas de papel picado que intenta colocar en bolsitas vacías. Adolfo va hacia ella.)  
ADOLFO: ¿Por qué cada vez que me le acerco, sale corriendo con miedo?

MARÍA: ¿Miedo? ¡Estaría bueno, a mi edad! (Se le cae una bolsita. La mira irritable consigo misma. Adolfo se la alcanza. Pausa.) No . . . creo que . . . no es miedo . . . (Él está otra vez muy cerca de ella.) ¡Por favor, deje de darme vueltas alrededor!  
ADOLFO: (La mira. Se aparta.) Era la vuelta de despedida.  
(Va hacia el parapeto de la costanera. Bebe de la botella de vino. Ella ha sentido el impacto ante la noticia de su partida. Se queda mirándolo. Sale del puesto y avanza unos pasos hacia él.)  
MARÍA: ¿Ya . . . tiene que irse?  
ADOLFO: Ajá. Prontito nomás. Esta madrugada sale mi cuadrilla para el interior.  
MARÍA: Y . . . ¿se va por mucho tiempo?  
ADOLFO: ¡Tres meses, dicen! ¡Pero! . . . Uno sabe cuando empieza un camino, no cuando lo termina . . .  
(Bebe otro trago. Se vuelve a ella. Le hace un gesto con la botella ofreciéndole un trago. Ella acepta con otro gesto. Él le sirve en uno de los vasos que están sobre el parapeto. Ella bebe. Lo mira. Ríe.)  
¿De qué se ríe?  
MARÍA: De usted. ¡Y con esa vida de juntapiedras que lleva, todavía quiere ser padre de nadie!  
ADOLFO: ¿Eso es todo lo que tiene que decirme?  
MARÍA: ¿Y qué tengo que decirle yo?  
ADOLFO: Por qué se puso cólorada . . .

MARIA: (Pausa.) Por el vino. (Él ríe.) ¿De qué ríe?

ADOLFO: De usted. (De pronto le toma fuerte la cara con su mano.) ¡Qué torcaza más dura se me ha puesto delante de la honda!

MARIA: (No se suelta enseguida, lo mira. Luego se aparta suavemente.) Hacía mucho que ningún hombre me ponía la mano encima... El último fue mi marido... y se murió a tiempo... ¡No me vuelva a tocar, Adolfo! (Él avanza un paso hacia ella, y ella retrocede con fuerza.) ¡No me vuelva a tocar, si no quiere que le corte la mano!

ADOLFO: ¿Por qué?

MARÍA: ¡Porque cuando me tocó me hizo temblar! ¡Y usted lo sabe! ¡No quiero darle ventajas! ¡Yo me basto sola, y no necesito a mi lado a nadie que me haga temblar cuando me toca! Tengo una hija para eriar... y ahí me planto.

ADOLFO: (La mira. Pausa. Está bastante furioso.) ¿Su marido... murió de «usted»?

MARÍA: ¿Qué?... (Entiende.) Vea, no. ¡Mi marido... murió de «nada»!

ADOLFO: ¿De nada?

MARÍA: ¡De no ser nada! Se fue volviendo aire... ¡y un día se lo llevó el viento!

ADOLFO: ¡Ah! Y por eso a usted le crecieron los músculos, ¿no?

MARÍA: Sí. Los músculos... y la caparazón. ¡Estoy hecha a prueba de picotazos!

ADOLFO: (La toma con fuerza.) ¡Pero quién quiere picotearla!

MARÍA: (Se revuelve, casi rogando.) Déjeme, quiere... (Y de pronto, a punto de claudicar, se suelta de un tirón.) ¡Déjeme! ¿Qué me trae de regalo?... ¿Una piedra de esas que junta para ganarse el puchero? ¡Muchas gracias! ¡Cómase la usted... y que le aproveche!

(Entra una máscara haciendo sonar una matraca. Usa antifaz. Trae en la mano papel picado. María sale enseguida de situación y corre hacia la máscara provocándola.)

¡Mascarita muerta de frío! ¡Mascarita muerta de hambre!

(La máscara la corre y le arroja papel picado. Cuando María se agacha para recoger el papel del suelo, la máscara se quita el antifaz y dice con voz firme.)

MÁSCARA: (Personaje del coro.) ¡Un momento! (María, aún agachada, la mira con sorpresa.) ¡Ya me parecía que ese papel picado venía de aquí! ¡Está en contravención, señora... y voy a revisar toda su mercadería!

MARÍA: ¿Revisar mi...? ¡Pero mandáte mudar, que a mí nadie nunca me revisó nada!

MÁSCARA: ¡No empeore las cosas! ¡Soy inspector y tengo atribuciones suficientes para revisar la mercadería y clausurar su negocio! Aquí están mis credenciales.

MARÍA: (Las mira. Corre hacia el puesto y se pone ante él, con los brazos

abiertos, para defenderlo.) ¡A mí no me revisa nadie! ¡Es mío! ¡Es mío!

MÁSCARA: (La empuja con brusquedad.) ¡Salí de ahí, si no querés que te haga meter en el San Miguel!

ADOLFO: (Con la botella en la mano, avanza un paso. Suavemente.) Oiga, señor...

MÁSCARA: (Sin darle importancia.) ¿Qué?

ADOLFO: (Siempre suave.) Es una señora... y hay que tratarla de usted...

MÁSCARA: (Ahora sorprendido.) ¿Qué?

ADOLFO: (Ya muy cerca. Siempre con la botella en la mano y siempre suave.) Además... no está sola...

MÁSCARA: (Sacando pecho, en autoridad.) ¡Pero mirá vos!

ADOLFO: (Lo corta tomándolo de la solapa con la mano libre. No deja de ser suave.) Pero mirá vos... que muere tanta gente en carnaval... por culpa de los cohetes... que si muere otro más de un botellazo... (Deja la botella sobre el mostrador.)

... y lo encuentran flotando en el río... van a pensar que como es carnaval... y nadie es lo que parece... éste parecía un inspector y era un ahogado... (Pausa. El otro lo mira aterrorizado. Adolfo sonríe suavemente.)

¿Un traguito, hermano? (Le da la botella. El otro bebe lleno de miedo pánico. Adolfo toma la botella y bebe.) Chau, hermano...

MÁSCARA: (Casi en un murmullo.) Chau, hermano... (Va saliendo apresuradamente. Antes de salir, se vuelve

y saluda a María.) ¡Buenas noches, señora! (Sale.)

(Hay una pausa. Adolfo se vuelve a María. Ella se le aproxima desafiante.)

MARÍA: ¿Qué?... ¿Quiere cobrarse?

ADOLFO: (Pausa.) ¡Ni regalado!

(De pronto la toma con fuerza de los brazos y la mira intensamente. Masculla como si le declarase su amor.)

La puta madre que te parió...

(La suelta. Toma su saco y echándolo sobre el hombro sale sin volverse. Ella amaga un paso pero se detiene. Se vuelve rápidamente y apoyándose en el mostrador echa su cuerpo hacia adelante, como si le hubiesen arrancado algo. Pausa. Entra Ada corriendo con el cernidor lleno de papel picado.)

ADA: ¡Mirá, mami!... (Lo deja sobre el mostrador.) ¡Y eso que recién empezamos! ¡Ni te lo podés imaginar! ¡Josefina se está haciendo la América! ¡Ya tuvo que comenzar a vender por página! (Ríe.) ¡Enseguida vuelvo! (De pronto nota la ausencia de Adolfo.) ¿Y el señor Adolfo?

MARÍA: Se fue.

ADA: ¿Se fue...? ¡Pero va a volver, no!

MARÍA: ¡Y a vos qué te importa! ¡Andá con Josefina... y cuidáte, eh!

ADA: (En ingenua total.) ¿Yo? ¿Y de qué, mami?

(Ada sale. María comienza a poner papel picado en una bolsita. De

pronto, tira con rabia la bolsita sobre el mostrador. Va hacia el parapeto llevando la botella de vino. Se sirve y bebe. Pausa. Por la derecha, entra lentamente Carlos. Su ropa da lástima. Todo su aspecto denota necesidad. Avanza un paso hacia el puesto. No ve a María. Está de espaldas a ella. Ella levanta la cabeza y lo ve, aunque sin reconocerlo.)

MARÍA: (Brusca.) ¿Qué quiere? (Carlos se vuelve asustado. La ve.)

CARLOS: Buenas noches, mamá...

MARÍA: (Se incorpora. Deja botella y vaso sobre el parapeto.) ¿Qué...? (Avanza rápidamente hacia Carlos, pero se detiene a mitad de camino.) ¡Mándese mudar! ¡Yo nunca tuve un hijo con esa facha de pordiosero! ¿O está disfrazado?

CARLOS: No... Es que hace una semana que te busco de un lado a otro...

MARÍA: ¿Para qué? Aquí no tiene nada que hacer usted... (Pausa corta.) Y tus amigos de la Facultad... ¿te dejaron tirado por la calle?

CARLOS: ¡No... yo los dejé a ellos! ¡Se pasaban la vida hablando de una cosa y haciendo otra!

MARÍA: ¡Ah!... ¿Y acaso yo no te dije que eran unos charlatanes, nada más?

CARLOS: ¡Ya sé que eran charlatanes! ¡Siempre lo supe! ¡Pero todo el mundo era charlatán! Y ellos, al menos, me hacían sentir importante con su charla... Hasta que los fui conociendo... ¡Hablaban de «revolución»... y «proletariado»... y qué

sé yo cuántas cosas!... ¡Pero vivían como bacanes! El único muerto de hambre era yo... (Pausa. La mira.) Soy yo. (Pausa corta.) Tengo hambre, mamá...

MARÍA: (Lo mira. Pausa. Va hacia el puesto. Del interior saca un plato y comida. Le sirve. Abre luego una gaseosa. Carlos corre hacia el puesto y come como un desesperado. Ella lo mira comer. Pausa.) Hablar... es fácil... pero lo único que nos tiene que importar a nosotros... es tener algo para meter en la boca... ¿entendés?... De palabras nos puede llenar cualquiera... pero pedile comida, ¡y vas a ver lo que pasa!

CARLOS: ¡Ya no sé nada de nada! Lo único que sé, es que para aquello no servía! ¡Cada vez que salían a la calle a gritar, me moría de miedo, y me escondía en cualquier parte!

MARÍA: ¡Menos mal que tuviste miedo! Así no te rompieron la cabeza...

CARLOS: Y ahora, ¿qué voy a hacer, mamá? ¡Decímelo vos!

MARÍA: ¡Ah, por fin decidiste hacerle caso a tu madre! ¡Por fin! ¿Cuándo van a aprender, Dios mío?... Ahora, me vas a ayudar con el puesto... hasta que aparezca algo como la gente... (Lo mira. Conmovida.) ¡Qué flaco estás, nene! ¡Qué flaquito estás! (Lo abraza. Él casi llora. Carlos tiene un chucho.) ¿Ténés fiebre?

107 CARLOS: Tengo frío.

MARÍA: Ponéte esto. *(Le da un abrigo suyo que está en el puesto.)* Como es carnaval, nadie se va a fijar. *(Entra Ada corriendo con el cernidor lleno de papel picado.)*

ADA: ¡Mamá... mirá quién viene con Josefina! ¡Bajó de un coche largo como una cuadra! *(Ve a Carlos. Se corta. Larga el cernidor y se desparrama todo el papel picado por el suelo. Ella corre hacia Carlos y ambos se abrazan con fuerza.)*

CARLOS: ¡Carlitos! ¡Qué suerte que viniste!

ADA: *(La mira.)* ¡Qué grande estás!

ADA: *(Ríe.)* ¡No le digás nada a mamá, que es capaz de pegarme!

ADA: *(Entran Josefina y el Negro. Éste viste ahora ropas costosas pero de dudoso gusto.)*

NEGRO: ¡Qué decis, María?

JOSEFINA: ¡Pero fijáte quién! *(Ve a Carlos.)* ¡Nene!

ADA: Volvió, tía Josefina. *(Josefina corre a abrazar a Carlos.)*

NEGRO: *(A María.)* ¡Eh!... ¿Qué pasa? ¿Estaba preso?

MARÍA: ¡No digás pavadas! Estuvo... de veraneo.

NEGRO: ¡Ah!... ¿Y volvió nadando? Digo, por la ropa.

MARÍA: *(Lo mira.)* Y la tuya... ¿a quién se la robaste?

MARÍA: *(Ada, Carlos y Josefina están juntos en el parapeto. María y el Negro en el otro extremo. Forman casi dos grupos.)*

NEGRO: ¡Vamos, María! Tanto tiempo que no nos vemos... y mirá cómo me recibís... *(Se aproxima al puesto y lo mira. Pasa la mano por el mostrador. María va rápidamente hacia él.)*

MARÍA: ¡Manos arriba, che! *(Lo buele.)*

MARÍA: ¡Parecés un frasco de perfume volcado!

NEGRO: Y... en el verano se transpira mucho. Uno agarra ese olor que tenés vos.

MARÍA: *(Agresiva.)* ¿Para qué viniste?

NEGRO: ¿Yo? ¡Pero si yo no vine! ¡Me trajeron! Pasaba por ese baile... vi a la Josefina y a tu hija... *(Mira a Ada. Avanza un paso.)* ¡Cómo creció esa chica, María! ¿La disfrazás de muñeca para que no se note?

MARÍA: ¡Se va a notar cuando tenga que notarse!

NEGRO: Claro, claro... *(Se vuelve a María. Ada sigue mirando al Negro.)*

MARÍA: Y... ¿cómo te van las cosas?

ADA: Bien... ¿Y a vos?

ADA: *(Grita desde su lugar.)* ¡Bajó de un coche larguísimo!

MARÍA: ¿Qué? ¡Debe ser un celular!

MARÍA: *(Va a mirar donde se supone está el coche. Pausa. Lo que ve la impresiona. Cuando se vuelve al Negro ya su actitud comienza a ser otra.)* ¿Es tuyo?

NEGRO: *(Sonriendo.)* Ajá.

MARÍA: *(Se asusta. Corre hacia él. Le ruega.)* ¡Negro, si nos comprometés andáte! ¡Los chicos son muy jóvenes para andar en líos!

NEGRO: *(Lanza una carcajada.)* ¡Pero quédate tranquila! ¡Qué te voy a comprometer! ¡Al contrario! ¡Hay mucha gente que si te ve conmigo, te saludaría con gran respeto, María!

MARÍA: *(Ya en cambio total.)* ¿Tan bien te va?

NEGRO: *(La mira. Va hacia el puesto. Toma varios artículos. Saca un billete de su bolsillo. Se lo da a María.)* ¿Está bien? *(Ella mira el billete asombrada; el Negro ríe y va hacia Ada, dándole todo lo que compró. Ada ríe. Se tiran papel picado.)*

JOSEFINA: *(Al Negro, con voz dulce y persuasiva.)* Y a mí... ¿no me comprás? *(El Negro la mira y le da un billete. Se queda con el portafolio de ella y lo tira al río. Ríe y vuelve hacia María.)*

NEGRO: Sí. Tan bien me va.

MARÍA: *(Lo mira. Pausa. Se desespera.)* Negro... ¿cómo hiciste? Decime por favor... ¿cómo hiciste! Hace años que vengo arrastrando ese carro de porquería... ¡y nunca pude guardar un centavo! ¡En algo me debo haber equivocado! ¡Decime vos cómo hiciste! Al fin de cuentas siempre fuimos amigos, ¿no?

NEGRO: *(La mira. Ríe.)* ¡Pero es que yo no hice nada, María! ¡Todo fue gracias a vos! ¡A vos y a los soldados esos que me los mandó Dios!

MARÍA: ¿Cómo?

NEGRO: ¡Sí!... Te acordás de aquel 21 de septiembre... cuando me robaste el lugar, y me hiciste arrastrar el ca-

rro hasta un despoblado... ¿te acordás?

MARÍA: Pero, Negro... no hay que ser rencoroso...

NEGRO: ¿Rencoroso, yo? ¡Pero no, María! ¡Al contrario! ¿No te digo que gracias a eso estoy como estoy?

MARÍA: ¿Me estás cargando, che?

NEGRO: ¡Sí... parece cargada, no! Pero no es. Cuando se fueron los soldados llevándose el fiambre aquel... y volví al despoblado para para buscar mi carro... lo encontré todo roto... *(A medida que cuenta gana el centro del escenario y ya habla para todos.)* ¿Qué iba a hacer? ¡El puesto era todo lo que tenía! *(A María.)* Vos... no me ibas a ayudar...

MARÍA: *(Quiere dar lástima.)* ¡Pero si yo nunca tuve nada, Negro!

NEGRO: *(Con sorna.)* Claro, claro... Por eso, decidí ir al Comando para pedir que me pagaran los daños...

MARÍA: ¡Y te dieron plata! ¡Los tipos como vos siempre tienen suerte!

NEGRO: ¿Plata? ¡Ni audiencia me dieron!

MARÍA: ¿Y entonces?

NEGRO: Bueno... en el Comando estaba un tano. Había ido por lo mismo que yo. Parecía un muerto de hambre, el pobre... Nos pusimos a hablar. Me invitó a tomar una copa. Fuimos a un bar. ¡Tomamos más de diez! Me contó que tenía tres puestos ambulantes y dos en el Abasto. Me invitó a su casa a comer. Tenía mujer, sabés. Una mujer joven. El



tano me ofreció trabajo. Y yo, claro, sin el puesto... ¿qué iba a hacer? Acepté.

MARÍA:

NEGRO:

(Segura.) ¡Buen tipo ese tano, eh! Macanudo, che. (Pausa cortísima.) La mujer del tano se enamoró de mí. Él se dio cuenta del asunto. Y la echó. Pero claro, se hizo todo por ley, sabés... y el tano tuvo que darle dos de los tres puestos ambulantes y uno de los del Abasto. Y la tana se vino conmigo. Pero como no sabía leer... ¡cosa fulera la ignorancia!... arreglé el asunto con un abogado y le hicimos firmar unos papelitos... y me quedé con los dos puestos ambulantes y el del Abasto. La tana volvió con el tano, pobre. Él estaba de contento, ¡tenés que ver!... Yo trabajaba justo enfrente de ellos. A la semana, nomás, la tana comenzó a mirarme, a mirarme... y yo a mirarla, a mirarla... hasta que el tano volvió a darse cuenta, y a echarla, y ella, a venirse conmigo... ¡con el puesto del tano, claro! Y como todavía no había aprendido a leer... ¡cosa fulera la ignorancia!... volvió a firmar esos malditos papelitos... ¡y yo me quedé con el otro puesto!... ¡Así que ya ves gracias a vos y a esos soldados que me los mandó Dios... pude hacerme un porvenir! (Termina su relato. Silencio general. Josefina se persigna.)

MARÍA:

Pero... pero todo eso... no es cierto... ¿no?

NEGRO:

¿Eh?... (Pausa. Ríe suave.) ¡No!... ¡No!... (Abora ríe más fuerte.) ¡No, que va a ser! (Ríe más.) ¡Me gané los puestos del Abasto en una rifa del Jockey Club! (Ríe más fuerte.)

MARÍA:

(Más tranquila por no verse obligada a creer en el relato del Negro.) ¡Ah!... (Ríe apenas.) ¡Ya me parecía que no podía ser cierto! (Lo palmea.) ¡Cómo vas a ser capaz de eso vos! (Abora ríen todos. Carlos disgustado, se pone de pie y va a salir. María lo ve.) ¿Adónde vas vos?

CARLOS:

Ya vuelvo. Voy a dar una vuelta. ¿Empezamos de nuevo? ¡Vení a saludar al Negro! (Carlos no se mueve.) ¡Vení te digo! A ver si la gente piensa que no te supe educar bien...

MARÍA:

CARLOS:

(Va sin ganas hasta donde está el Negro, con la vista baja.) Buenas noches, señor...

NEGRO:

(Lo palmea.) ¡Cómo te va, pibe! ¿Te acordás de él, no, Negro? ¡Bueno, no tenés idea de lo que ha progresado!

MARÍA:

NEGRO:

¿Sí, che?

MARÍA:

¡Se recibió, sabés! ¡Es una fiera para los números!

NEGRO:

¡No me digás!

CARLOS:

(Disgustado.) Mamá...

MARÍA:

(Seca.) ¡Andá con tu hermana vos! ¡Y ayudála a meter el papel picado en las bolsitas! (Carlos la mira. Luego se aleja.) Así que... tenés tres

puestos ambulantes y dos en el Abasto.

NEGRO: Ajá... *(Mira a Ada.)*

MARÍA: Y decime... ¿no te hará falta una persona de confianza?

NEGRO: *(La mira.)* ¿Vos, che?

MARÍA: ¡No, yo no... no jorobés! *(En pobrecita.)* A mí, ya me espera el cajón a la vuelta de cualquier esquina... ¿No te hará falta?

NEGRO: ¡No!... *(Mira a Ada.)*

MARÍA: *(Se da cuenta de sus continuas miradas a Ada. Grita.)* ¡Nena, servíle un vaso de vino al señor! *(Ada, siempre en niñita, le trae un vaso de vino.)* ¡Vamos, no se haga la nena! ¡Atienda a los amigos como se merecen!

ADA: *(Cambia sutilmente. Al Negro.)* Sírvase, señor. *(Se ha aproximado más a él.)*

NEGRO: *(Impactado por Ada.)* Gracias, señorita... *(Ada se aleja. Él la sigue con la vista.)*

MARÍA: Lo decía por Carlitos, sabés... Él te puede ser muy útil, Negro... Estudió. ¡Sabe! ¡Y la gente como vos y yo necesitamos tener al lado a alguien que sepa!

NEGRO: No, María... Por ahora, me las arreglo muy bien solo.

MARÍA: *(Lo mira. Grita a Ada.)* ¡Nena! ¿Te dormiste? ¡Servíle otro vinito al señor! ¡Un hombre tan grande, cómo se va a conformar con uno solo! *(Ada vuelve a traerle un vaso de vino. El Negro la mira intensa-*

*mente. Cuando ella se aleja, él la sigue con la vista.)*

NEGRO: *(Pausa. Siempre mirando a Ada.)* ¿De peón?

MARÍA: ¿De peón? ¿Mi hijo de peón? ¡Pero vos estás loco, che! ¿No te dije que estudió?... Un puesto donde tenga alguna participación, aunque sea muy chiquita, en las ganancias...

NEGRO: Para eso, tendría que entrar con plata. ¿Vos tenés plata para poner en el negocio?

MARÍA: ¿Yo? ¡Ni un peso!... Lo único que tengo es... *(Mira el puesto. Pausa.)* Negro... poné vos la plata... como si fuese un préstamo... ¡y yo pongo el puesto de garantía!

NEGRO: ¿Qué? ¡Estás loca como una cabra! *(Llega Ada con otro vaso de vino. Esta vez ha venido por propia iniciativa.)*

ADA: Sírvase, señor... *(El Negro la mira. Bebe. Ella se aleja. Él está realmente conmocionado por la chica.)*

MARÍA: *(Mientras el Negro mira alejarse a Ada.)* Y... ¿aceptás, Negro?

NEGRO: Pero una ganancia chiquita, eh...

MARÍA: ¡Claro!

NEGRO: ¡Que ni se va a notar!

MARÍA: ¡No importa! ¡Pero se va a sentir dueño de algo! ¿Y?

NEGRO: *(Mirando a Ada.)* Está bien. No sé cómo... pero me convenciste...

MARÍA: *(Gritando.)* ¡Carlos! ¡Vení pronto! ¡Ya tenés trabajo! *(Carlos se pone de pie sorprendido.)* ¡Vení te digo! *(Va hacia él. Lo toma con fuerza.*

*Le dice en voz baja y dura.)*  
¡Y si decís algo, te mato! *(Lo lleva hacia el Negro.)* ¡Vas a trabajar con el Negro! ¡Siempre es bueno comenzar con un amigo! ¡Él te va a enseñar todo! ¡Y comenzás como un señor, nene... con participación en las ganancias! ¡Puse el puesto de garantía!

CARLOS:

¿Qué?

MARÍA:

*(Lo toma con fuerza. Gravz.)* Puse el puesto, nene... lo único que tengo... ¡Está en tus manos!

NEGRO:

*(A Carlos.)* ¡Vení! Te voy a mostrar dónde vas a trabajar. *(A Ada.)* ¿Quiere venir, señorita? Así damos un paseo en el auto...

ADA:

¿Puedo, mamá?

MARÍA:

¡Claro que podés! Pero vení temprano, eh...  
*(Ada besa a María y Josefina, y sale corriendo. El Negro va tras ella. Antes de salir se vuelve a María.)*

NEGRO:

¡Te espero mañana, María... así firmamos los papeles!

MARÍA:

¡Bueno! ¡Pero mirá que yo sé leer!  
*(El Negro ríe y sale. María pone el brazo sobre el hombro de Carlos.)*

MARÍA:

Nene, la oportunidad llegó muy pronto. ¡Ahora... a aprovecharla!

CARLOS:

¿Será esto, mamá?

MARÍA:

¡Claro! Ya vas a ver que sí. El Negro no es muy inteligente... Vas a poder hacer carrera... ¡Andá! Y mandáme a Ada enseguida! ¡Y no dejés que le ponga ni un dedo encima, eh! *(Lo besa.)* Andá, nene.

CARLOS:

*(Besa a María. A Josefina.)* ¡Chau, Josefina!... *(Sale.)*

MARÍA:

*(Se queda mirando. Pausa.)* ¡Por fin!

JOSEFINA:

*(Se aproxima a ella.)* ¿Qué hiciste, María?

MARÍA:

*(Sorprendida.)* ¿Qué...? ¿Cómo qué hice?

JOSEFINA:

¿No ves que ese hombre es Satanás?

MARÍA:

Pero qué libros de porquería andás leyendo para hablar así. ¡Satanás!... ¡Él le va a enseñar a Carlos todo lo que sabe!

JOSEFINA:

¿Y cómo sabés que Carlitos sirve para eso?

MARÍA:

¡Yo sé! ¡Soy la madre, no! ¡Y si no sirve, tendrá que aprender! ¡Hace años que esperaba para Carlitos una oportunidad así!

JOSEFINA:

¿Pero no escuchaste cómo hizo esa plata?

MARÍA:

¡Bah, pura mentira!

JOSEFINA:

¿Y si no es?

MARÍA:

Y si no es... qué me importa. ¿Acaso yo hice algo malo? ¿Eh? ¿Lo hice yo?... *(Pausa.)* Nunca pude elegir mucho tampoco, Josefina... Desde chica, me la pasé tirando manotazos a la parra del vecino... ¿Y vos, por qué no le rechazaste la plata?

JOSEFINA:

Yo no sabía nada en ese momento...

MARÍA:

¡Ah... no sabías nada! Y si hubieses sabido... ¿la hubieras rechazado? *(Josefina no responde.)* ¡No! Y yo tampoco...

116 117 JOSEFINA:

¡No es lo mismo! Esta...

MARÍA: *(La corta.)* Ya sé, ya sé... *A vos* te sirve para la fe... a mí para que mi hijo sea alguien. Son dos negocios distintos... pero ni vos ni yo pudimos elegir... *(Se estremece.)* ¡Comienzo a tener frío!... ¡Qué silencio, ahora que no están los chicos!

JOSEFINA: Yo también comienzo a tener frío. *(Se prepara para irse.)* ¡Bueno!

MARÍA: *(Se asusta ante la idea de que la dejen sola.)* ¿Ya te vas?

JOSEFINA: Es tarde. Y me esperan.

MARÍA: ¡Qué va a ser tarde! ¡Vamos, quedáte un rato más, hasta que vuelva Ada, eh! Ahora que nos dejaron solas, aprovechemos para recordar... *(Se desprende de María.)* No, María. Me están esperando. Yo ahora tengo techo, ya te dije. Y alguien que me espera. ¡Ya no soy más una vieja vagabunda!

MARÍA: Para mí sos siempre la misma Josefina. ¡Un rato, nada más!... *(Quiere abrazarla.)*

JOSEFINA: *(Se desprende bruscamente.)* ¡No, María! ¡Te digo que me están esperando! ¡Hasta cuándo vas a querer manejar la vida de los demás! ¡Me están esperando!... ¡Ya no estoy más sola!... Y vos, manejaste todo tan bien... tan bien... que te quedaste sola... *(Pausa. María siente las palabras de Josefina. Ésta se arrepiente enseguida.)* Abrigáte que te vas a morir de frío... ¡Yo, gracias a Dios, ya no le tengo más miedo

al frío! *(La mira. Pausa. La besa.)* Chau. *(Sale.)*

MARÍA: *(La mira salir.)* Chau... *(Queda sola. Va hacia el puesto. Pone música. Por la derecha entra una máscara. Ve a María, hace sonar su matraca. María la mira y le descarga su furia en un grito.)* ¡Moríte!

*(La máscara sale corriendo asustada. María va hacia el parapeto, donde Carlos dejó el abrigo que ella le prestara. Se lo pone. Toma la botella de vino y bebe un trago. Mira hacia el río. Pausa. Por la derecha entra Adolfo. La ve. Va hacia ella lentamente. María no lo ha visto. Él la toma de los brazos. Ella se estremece pero no se vuelve.)*

ADOLFO: Soy yo.

MARÍA: *(Sin volverse.)* Ya sé que sos vos. En cuanto me tocaste... supe que eras vos...

ADOLFO: Sabés... a mitad de camino, me volví... Pensé que sí... que quería cobrarme... *(Ella se vuelve rápidamente. Quiere resistirse pero él no la suelta. Ella entonces se entrega. Él la besa con fiereza. Ella lo mira y ruega con desesperación.)*

MARÍA: ¡Quedáte conmigo!... ¡Quedáte conmigo!... ¡Por favor... quedáte conmigo!

*(Él la levanta en brazos y la lleva hacia el interior del puesto. Ambos desaparecen de la vista. Pausa. Sigue la música. Por la derecha aparece la*

*máscara anterior. Mira. No ve a nadie. Va hacia el puesto. Toma varios paquetes de papel picado. Toma más... Ve la botella de vino sobre el parapeto. La toma. Bebe un trago. Bebe otro. Más largo. Y sale corriendo del escenario pegando gritos.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

## SEGUNDO CICLO: "EL FRÍO"



## “OTOÑO”

### CUADRO CUARTO

Cuando se levanta el telón, el puesto de María, encabezado siempre por el cartel «Super-Mercadito Doña María», está junto al cementerio, una de cuyas puertas, donde dice «Cementerio», se ve al costado derecho del escenario. Es el otoño. Un otoño destemplado y frío que ya se está yendo para dar paso al invierno. Hace mucho frío en este otoño, y la gente lo siente hasta la médula. La luz es grisácea y triste. El puesto ha sido algo mejorado con la ayuda económica de Carlos. En este cuadro está destinado a la venta de flores: coronas, floreros, flores sueltas, etc. Al costado izquierdo del escenario, algo alejado del puesto, hay un brasero encendido y un cajón grande y dos cajones más chicos que pueden usarse de asientos. El brasero se utiliza generalmente para calentarse, y a veces para hacer café.

Adolfo está sentado con otro hombre (personaje del coro) junto al brasero encendido. Juegan a los naipes. María está en el puesto muy abrigada, se sopla las manos entumecidas por el frío. Adolfo viste bien ahora, desde que vive con María. Frente a María hay otro personaje del coro comprando flores. El puesto le sirve también a María para levantar quinielas.

HOMBRE 1º: (A María.) Cincuenta a la cabeza al «morto qui parla». (María anota. Él le paga y toma un ramo de flores.) ¿Cuánto cuesta éste?

MARÍA: Ciento cincuenta.

HOMBRE 1º: Si me lo dejás a cien le pongo otros cincuenta a los diez. 5

MARÍA: Te lo dejo a 120, y ponéle treinta. No seas ambicioso.

HOMBRE 1º: Hecho. *(Le paga y ella vuelve a anotar.)*

MARÍA: ¿Se las vas a poner al muerto... o a la virgen, para que te haga ganar?

HOMBRE 1º: Al muerto. Era mi tío. ¡Un viejo macanudo!

MARÍA: Que en paz descanse.

HOMBRE 1º: Sí. ¿Cuándo juega?

MARÍA: Esta tarde.

HOMBRE 1º: ¡Me imagino que si gano, te voy a encontrar por aquí, no!

MARÍA: ¿No te dijeron los que me recomendaron que esto es como un Banco? Andá tranquilo a visitar a tu tío... y lleváله ésta en mi nombre. *(Le da una flor.)*

HOMBRE 1º: Gracias... ¡El viejo se emocionaría como un loco si lo supiera!

MARÍA: Y... ¿quién te dice? Hay que tener fe, m'hijo... Un hombre sin fe es como un puchero sin hueso. Chau.

HOMBRE 1º: Chau. *(Sale en dirección al cementerio.)*

MARÍA: *(Vocea.)* ¡A la flore flore! ¡A la flore flore!

ADOLFO: *(Pierde. Con rabia.)* ¡Putá madre! *(María mira hacia allí. Ve que Adolfo le está pagando al otro. Se le aproxima.)*

MARÍA: *(Suavemente.)* ¿Querés que te caliente un poco de café?

ADOLFO: *(Brusco.)* No.

*(Reparte cartas. María le apoya sus*

*manos cariñosamente en los hombros. Él reacciona fastidiado.)*  
 ¡Cuando juego, no me gusta tener gatos negros detrás mío!  
*(El otro ríe. María se yergue bruscamente como para reaccionar con violencia, pero luego de una corta pausa, decide volver al puesto rápidamente.)*  
 MARÍA: *(Vocea.)* ¡A la flore flore! ¡A la flore flore!  
 HOMBRE 2º: *(A Adolfo.)* Te sacaste la lotería con la vieja...  
 ADOLFO: *(Seco, mientras le clava una mirada dura.)* Jugá. *(El otro lo mira. Pausa corta. Juegan.)*  
*(Pasan tres personajes del coro llevando (o simulando) un cajón que les pesa bastante. Van hacia el cementerio.)*  
 MARÍA: ¡A la flore flore! ¡A la flore flore!  
*(Uno de los tres, el de atrás, se detiene cuando ve a María.)*  
 HOMBRE 3º: *(A los otros dos.)* Ya vengo.  
*(Va hacia el puesto. Los otros dos quedan casi doblados por el peso del cajón.)*  
 MARÍA: *(Al hombre 3º.)* ¿Corona... florero... un hermoso ramo...?  
 HOMBRE 3º: No. Cien a los diez al «morto qui parla» *(Pausa. Con algún temor.)* Es... aquí, ¿no?  
 MARÍA: Sí... es aquí.  
*(Anota mientras el otro le paga luego de mirar en todas direcciones para asegurarse de que nadie lo ve. Cuenta el dinero con gran detenimiento. Le cuesta desprenderse de*



HOMBRE 3º: *cada peso. María lo observa.)*  
¡Por lo menos, podías haber esperado a enterrarlo!

MARÍA: ¿Por qué? En vida cumplí...  
SÍ... Vos me hacés acordar a un un viejo que murió, sabés... Todos los parientes le iban dejando cien pesos en el cajón... por si allá la vida estaba cara... hasta que llegó el último... que era igualito a vos. Se llevó toda la plata y le dejó al difunto un cheque por la misma cantidad... ¿Qué me contás?

HOMBRE 3º: *(La mira. Está ofendido.)* ¡Que hay que ser respetuosa con los muertos, y más cuando son ajenos! *(Señala hacia el cajón que espera.)* ¡Ese hombre... fue un gran hombre! *(Paga y se aleja con gran dignidad hacia los que lo aguardan con el cajón. Vuelven a cargarlo y a paso de cortejo entran al cementerio. María los ha seguido con la mirada. Anota y luego vocea.)*

MARÍA: ¡A la flore flore! ¡A la flore flore!  
*(Adolfo vuelve a perder. Arroja con rabia los naipes sobre el cajón.)*

ADOLFO: ¡Carajo! ¡Qué tarro tenés!  
*(El otro ríe. Adolfo busca en sus bolsillos dinero para pagarle. No tiene más. Vuelve la cabeza lentamente hacia María. María ha escuchado la expresión de Adolfo al perder y lo está mirando, pero cuando él vuelve la cabeza hacia ella, desvía la vista y vocea.)*

MARÍA: ¡A la flore flore! ¡A la flore flore!  
ADOLFO: *(Al otro.)* Te lo debo...

HOMBRE 2º: No, no... ¡que me lo debés! Tengo que irme. *(Adolfo vuelve otra vez la vista hacia María.)*

MARÍA: *(Vocea.)* ¡A la flore flore!

ADOLFO: *(Al otro.)* Esperá un rato, que se vaya...

HOMBRE 2º: Tengo que irme. *(Se vengá.)* Yo trabajo, sabés...

ADOLFO: *(Lo mira con rabia. Se pone de pie y va hacia María.)* Necesito plata... ¿Perdiste?

MARÍA: No. Es para comprar el obelisco.  
ADOLFO: ¡Siempre perdés! ¿Por qué jugás, Adolfo?

MARÍA: *(Adolfo está avergonzado, y por eso mismo reacciona bruscamente.)*

ADOLFO: ¡No voy a jugar más! Pero ahora tengo que pagarle.

MARÍA: *(Lo mira. Pausa.)* ¿Cuánto?

ADOLFO: Quinientos.

MARÍA: ¿Qué...? ¡Pero vos te pensás que...!

*(Adolfo la mira. Pausa. María cede.)*

Bueno...

*(Va hacia el interior del puesto. Saca una cajita. Antes de abrirla, mira hacia el hombre 2º que está tratando de atisbar. Ella se pone de espaldas a él y con movimientos ocultos abre la caja. Saca dinero y se lo da a Adolfo.)*

Tomá.

*(Adolfo va con el dinero hacia el otro y le paga. María ha guardado la caja y le grita al hombre 2º con*

*toda la rabia que su amor le impide descargar sobre Adolfo.)*

¡Y que no te vea más por aquí, si no querés que te denuncie!

*(El hombre 2º mira a María. Luego a Adolfo. Lo mide de arriba abajo.)*

HOMBRE 2º: ¡Mirá vos! ¡Y yo creía que eran pantalones! *(Sale por la izquierda.)*

ADOLFO: *(Luego que el otro salió, se vuelve a María.)* ¡Hace mucho que me destetaron, sabés!

MARÍA: Pero... si a vos no te dije nada... ¿Pensaste que era con vos?

ADOLFO: ¡Ya sé que no era conmigo... pero me hiciste quedar como una mujercita!

MARÍA: ¿Por qué decís eso? ¿Acaso no te di la plata que me pediste?

ADOLFO: ¡Sí... como una limosna!

MARÍA: ¡No, Adolfo! ¡Pero es que me da pena que tirés así la plata...! ¡Eran quinientos pesos! Vos sabés lo que cuesta ganarlos... Y son de Carlitos...

ADOLFO: ¡Yo... qué voy a saber! ¡Ya no sé! Antes sí... pero ahora... Desde que vivo con vos me olvidé de lo que es trabajar... Ahora la plata es puro papel, nomás...

MARÍA: Lo único que te pido es que no jugués... ¡Siempre perdés!

ADOLFO: Y si no juego... ¿querés decirme qué hago? Me las paso todo el día aquí... al lado tuyo...

MARÍA: ¿Te molesta estar a mi lado?

ADOLFO: ¡No, no me molesta! ¡Vos sabés que no...! Lo que me molesta es estar así...

MARÍA: ¿Por qué? ¿Qué te pasa, Adolfo?

ADOLFO: ¡Qué sé yo lo que me pasa! Creo... que no sirvo para vivir así... ¡Pierdo fuerzas! *(Señala con el brazo extendido hacia donde se fue el hombre 2º)* ¡Tendría que haberlo estrangulado!

MARÍA: ¡Para qué... si es un muerto de hambre!

ADOLFO: ¡Pero tendría que haberlo estrangulado! *(Pausa.)* Antes lo hubiese hecho. Pero antes tenía fuerzas... ¡Ahora, mirá mis manos! *(Se las extiende.)* ¡Ya no sirven ni para clavar un clavo...! *(Pausa.)* Lo mejor será que me vaya, María...

MARÍA: ¡No!

ADOLFO: Sí, María... ¿No ves que empiezo a tener vergüenza de mí?

MARÍA: *(Se aprieta a él.)* ¡No! ¡No!... *(Le toma las manos.)* ¡Yo no necesito que tus manos sirvan para clavar nada! ¡Yo las necesito para que me den calor... para que hagan crecer mi cuerpo...! ¿No te das cuenta que hay partes de mi cuerpo que nunca hubiese conocido sin tus manos...? ¡Para eso las necesito, Adolfo...!

ADOLFO: Dejáme ir, María... Va a ser lo mejor...

MARÍA: ¡No, no...! ¡Y vos... vos tampoco querés irte...! Yo lo sé... Lo que pasa... lo que pasa es que no estás acostumbrado a vivir con comodidad... ¡Pero ya te vas a acostumbrar, vas a ver! ¡La nena está creciendo, y pronto encontrará ma-

rido. . . ! Carlitos gana bien. . . Ésta va a ser una verdadera familia decente, Adolfo. ¡Y vos vas a ser el hombre de la casa! *(Le acaricia la solapa del saco. De pronto.)* ¡Pero este traje está reviejo!  
 ADOLFO: Tiene dos meses.  
 MARÍA: No importa. Ahora la ropa se gasta enseguida. Parece que la hicieran de papel. . . Ayer vi un traje marrón, a cuadritos. . . ¿Te gusta el marrón?  
 ADOLFO: Sí.  
 MARÍA: Mañana mismo te lo voy a comprar. . . Y un par de zapatos que hagan juego. . . *(Pausa.)* ¿Necesitás más plata?  
 ADOLFO: *(La mira. Pausa corta.)* Sí. Mil pesos.  
 MARÍA: *(Asustada.)* ¿Mil. . . ?  
*(Pausa. Traga saliva. Va hacia el puesto. Él la sigue. Ella saca la cajita y en un primer momento está por darle la espalda para abrirla, pero se corrige. Abre la caja. Sin sacar el dinero fuera, toma un billete y va a sacarlo, cuando Adolfo estira la mano y toma dos.)*  
 ADOLFO: Mejor dos mil.  
 MARÍA: *(Lo mira, casi ruega.)* Son de Carlitos.  
 ADOLFO: Decile que en cuanto gane a los naipes se los devuelvo. *(Se los guarda en el bolsillo. Duro.)* Ahí viene gente.  
 MARÍA: *(Sale del puesto voceando.)* ¡A la flore flore! ¡A la flore flore!

*(Pero quien viene es Ada. Viste bien. Ya se nota en ella la mujer.)*  
 ADA: *(Ríe.)* ¡Cruz diablo, que todavía estoy viva!  
 MARÍA: ¡Ah!. . . eras vos. ¿Dónde estuviste?  
 ADA: Pasé por el Abasto. . . *(Le saca una flor.)*  
 MARÍA: ¿No te dijo Carlitos cuándo pensaba venir?  
 ADA: No lo vi. El Negro también lo estaba buscando.  
*(Al pasar junto a Adolfo, le deja la flor riendo. Va hacia el brasero. Adolfo la sigue con la mirada.)*  
 ¡Qué frío hace aquí!  
 MARÍA: Ponéte a trabajar y vas a ver cómo se te pasa. ¡Yo no tengo frío!  
 ADA: ¡Claro. . . porque vos tenés marido! ¡Qué gracia!  
 MARÍA: Mirá. . . decí que ya sos muy grande para que te ponga la mano encima.  
 ADA: Ahora que tengo padre, eso le corresponde a él, ¿no?  
*(Mira a Adolfo y ríe.)*  
 MARÍA: *(Vocea.)* ¡A la flore flore! ¡A la flore flore!  
*(Ada saca de su tapado una pulsera y se la coloca ocultándose de su madre. En un momento en que María va hacia el fondo voceando, ella se vuelve a Adolfo, que no le ha quitado la vista de encima, y le enseña provocativamente la pulsera.)*  
 ADA: *(A Adolfo.)* A la flore flore. . . *(Adolfo va bruscamente hacia Ada, que está junto al brasero.)*

ADOLFO: ¿Qué tenés ahí?  
ADA: (Le muestra la otra mano.) ¿Aquí?  
(Adolfo le toma el brazo con violencia. Ve la pulsera. La mira fijamente.)  
ADOLFO: ¿De dónde sacaste eso?  
ADA: Fijáte que no sé.  
ADOLFO: (Le aprieta más el brazo.) ¿De dónde la sacaste!  
ADA: (Ya con rabia.) ¡Me la regalaron!  
¡Y qué!  
ADOLFO: ¿Quién? (Ella se encoge de hombros.) ¿El Negro?  
ADA: ¡Qué te importa!  
ADOLFO: (Sin soltarla.) ¡Ayer te vi con él, en el bar de la esquina, muy sonriente!  
ADA: (Sonríe, mostrando sus dientes.) Yo también te vi. Tenías una cara de hambre, te hubieses visto.  
(Él la oprime con más fuerza.) No me apretés así. ¿O ya te olvidaste que vos podías ser mi padre?  
(Él la mira. La va soltando.) Eh... te olvidaste... «papá».  
(Ada ríe. Le quita la flor y va con ella garbosamente hacia el centro del escenario, mientras vocea como una cupletera.)  
¡A la flore flore! ¡A la flore flore...!  
(María, mientras vocea, se cruza con Ada. Ambas vocean al mismo tiempo.)  
¡A la flore flore! ¡A la flore flore!  
(Adolfo ha tomado conciencia de lo sucedido y se sienta en el cajón frente al brasero. Se toma la frente con

MARÍA:

la mano. María pasa junto a él y le acaricia la cabeza de pasada mientras sigue voceando.)

¡A la flore flore! ¡A la flore flore!  
(Entra otro personaje del coro —hombre gordo y bien vestido— que se detiene cerca del puesto y observa las flores. María se le aproxima.)

¡Coronas, floreros, hermosos ramos...! (El hombre gordo no reacciona. María insiste.) ¡A la flore flore! ¡Coronas, floreros, hermosos ramos...!

(El hombre gordo se aproxima al puesto donde está Ada. Adolfo, siempre viviendo la situación anterior, se levanta con intención de salir. María va hacia él.)

¿Adónde vas?

ADOLFO:

Al bar de la esquina. A tomar unas copas.

MARÍA:

Hacéme un favor... ese tipo no me gusta... Dale al de la caja las jugadas y la plata... (Se lo da. Él toma todo.) ¡No tomés mucho! ¡Se te va a arruinar el hígado...! (Con gran ternura.) ¡y yo te quiero sanito, sanito...!

(Adolfo la mira. Pausa. Sale bruscamente. Ada, discutiendo en el puesto con el hombre gordo:)

ADA:

¡Deje de manosear las flores, diga, que no son empanadas!

HOMBRE

135 GORDO:

¿Cómo dice, señorita?

ADA: ¡Que si va a comprar de una vez!  
¡Ya me tiene mareada con tantas vueltas!

HOMBRE GORDO: ¿Así tratan aquí a los clientes? Eso me pasa por no haber comprado en el centro. (*Hace ademán de irse. María corre hacia él.*)

MARÍA: ¡Espere, señor! ¡Lo voy a atender yo!

HOMBRE GORDO: No, gracias. Ya es suficiente.

MARÍA: ¡Pero no, venga! ¡Lo voy a atender personalmente! ¡Ya va a ver cómo se va conforme! (*A Ada, furiosa.*) ¡Mandáte mudar vos!

ADA: ¡Pero si estaba manoseando las flores...!

MARÍA: (*La saca del puesto.*) ¡Mandáte mudar, te digo!  
(*Ada hace un gesto de indiferencia y va hacia el brasero.*)

HOMBRE GORDO: Cuando vengo a visitar la tumba de la abuela, siempre compro en el centro. Pero como tengo una «panne» en el coche, no quise venir cargado...

MARÍA: Claro, claro... Hizo bien... ¡Es tan incómodo! ¡Y con lo que son hoy los transportes!

HOMBRE GORDO: (*Definitivo*) ¡Hoy todo anda mal!  
¿Es cabecita?

MARÍA: ¿Cómo?

HOMBRE GORDO: La chica... ¿es cabecita?

MARÍA: No sé...

HOMBRE GORDO: (*Otra vez definitivo*). Debe ser. No saben tratar a la gente. Por eso es conveniente que comiencen por el servicio doméstico.

MARÍA: Claro, claro... ¿Una corona?

HOMBRE

GORDO:

MARÍA:

N-n-no...

¿Un florero? ¡Este que tengo aquí...!

HOMBRE

GORDO:

MARÍA:

(*La corta.*) N-n-no... no creo...

¡Un lindo ramo...!

HOMBRE

GORDO:

(*Vuelve a cortarla.*) ¡Qué sé yo!  
¡La verdad, comienzo a estar arrepentido de no haber comprado en el centro...! Éstas tienen más de tres días, ¿no?

MARÍA:

(*Que comienza a cansarse.*) ¡No...!  
¡Todas mis flores son del día, señor...!

HOMBRE

GORDO:

¿Sí? ¡No parecen...! Y esos precios... (*Señala los cartelitos con los precios.*) ...serán una broma, ¿verdad?

MARÍA:

HOMBRE

GORDO:

¿Cómo una broma?

¡Claro! ¡Cómo va a cobrar esos precios... si por un ramo mucho más grande... y comprado en el centro...!

MARÍA:

(*Lo interrumpe ya cansada.*) Fíjese, no. No es broma. Es tan serio... como puede ser ese granito que tiene ahí...

HOMBRE

137 GORDO:

¿Granito? ¿Qué granito?

MARÍA: Ése... al lado de la nariz. Yo que usted me cuidaría. ¿Sabe cómo le dicen a esa parte?

HOMBRE GORDO: No...

MARÍA: ¡El triángulo de la muerte!

HOMBRE GORDO: *(Comienza a asustarse.)* ¿El...? ¡Vamos, qué granito! ¡Si no tenía ningún granito cuando salí de casa! Así son. No están... y de pronto... *(Con la mano señala la tierra.)* Pero claro... no tiene por qué asustarse... mucho. A lo mejor no es como el de una señora que pasaba por aquí a veces... en su coche... con su chofer...

HOMBRE GORDO: Y... ¿qué le pasó?

MARÍA: Y... ¡el de ella... era! *(Lo mira fijamente. Le aproxima su rostro.)* ¡Igualito al suyo! ¡Pero... no hay que preocuparse antes de tiempo, no...!

HOMBRE GORDO: No, no claro... *(Está muy asustado.)* Me llevo la corona... ¿Cuánto es?

MARÍA: Dos mil quinientos.  
*(El hombre gordo saca la billetera para pagar. Le paga. María mira la billetera llena.)*  
¡Cuánta plata! Ojalá que su granito no sea nada... digo, porque si es... ¿qué va a hacer con esa plata...? *(Suave.)* ¿Se la va a meter en el culo?

*(El hombre gordo la mira. Toma la corona. Avanza hacia el cementerio muy lentamente. Está aterrorizado. María le grita.)*

¡No se preocupe, que a lo mejor no es nada!

*(El hombre gordo se vuelve. La mira. Y sale corriendo con la corona en dirección contraria al cementerio. María lo mira salir. Luego va hacia Ada y la sacude.)*

¡Estúpida! ¡Así no se trata a la gente que tiene más que uno! ¡Podés tratar así a los que tienen menos que vos, pero no a los que tienen más. ¿Me oíste bien?

ADA: *(Soltándose.)* ¡Dejáme! ¡Yo no sirvo para alfombra!

MARÍA: *(La mira sorprendida.)* ¿Alfombra...? ¿Después que comiste encima mío... y me llenaste de grasa... me decís... alfombra? *(La toma con fuerza.)* ¿Pero qué te habrás creído...?

ADA: *(Se suelta con fuerza.)* ¡Dejáme te digo...!

*(Ada va hacia el centro del escenario y comienza a vocear enarbolando el brazo con la pulsera.)*

¡A la flore flore! ¡A la flore flore!  
*(Ve la pulsera.)* ¿Qué es eso que tenés ahí?

MARÍA:

ADA:

*(Sin darle importancia.)* Una pulsera. *(Vocea.)* ¡A la flore flore!  
¡A la flore flore!

MARÍA:

¿Una...?  
*(Corre con miedo hacia el puesto*

ADA: *y saca la caja con el dinero. Ada la mira.)*  
 No tengás miedo, que no te robé nada.  
*(María la mira. No le cree. Cuenta el dinero. No falta nada. Vuelve a mirar a su hija. En ese momento entra el Negro. Ada va hacia él enarbolando el brazo con la pulsera y le da vueltas alrededor.)*  
 ¡A la flore flore! ¡A la flore flore!  
*(Guarda la caja enseguida. Ada.)*  
 ¡Quedáte quieta vos, que te vamos a hablar ! *(Al Negro.)* ¿Cómo te va, Negro?  
 NEGRO: *(Se pasea mirando en torno.)* Tu hijo... ¿no anduvo por aquí?  
 MARÍA: No, todavía no. Pero debe caer de un momento a otro...  
 NEGRO: ¿Sí? *(Pausa corta.)* Yo no estaría tan seguro.  
 MARÍA: ¿Cómo...? *(Asustada.)* ¡Le pasó algo! ¡Lo dejaste manejar solo el auto!  
 NEGRO: No. Todavía no le pasó nada. Pero le va a pasar.  
 MARÍA: ¿Qué decís?  
 NEGRO: Lo van a meter preso.  
 MARÍA: ¿Preso? ¿Por qué?  
 NEGRO: Por ladrón. *(Pierde compostura.)*  
 ¡La puta madre que lo parió! ¡Tu hijo me robó más de 300 mil pesos!  
 ¡Hace meses que me estaba pasando, y yo no me avivaba!  
 MARÍA: ¡Pero... vos estás loco! ¿Qué mancanas estás diciendo?  
 NEGRO: ¡Que tu hijo me robó más de 300 mil pesos! ¡Por ahora... porque

todavía no hice bien las cuentas... pero eso ya lo va a averiguar la policía!  
 MARÍA: ¡No es cierto! ¡Mi hijo no es un ladrón!  
 NEGRO: ¿No...? Vamos a ver qué dice la policía. Los enseñaste muy bien, María... El nene «se recibió»... Y la nena... *(Va hacia Ada.)* me hace regalarle pulseras... pero cuando me le acerco... sale corriendo... *(Le toma la barbilla.)* ¡Vamos a ver quién te va a regalar pulseras ahora! *(Muy tranquila.)* Vos.  
 ADA: ¿Yo? ¡Ni en sueños! Y ésa mejor la vendés para pagarle un abogado a tu hermanito...  
 MARÍA: Negro... no avisés a la policía... Cuando venga Carlos voy a hablar con él...  
 NEGRO: Mejor mandále un telegrama... porque debe estar bien lejos. *(Mira el puesto. Le pasa la mano.)* Me pregunto... ¿qué irás a vender ahora...? Porque todavía tengo los papeles con la garantía, ¿te acordás? *(Golpea el puesto con la mano cerrada.)* ¡Aunque sea para leña! *(El Negro va a salir. María está destrozada. Ada avanza un paso hacia el Negro.)*  
 ADA: Negro...  
*(El Negro se detiene. Se vuelve. La mira.)*  
 NEGRO: ¿Qué?  
 ADA: Carlos... ¿te robó todo?  
 NEGRO: ¿Todo...? *(Ríe.)* ¡Hubiese necesitado veinte años!

ADA: Entonces, dejálo. ¡Yo te gusto... yo sé que te gusto! ¡Si te transpiran las manos cada vez que te me acercás...!

MARÍA: ¡Ada...!

ADA: Si lo dejás... me voy con vos.

MARÍA: ¡No, nena!

ADA: *(Al Negro.)* Total... es tan poquito... Unos pesos... un puesto que sirve para leña.

MARÍA: *(Va hacia ella.)* ¡No, no... mi nena... no podés hacer eso!

ADA: *(Se suelta.)* ¡Dejáme vos! *(Al Negro.)* ¿Y?

NEGRO: ¿Ahora mismo?

ADA: *(Entra Adolfo totalmente borracho, ve la escena desde el puesto.)* Ahora mismo.

MARÍA: *(La toma del brazo.)* ¡No, no! ¡Eso no! ¡Vos tenés que casarte bien... y poner casa... y tener hijos...!

ADA: ¡Dejáme te digo! *(La mira.)* Antes que me vendás vos... prefiero poner el precio yo... ¿Y de qué te preocupás? ¡Ahí te queda tu puesto... *(Ve a Adolfo.)* y tu marido...!

MARÍA: *(Se vuelve y ve a Adolfo. Corre hacia él y lo toma con fuerza.)* ¡Adolfo... no la dejés...! ¡Se quiere ir con el Negro...! ¡No la dejés, Adolfo! ¡Vos sos el padre! *(Ada suelta una carcajada. Adolfo la mira y sin decir nada cruza el escenario y se sienta ante el brasero. Se calienta las manos.)*

ADA: ¡El padre! ¡Lindo padre! *(A María.)* Preguntáله cuánto iba a tar-

142

dar en meterse en mi cama... ¡Eh... papá! ¿Cuánto?

*(Ada sale seguida por el Negro. María mira a Adolfo, se aproxima a él lentamente.)*

MARÍA: Eso... no es cierto... No es cierto, ¿eh, Adolfo...? Vos... eras como el padre para ella.

ADOLFO: *(Pausa. Sin mirarla.)* Yo te dije... que ya no era nada.

MARÍA: *(María lo mira. Pausa. Lo toma con fuerza de los hombros y grita.)* ¡No! ¡No es cierto!

*(Junto al puesto aparece Carlos, muy bien vestido. Mira furtivamente en todas direcciones y se introduce en el puesto. Toma la caja con el dinero. Intenta abrirla, pero no puede. No lo han visto. Ante las últimas palabras de María, Adolfo la mira sin decir nada. Hay algo de desolación en su mirada.)*

CARLOS: ¡No... no hablés, Adolfo... no digás nada...! ¡Ahora no digás nada...! No entiendo... Carlos robó... Ada se fue con el Negro... ¿Pero qué está pasando aquí? ¡Si yo... si yo trabajé toda mi vida como una burra! ¿Eso no le importa a nadie?

MARÍA: *(Impaciente porque no puede abrir la caja.)* Mamá.

MARÍA: *(Se vuelve. Lo ve. Corre hacia él.)* ¡Nene...! ¿Qué hacés aquí? El Negro vino a buscarte.

CARLOS: *(Nervioso, pero sin darle mucha importancia.)* Ya sé. Lo vi desde la esquina. Dame la llave, mamá... Necesito esa plata...

143



MARÍA: El Negro... dice que robaste...  
 CARLOS: ¡Bah!... ¡eso es muy relativo!  
 MARÍA: ¿Relativo? ¿Qué quiere decir «relativo»?  
 CARLOS: ¡Es para un negocio grande! ¡Apu-  
 ráte, por favor, dame la llave!  
 MARÍA: (Grita.) ¿Pero robaste o no?  
 CARLOS: ¡Ya se lo voy a devolver en cuanto  
 se me haga el negocio!  
 MARÍA: (Lo mira. Y de pronto le pega una  
 bofetada.) ¿Quién mierda te ense-  
 ñó eso... eh... quién?  
 CARLOS: (La mira sorprendido. Se toma la  
 mejilla castigada.) Aprendí solo...  
 ¿No era eso lo que querías? ¿Que  
 aprendiese...? ¿Que me hiciera un  
 futuro... un porvenir? ¿No era  
 eso?  
 MARÍA: ¡No, eso no! ¡Eso no!  
 CARLOS: Bueno, eso es lo que me enseñaron.  
 ¡Y aprendí!  
 MARÍA: ¡No, mi nene... no! (Lo acaricia.)  
 ¡Devolvéle esa plata! ¡Y ya no te  
 voy a decir más nada! ¡Vas a poder  
 hacer lo que quieras...!  
 CARLOS: ¡Pero si es esto lo que quiero! ¡Vos  
 lo dijiste... Es más lindo con nú-  
 meros grandes... y cuando al final  
 de la página podés poner «Sigue»!  
 ¡Es esto lo que quiero, mamá! ¡No  
 te preocupés por mí! ¡Ya le voy a  
 devolver la plata...! ¡Pero basta de  
 puestos en el Abasto, sabés! ¡Qué  
 Abasto! ¡Ahora estoy en lo grande!  
 ¡Dólares, vieja... dólares! ¡Y ac-  
 ciones! ¡Papeles, no trabajo! ¡Pape-  
 les que suben y bajan!... ¡y yo en  
 el medio! ¡Cuando suben, yo bajo...

y cuando bajan, yo subo! ¡Vamos,  
 vieja, dame la llave... ¡Necesito  
 esa plata, sabés...!

MARÍA: No, no te voy a dar la llave.  
 CARLOS: Pero... ¿cómo no? ¡Esa plata es  
 mía! (La toma con fuerza.) ¡A mí  
 no me vas a pasar, eh!  
 MARÍA: ¡No te voy a dar la llave!  
 CARLOS: (La sacude con violencia.) ¡Me la  
 vas a dar aunque tenga que...!  
 ADOLFO: (De pronto se levanta de un salto  
 y grita.) ¡Ya basta! (Corre hacia  
 ellos y separa a Carlos de su madre.)  
 ¡Dejála vos!  
 CARLOS: (Parece a punto de llorar.) ¡Pero...  
 esa plata es mía!  
 ADOLFO: Claro que es tuya... ¡y la vas a  
 tener! (Intenta quitarle la caja a  
 María.)  
 MARÍA: (Se resiste.) ¡No, no!  
 ADOLFO: ¡Dale la plata!  
 MARÍA: ¡No!  
 ADOLFO: ¡Dásela, te digo! (Le arranca la ca-  
 ja de un tirón. A Carlos.) Tomá.  
 Llevátela.  
 (Se la arroja y Carlos la toma en el  
 aire. María quiere correr, pero  
 Adolfo la sujeta con fuerza. A  
 Carlos.)

Andáte ya.

MARÍA: ¡No, no... no se la des!  
 ADOLFO: (A Carlos.) ¡Andáte!  
 (Carlos los mira. Sale. María aún  
 hace esfuerzos para correr tras su  
 hijo, pero Adolfo la contiene. Fi-  
 nalmente ella deja de ofrecer resis-  
 tencia. Pausa. Él va aflojando sus  
 brazos.)

María... vámonos de aquí... No te lo dije, pero... ayer me encontré con unos compañeros de antes... Van a comenzar otro camino... y tienen un lugarcito para mí... ¡Vámonos, María! ¡Yo te quiero, sabés... pero esto me hace mal! ¡No sé a qué puedo llegar! ¡Vámonos! *(Ella lo mira. Pausa. No responde. Se aparta de él. Se va tranquilizando.)* ¡Vámonos...! ¡Esto... esto me hace mal! ¡Ni a vos te sirve! ¡Vámonos, María!

MARÍA: No, no... No podemos, Adolfo... *(Señala el puesto.)* Tenemos responsabilidades, no... Además, los chicos van a volver...

ADOLFO: ¿Qué?

MARÍA: ¡Yo sé que van a volver... Uno... se pelea... discute... pero, al final, la familia es la familia...! ¡Y ellos van a volver...! ¡Todo irá lo más bien!

ADOLFO: Estás loca, María.

MARÍA: ¡Yo sé que todo va a ir bien! ¡La nena le gusta al Negro... y ya vas a ver cómo terminan casándose... y ponen casa... y tienen hijos...! ¡Y Carlos... a lo mejor tiene razón y es un negocio como cualquier otro! Cuánta gente anda en eso de los dólares y las acciones, ¿eh...? Es un negocio como cualquier otro, Adolfo... Yo sé lo que te digo... Todo va a ir bien... y finalmente, los chicos van a ser lo que yo siempre quise que fueran...

ADOLFO: Pero yo me voy, María... ¡No puedo vivir así! ¡Por lo menos, ahora todavía me queda un poco de vergüenza...!

*(María lo mira. Va hacia el puesto. Comienza a arreglar unas flores.)*

MARÍA: ¡Y bueno... qué se la va a hacer, no!

*(Adolfo la mira. Pausa. María sigue arreglando las flores. Él se le acerca lentamente. Se quita la bufanda y se la pone al cuello.)*

ADOLFO: Abrigáte. Hace mucho frío. Y tomá los dos mil pesos. Te van a hacer falta...

*(Se los da. Adolfo sale. María lo sigue con la mirada. Agacha la cabeza. Guarda el dinero que él le ha dado. Arregla las flores. Canturrea apenas, por no echarse a llorar. Se corta. Para romper toda tensión, sale del puesto voceando a los gritos.)*

MARÍA: ¡A la flore flore! ¡A la flore flore! ¡A la flore flore!

*(De pronto pasan en dirección al cementerio tres personajes del coro llevando un cajón. Ella los mira y cuando ya van a entrar en el cementerio, les grita.)*

¡Muéranse si quieren! ¡Muéranse todos, si quieren! ¡Pero yo todavía estoy viva! ¡Me oyen? ¡Estoy viva! ¡Estoy viva! *(Apagón violento.)*

## SEGUNDO CICLO: "EL FRÍO"

## “EL INVIERNO”

### CUADRO QUINTO

*Un descampado en la quema. Está anocheciendo. El puesto de María está bastante destartalado y ha perdido pintura. Pero sigue conservando —aunque algo caído— el letrero de «Super-Mercadito de Doña María». Junto al puesto está encendido el pequeño brasero. Sopla el viento del invierno. María está sentada ante el brasero. Su ropa está vieja y gastada y ella lleva el cuerpo envuelto en la mayor cantidad posible de trapos para protegerse del frío. Frente a María está el Ciruja 1º —personaje del coro— y a un costado otro Ciruja, el Ciruja 2º —personaje del coro— espera turno. Ambos tienen en la mano un pequeño tarrito de lata con agua. El Ciruja 1º ha alcanzado el suyo a María y ella lo pone a calentar sobre el brasero. El otro Ciruja aguarda, moviendo sus piernas para entibiarse su cuerpo.*

MARÍA:

*(Al Ciruja 1º.) ¿Qué me trajiste, che?*

*(El Ciruja 1º saca una muñeca bastante deteriorada de una bolsa que trae colgada. María estudia la muñeca.)*

*¡Da bastante pena la pobre, eh!  
(En la bolsa del Ciruja 1º comienza a escucharse una musiquita.)*

*¿Le andás haciendo propaganda al Colón, che?*

CIRUJA 1º:

*Encontré una cajita de esas con música...*

MARÍA:

*A verla.*

151 CIRUJA 1º:

*No. Ésa es para la hija...*

MARÍA: ¡Vamos, no te hagás el estrecho!  
¡Mostrámela!

*(El Ciruja 1º saca la cajita de la bolsa y se la alcanza. Ella la mira.)*  
¿Y esta porquería le vas a llevar a tu hija? ¡Pobrecita! ¡Lindo comienzo! ¡Después, toda la vida va a confundir la música con este ruido! Si me la das te dejo el hueso más tiempo en el caldito...

CIRUJA 1º: No. Es para la nena.

MARÍA: ¡Pero no seas pavote! Se te va a volver ambiciosa. ¿Qué preferís: una hija ambiciosa... o un buen plato de caldo?  
*(El Ciruja 1º duda.)* Y... ¿no la das?

CIRUJA 1º: ¿Cuánto tiempo más me dejás el hueso?

MARÍA: Tres minutos. Si no, se pasa.

CIRUJA 1º: Bueno.

MARÍA: ¡Macanudo!

*(El agua está caliente. María toma un hueso enorme con algún resto de carne, uno de cuyos extremos tiene atado un piolín para poder agarrarlo, y lo introduce en el tarrito que está sobre el brasero. Luego se pone de pie y va hacia el puesto. Deja la caja de música sobre el mostrador y cuelga la muñeca de un gancho. En el puesto ya hay otras cosas colgadas de ganchos de carne, todas tan deterioradas como la muñeca. María vuelve junto al brasero.)*

CIRUJA 2º: ¿Falta mucho? ¡Me estoy helando!

MARÍA: Acercáte más al fuego. Hasta un metro podés.

*(El Ciruja 2º se aproxima hasta esa distancia. María va a sacar el hueso del tarrito.)*

CIRUJA 1º: ¡No! Faltan cincuenta segundos.

MARÍA: ¿Y cómo sabés, si no tenés reloj?

CIRUJA 1º: Conté hasta 130.

*(Pasa cerca un tren. Ciruja 2º mira hacia allí.)*

CIRUJA 2º: ¡Ya vuelvo! *(A María.)* ¡Cuidáme el caldito!

*(Sale corriendo después de dejar el tarrito junto al brasero.)*

MARÍA: Listo. *(Saca el hueso del tarrito.)*

¡Sopa para uno!

*(María entrega el tarrito al Ciruja 1º. Éste se sienta en el suelo y comienza a comer. María pone al fuego el tarro del Ciruja 2º que vuelve pitando un pucho.)*

CIRUJA 2º: Espero que cumplan... y hagan pronto ese barrio nuevo... así de vez en cuando tiran del tren un pucho de americano...

CIRUJA 1º: ¡Qué van a cumplir!

CIRUJA 2º: ¡Y... tienen dificultades! ¡Volvió a subir el dólar, che!

MARÍA: ¡No me digás! *(Saca el hueso del tarro.)* Tomá tu sopa.

*(El Ciruja 2º apaga el pucho y se lo guarda. Toma el tarrito y se sienta también en el suelo. Come. Entra el Ciruja 3º — personaje del coro — con su tarrito.)*

CIRUJA 3º: *(Un lord.)* ¿Debo esperar turno?

MARÍA: No. Traé pronto antes que se enfríe el hueso..

(Ciruja 3º le alcanza el tarro. Ella lo coloca al fuego e introduce el hueso en él.)

CIRUJA 3º: (Mirando.) Me parece que ésa no es la manera correcta de cocinar. Hay que esperar el punto ideal de cocción antes de introducir el elemento.

MARÍA: (Lo mira.) No me jodás. ¿Qué me trajiste?

(El Ciruja 3º saca de su bolsa un par de zapatos. Se los da. María los observa.)

Y bueno... con una media suela quedarán bien... (Va a colgarlos de otro gancho. Al Ciruja 2º.) Che, vos, no te hagás el distraído. Todavía no me pagaste.

(El Ciruja 2º saca de su bolsa un secador de cabello y se lo alcanza.) ¿Está quemado?

CIRUJA 2º: La resistencia nomás. Pero en cuanto venga Domingo, que es medio eléctrico, te lo puede arreglar.

(María va hacia el brasero. Saca el hueso del tarrito.)

MARÍA: (Al Ciruja 3º) Agarrá tu caldo. (El Ciruja 3º saca su tarro del brasero y va a sentarse en el suelo. María va hacia el puesto. De un gancho cuelga el hueso por el hilo, y sobre el mostrador deja el secador. Saca una libretita y comienza a anotar. Los Cirujas la miran hacer.)

CIRUJA 1º: ¿Y qué vas a hacer con todo eso? ¡Parece un museo!

MARÍA: Esperar la primavera. ¡Ya falta poquito, por suerte! Mientras

154

tanto, voy a aprovechar para arreglar el negocio. Hay que darle una manito de pintura... reparar y clasificar la mercadería... ¡y después, a trabajar entre gente otra vez! ¡Yo no nací para vivir en la quema!

CIRUJA 2º: Hay que vivir donde te dejan. Yo salí una vez... para votar. Iba por la calle y me agarraron de un brazo y me metieron en un comité de esos y me llenaron de vino y asado con cuero. Después me metieron en otro y... ¡otra vez vino y asado con cuero...! Y otro más... ¡y meta vino y asado con cuero...! Me pasé tres días vomitando. Desde esa vez no voté más... ni me moví de aquí. La falta de costumbre consuetudinaria.

CIRUJA 3º: (Al Ciruja 3º.) ¡No me jodás! (A María.) ¿Para qué te vas a ir? ¡Aquí te podés hacer un porvenir!

MARÍA: ¡Qué porvenir, al lado de gente como ustedes! ¡No, m'hijo! ¡Yo soy para otras cosas! ¡Además... seguramente vendrán pronto mis hijos a buscarme...! Ahora ya deben ser gente importante. ¡Cualquier día se aparecen por aquí!

CIRUJA 2º: ¿Por aquí? ¡Lo único importante que puede aparecerse por aquí es alguna luz mala!

CIRUJA 1º: ¡Calláte! ¡No hablés de luces malas...! ¿Saben lo que le pasó al Manco antes de morirse?

CIRUJA 2º: ¿Qué Manco?

CIRUJA 1º: ¡El Manco! ¡Ese que le decían «el pulpo ladrón»!

155

CIRUJA 2º  
CIRUJA 1º:

¡Ah! ¿Y qué le pasó?  
Todo el día hablaba de que iba a ir al paraíso. Y paraíso por aquí... y paraíso por allá... Y una noche, de repente, se le apareció una luz mala. Claro, el Manco estaba curtido, y en vez de asustarse, comenzó a tirarle tierra... hasta que la luz mala le gritó: «Dejá de ensuciar, animal, que soy San Pedro!» Ahí se quedó quieto el Manco, y San Pedro, cepillándose, le dijo: «Vos te la pasás diciendo que vas a ir al paraíso. Bueno, mirá, mejor comenzás a buscarte otro empleo... ¡porque los tipos como vos no aparecen por el paraíso ni en caja de fósforos!» El Manco se lo quedó mirando, y le dijo: «Te juego un puchero de gallina a que voy al paraíso». «Hecho», le contestó San Pedro, y se hizo humo. A la semana nomás se murió el Manco. Dicen que de vacío, y claro, allá se fue a ver si podía cobrarse el pucherito ese... ¡Pero la puerta estaba cerrada! Entonces, el Manco se acercó en puntas de pie... la abrió un poquito... y la volvió a cerrar. San Pedro estaba adentro, en el escritorio, haciendo sus cosas. Al ratito, el Manco volvió a abrir la puerta y a cerrarla. San Pedro comenzó a ponerse molesto. Y a la tercera vez que el Manco abrió y cerró la puerta, San Pedro le gritó: «A ver ése, si se deja de joder, y entra o sale, que me va a hacer agarrar tortícolis»... Y en-

156

CIRUJA 2º:

CIRUJA 3º:

CIRUJA 3º:

JEFE:

157 MARÍA:

tonces, el Manco entró. (*Pausa. Mira hacia arriba.*) ¡Todavía debe estar comiéndose el pucherito...! Si. Estaba tan desacostumbrado, que capaz le alcanza para un año... (*Mira hacia arriba.*) Que le aproveche.  
(*El Ciruja 2º saca el pucho del bolsillo. Lo enciende. Aspiras unas bocanadas. Los otros dos lo miran ansiosos. Él también los mira. Pausa. Les alarga el pucho. Los otros dos corren y comienzan a pitar con desesperación. El Ciruja 3º tose.*)  
¡Se nota enseguida que este tabaco no tuvo el necesario tiempo de estacionamiento! ¡Qué país!  
(*Entra el Jefe de los Cirujas — personaje del coro — trayendo en sus manos un cuaderno. Viste bastante bien.*)  
¡Bueno, se acabó la digestión!  
(*Los tres Cirujas se ponen de pie uno junto al otro. Apoyan sus bolsas en el suelo.*)  
Muestren la mercadería.  
(*Los Cirujas vacían sus bolsas. El Jefe revisa todo con el pie mientras anota.*)  
¡Listo! Guarden y pasen por el depósito. Y cada artículo en su acción, ¿eh?  
(*Los tres Cirujas guardan todo en sus bolsas y salen. El Jefe va hacia María y mira las cosas que están en el puesto.*)  
Se progresa, ¿eh?  
Y... hay que hacer por la vida...

JEFE: ¡Qué modestita te pusiste de repente, no! Me parece que estás trabajando con mucho margen. Te voy a tener que aumentar la cuota...

MARÍA: ¡Qué margen! Mirá... (Le muestra su cuaderno.) mirá todos los gastos que tengo... Mirá, ¡Aquí tengo todo anotado!

JEFE: (Revisa el cuaderno.) Sos ordenada, eh... ¡Así está bien! ¡Es la única manera de progresar! ¿No tenés un cafecito por ahí?

MARÍA: Para vos sí. (Saca del puesto un jarrito. Le echa agua y café.) ¿Te gusta la música?

JEFE: ¡Claro! ¿A quién no? (María abre la cajita de música, que comienza a sonar. Ella pone luego el tarrito al brasero para que se haga el café.) ¡Qué idea macanuda, che! ¡Toda la gente debería trabajar con música! Así el trabajo sería también una cosa... del espíritu... ¿no te parece?

MARÍA: Claro. Cada vez que quieras oír un poco de música, veníte por aquí nomás.

JEFE: Gracias, María. ¡Vos sabés que desde que llegaste me caíste bien! Por eso la Sociedad no te cobra casi nada por trabajar aquí...

MARÍA: ¡Que casi nada! ¡Si una tercera parte es casi nada!...

JEFE: Vamos, no llores. Aquí no tenés impuesto a los réditos, ni jubilación, ni vacaciones, ni aguinaldo... ¡Y la Sociedad tiene que vivir, no! Hay que pagar empleados, y oficinas y

teléfono... ¡qué sé yo cuántas cosas! (La caja de música deja de sonar. Él sonríe.) ¡Linda la musiquita, eh!

MARÍA: Sí. Tomá tu café. (Sirve para los dos. Beben.)

JEFE: Estuve hablando de vos en la Sociedad. ¡Vos no sos como todos estos cirujas muertos de hambre! Sos una persona organizada... con ambiciones... ¿Tenés un poquito más de azúcar?

MARÍA: Sí. Tomá. (Le echa otro terroncito.)

JEFE: Gracias. (Bebe.) ¡Ahora está bien! (Bebe.) Y a nosotros nos vendrías al pelo...

MARÍA: No, no... Apenas llegue la primavera, me voy.

JEFE: ¡Pero mirá que te puede convenir! La Sociedad piensa ampliar sus actividades. Ya tenemos cinco sectores para nosotros... y queremos hacer un supermercado...

MARÍA: No, no... Yo no nací para ser empleada de nadie...

JEFE: ¿Y acaso con ese carrito destartado vas a ganar más?

MARÍA: No sé... pero es mío. (Acaricia el puesto.) Ya creo que lo llevo puesto... ¡como si fuese mi piel!

JEFE: ¡Pero aquí hay futuro, María! Allá... está todo repartido... ¿Qué vas a hacer allá?

MARÍA: ¡Ya me voy a arreglar! Además... tengo responsabilidades... Mis hijos, sabés... Seguramente alguna vez vendrán a buscarme... ¡y ellos



JEFE: son gente decente! ¿O vos te creés que me pasé la vida entre cirujas? ¡No, m'hijo! ¡Yo estoy acostumbrada a tratar con otro tipo de gente! ¡Cuando se trata de trabajo, toda la gente es igual!

MARÍA: ¡No sabés lo que decís!... ¡Hay categorías para todo! Siempre hace falta tener a alguien a quien respetar... Y aquí, entre cirujas... ¿me querés decir qué clase de respeto se puede tener?

(*Entra Adolfo acompañado del Cirujista 1º. Adolfo viste pobremente. Tiene un brazo vendado. Usa gorra.*)

JEFE: (*A María.*) ¡Sos más complicada! ¡Para mí, sólo se debe tener respeto al himno nacional y a la bandera!

CIRUJA 1º: (*A Adolfo, señalando a María.*) Ésa es.

ADOLFO: Ya sé. (*Cirujista 1º sale.*) ¿Hay un mate para un paisano?

MARÍA: (*Mira hacia allí. Pausa.*) ¿Adolfo...?

JEFE: (*Desconfiando.*) Si sos de otro distrito laboral, mejor te vas.

ADOLFO: ¿De otro qué?

MARÍA: (*Al Jefe.*) Dejalo... No tiene nada que ver...

JEFE: ¡Ah bueno! Aquí no nos gusta la competencia. Podés quedarte un rato, pero mejor que no te acostumbres, ch... Aquí tenemos nuestro modo de vida, y si te querés quedar, tenés que pasar por la Sociedad para llevar el cuestionario.

MARÍA: Dejalo. Es... es mi marido.

160

JEFE: (*La mira asombrado. Pausa corta. Lanza una carcajada.*) ¿Tu... marido? (*Vuelve a reír.*) Lujos que te quedaron de la buena época, ¡no! (*Va hacia Adolfo. Lo mira de arriba a abajo.*) ¿Así que ésta era la gente con la que te rozabas, che? (*Sale riendo a carcajadas.*)

MARÍA: (*Pausa.*) Mirá vos... ¡Si hasta a mí me dan ganas de reír! ¿A qué viniste? ¿O vos también tenés ganas de reírte un poco? ¡Porque si te querés divertir, mejor te vas al cine!

ADOLFO: Y claro que para divertirme hubiese ido al cine. Vos nunca me hiciste divertir.

MARÍA: (*Lo mira. Pausa.*) ¿Qué te pasó en el brazo? ¿Te picó un mosquito?

ADOLFO: A lo mejor.

MARÍA: (*Preocupada, pero queriendo disimularlo mediante la brusquedad.*) ¿Qué te pasó?

ADOLFO: Un accidente en el trabajo.

MARÍA: (*Se aproxima a él. Le mira el brazo. Trata de ver bajo las vendas.*) ¿Está bien curado? ¿No se irá a infectar?

ADOLFO: Creo que no. Me lo curaron en el hospital.

MARÍA: ¡Ah! (*Pausa.*) ¿Cómo me encontraste?

ADOLFO: Trabajo cerquita. Mañana empezamos un camino. Y un cirujista me habló de vos... Enseguida supe que eras vos...

MARÍA: ¡Ah! (*Pausa. Va hacia el puesto.*) Y... ¿te gusta mi casa?

161

ADOLFO: Un poco usada.  
 MARÍA: ¡Pero con fondo, no! Claro que en vez de frutales le crecen latas y...  
 (Lo mira. Casi grita.) ¡No me tengás lástima!

ADOLFO: Nunca te tuve lástima. Yo te quise.  
 MARÍA: ¡Ah!, me quisiste... ¿Y para qué viniste ahora?

ADOLFO: Y... será que todavía te quiero.  
 MARÍA: (Ríe.) ¡Ahí sí que me hiciste reír, che! ¡Todavía me querés! ¡Pero mirános a los dos! ¡Si necesitaríamos bañarnos dos años en perfume para volver a ser gente!

ADOLFO: Eso es cosa tuya. Yo... me siento muy gente.  
 MARÍA: ¡Sí, con un solo brazo! ¡Medio gente! ¡Eso es lo que sos! (Pausa.) Me querés... ¿Y con qué me ibas a abrazar, eh...? ¿Con qué me ibas a hacer el amor? ¿Con un solo brazo?

ADOLFO: Vos sabés muy bien que siempre me sobraron partes para hacerte el amor. (La toma con fuerza.) ¿O ya te olvidaste?

MARÍA: (Lo mira. Se suelta suavemente para no lastimarlo.) Soltáme. Te va a doler... (Pausa.) Sos muy generoso con las piedras esas que rompés por los caminos... ¡Siempre las andás ofreciendo de dote!

ADOLFO: Claro... Me olvidé que para vos la dote tendrían que haber sido latas viejas y trapos rotos...

MARÍA: ¡Qué sabés vos! Latas viejas... ¡Ya vas a ver cómo en cuanto llegue la

ADOLFO: primavera esos trapos rotos se transforman en plata!

ADOLFO: Ahora sí que empezaste a divertirme...

MARÍA: Si te reís de mí, te rompo el otro brazo, ¡eh! (Pausa. Se calma.) En cuanto llegue la primavera... voy a levantar cabeza, ya vas a ver... Y voy a buscar a los chicos... ¿No los volviste a ver?

ADOLFO: No...

MARÍA: Y ellos, ¿tampoco trataron...?

ADOLFO: (Lo corta.) ¡No...! ¡Y mejor! No quiero que me vean así... ¡Y ojalá nadie te hubiese dicho que yo estaba aquí!

MARÍA: Fijáte vos... Yo, en cambio, me alegré.

ADOLFO: ¿Por qué?

MARÍA: Porque hacía mucho que te buscaba.

ADOLFO: ¿A mí?... ¿En serio, me buscabas, Adolfo?

MARÍA: Ajá. (Pausa corta.) Ahora... vine a buscarte.

ADOLFO: ¿Para qué?

MARÍA: Para que te vengás conmigo. Yo te quiero, María. (Está junto a ella.) En mi familia somos hombres de una sola mujer... y vos sos la mía. (La abraza con fuerza.)

ADOLFO: (Se aparta de él.) ¿Por qué te fuiste? ¡Si no me hubieses dejado, yo no estaría aquí!

MARÍA: ¡Estarías peor, no te das cuenta! ¡Y hubieses estado peor por culpa mía! ¡Si yo hubiera seguido en eso, creo que hasta te hubiese robado, María!

MARÍA: ¡No es cierto! ¡Vos no sos hombre de robar!

ADOLFO: Nadie es hombre de robar si lo dejan ser él mismo. ¡Pero yo no era yo!

MARÍA: Y esto... ¿sí sos vos?

ADOLFO: No sé... pero me siento mejor. Venite conmigo.

MARÍA: No, Adolfo... ¡No, no! Yo necesito seguridad.

ADOLFO: ¡Qué seguridad! ¡Estás en la quema!

MARÍA: ¡Estoy, pero voy a salir! Además... yo sé por qué estoy aquí... Espero, sabés... Es como un descanso... un veraneo en invierno... como hacía Josefina cuando tenía que meterse en un hospital... Pero apenas llegue la primavera...

ADOLFO: Hablando de Josefina... volvió a veranear en invierno.

MARÍA: ¿Cómo?

ADOLFO: La vi en el hospital donde me curaron.

MARÍA: Pero... ¡si me dijo que ya no iba a tener que volver! Que tenía techo.

ADOLFO: Volvió. Y me pareció bastante enferma.

MARÍA: ¡Bah... debe estar disimulando!

ADOLFO: Disimulaba muy bien entonces. ¿Querés terminar como ella?

MARÍA: ¿Qué tiene que ver chicha con limonada? ¡Yo no soy Josefina! ¡Tengo un negocio! ¡Tengo hijos que me van a ayudar! Y en cuanto llegue la primavera... ¡Además, ya

164-65

vas a ver como se aparece Josefina apenas llegue la primavera!

ADOLFO: María... esta madrugada salgo con la cuadrilla.

MARÍA: Adolfo... vos sabés que yo también te quiero. ¡Y tenés razón! ¡Me acuerdo de todo! ¡De cada uno de tus dedos me acuerdo! ¿Por qué no te quedás?

ADOLFO: No... ¿Sabés todo el trabajo que me costó volver a fabricarme un poco de vergüenza?

MARÍA: ¡Para qué te sirve la vergüenza!

ADOLFO: Cuando te agujerearon los bolsillos de nacimiento... es lo único que te sirve, sabés... (La toma con fuerza.) ¡Venite conmigo, la puta madre!

MARÍA: (Se sacude.) ¡No! ¡No!... (Se aparta de él.)

ADOLFO: (Pausa.) Tenés hasta la madrugada para pensarlo. Voy a pasar a buscarte... por última vez. (Se vuelve y va a salir, pero se detiene antes de hacerlo.) Josefina me dijo que le gustaría verte. Que te lo dijese, si te encontraba... pero claro, ¿cómo vas a dejar el negocio, no! (Sale.)

MARÍA: (Pausa. Le grita.) ¡Morite! ¡Muerto de hambre! ¡Ciruja! (Se calla. Pausa. Se encoge toda sobre sí misma.) ¡Querido...!

(Pausa. Ella está sola. La luz comienza a bajar lentamente. María camina por el escenario. Va hacia el puesto. Toma su libreta. Intenta anotar algo mientras examina su

mercadería, pero enseguida arroja la libreta sobre el mostrador. Se pone rápidamente un chal viejo sobre la cabeza. Sale del puesto y corre tras Adolfo gritando.)

¿En qué hospital está? (Sale.)

(El escenario queda solo. Pausa. Aparecen los tres cirujas. Miran furtivamente en todas direcciones. Al no ver a nadie, se abalanzan sobre el puesto y meten todo en sus bolsas. Se pelean por el hueso, y en la pelea, cae sobre el mostrador la caja de música. Pero ellos no la ven. Ahora sólo pelean por el hueso. Y peleando salen de escena. El supermercadito de Doña María ha perdido toda su mercadería en la batalla. Menos la cajita de música, que comienza a sonar, y enseguida, con el lento apagón final, va callando, callando, hasta desaparecer.)

FIN DEL CUADRO QUINTO

CUADRO SEXTO

La caja de música ha dejado de sonar. Oscuridad total. Y suavemente comienza a iluminarse el costado izquierdo del escenario. Josefina está acostada en una cama de hospital. Un círculo de luz rodea la cama. Pausa. Enseguida, viniendo desde la derecha, María penetra en el círculo de luz, en uno de cuyos bordes se queda mirando a Josefina. Y de pronto, María rompe el silencio.

- MARÍA: ¿Se puede saber qué mierda hacés aquí?
- JOSEFINA: (La ve.) ¡Calláte, boca sucia, que hay viejitos!
- MARÍA: (Se aproxima a Josefina y la abraza.) ¡Josefina querida!
- JOSEFINA: ¡No me aprestés la pancita, que anda bien mal la pobre!
- MARÍA: Vamos, conmigo no, ¿eh? ¡que no hay nadie cerca!
- JOSEFINA: ¿Qué me contás? ¡Y es que anda mal nomás...! (La huele.) ¡Qué olor a podrido tenés!
- MARÍA: Es... de la mercadería con que trabajo ahora, ¿sabés?
- JOSEFINA: ¿Ah, sí? ¿Y qué mercadería es? Supongo que no será para comer, ¿no?
- MARÍA: No... son... ramos generales... de cierta clase... ¿Por qué no me buscaste?
- JOSEFINA: ¡Si te busqué como una loca! Pero nadie sabía nada de vos... ¡Al final, pensé que te habrías ido a Montecarlo!
- MARÍA: ¡Y yo te hacía bajo techo... en la Congregación... lavando y plan-

chando para tu hermano Manuel!  
 ¡Y te encuentro aquí, veraneando sola otra vez! ¿Qué pasó, Josefina?  
 ¡Ay, mejor ni hablar, mi vieja!  
 ¡Todo está patas para arriba!  
 ¿Te peleaste con el hermano?  
 ¡No, María... todo lo contrario!  
 ¡Eso iba muy bien, sabés... muy bien...! Una noche, sabés... yo estaba durmiendo... y de pronto siento que algo me toca la pierna, bajo las sábanas... y me sube, y me sube, y me sube... y cuando llega aquí, le pego un manotazo y le grito: ¡Fuera, bicho!

MARÍA: Pero no era.  
 JOSEFINA: No, no era. En la oscuridad, el bicho me dice con voz temblorosa... «Soy yo, hermana Josefina... ¡No me haga pasar vergüenza, por favor...!» ¿Y cómo le iba a hacer pasar vergüenza? Así que... se metió en mi cama, y... (Pausa. La mira.) ¡Podía, María! No mucho, pero podía...

MARÍA: ¡Qué lindo, Josefina...! ¡Es... tan dulce lo que me contás!

JOSEFINA: ¿No es cierto que sí...? Después todo fue mejor. ¡Manuel... nuestro Capitán... ya no estaba serio cuando nos hablaba de fe, sabés! ¡Sonreía, y hasta creo que se le iban borrando las arrugas! ¡Todos estábamos cada vez más contentos de tener fe! ¡Era una hermosa fe, María!

MARÍA: Sí, me la imagino. Pero entonces... ¿qué hacés aquí? ¿No quiso casarse con vos?

JOSEFINA: ¿Por qué no? ¿Porque ya se había acostado conmigo? ¡Pero estás loca! ¿Quién te pensás que era Manuel...? ¡Claro que nos íbamos a casar! Y una noche, mientras estábamos acostados, hablábamos de eso, sabés... Y nos sentíamos tan bien, María, sentíamos que nuestra fe era tan linda, tan importante... que decidimos llevarla al África.

MARÍA: ¡No!

JOSEFINA: Sí... (Pausa corta.) Me dormí soñando con el África... Y cuando me desperté... estaban todos los hermanos de la Congregación rodeándome... Y Manuel al lado mío... muerto.

MARÍA: ¿Cómo?

JOSEFINA: Había muerto de amor, María... ¿Te das cuenta? ¡Ya se le había pasado la edad para eso! ¡Pero todos dijeron que había muerto por pecar... y que yo le había llevado al pecado! ¡Y cuando vino otro Capitán... aguanté una semana más... y me fui! ¡No podía seguir, María! Pero... la fe seguía, no...

MARÍA: ¿La fe...?

JOSEFINA: Ay, mi vieja... cuando murió Manuel... el hermano Manuel... me di cuenta que mi fe era él... ¡Su compañía... su techo... su amistad! ¡Yo nunca había tenido eso...! Con el otro, todo era distinto, María... Te diré, mi

vieja... ¡era una verdadera porquería! ¡Todo se volvió «arrepentimiento» y más «arrepentimiento»! Y al final de cuentas, ¿de qué tenía que estar yo tan arrepentida? ¿De vivir de a poquito? ¿De tener de a poquito? ¿De hacer el amor de a poquito? ¿Eh? ¿De qué...? ¡Era demasiado arrepentimiento por nada, María! ¡Y miedo! ¡Meta miedo! ¡Había que limpiarles los piojos a los piojosos, porque, si no, te ibas al infierno...! ¡Había que rezar y creer en Dios, porque, si no... al infierno de cabeza! ¡Ma qué tanto infierno! ¡Era como creer... como creer en la muerte, María! ¡Y a mi edad... háblenme de otra cosa, que la muerte vendrá solita... sin ayuda... (Transición.) ... como ahora... (María lanza una carcajada.) ¿De qué te reís, sonsa? ¿De que me voy a morir?

MARÍA:

JOSEFINA:

¡Que te vas a morir!  
¡Te digo que me voy a morir!  
¿Cómo te voy a mentir en eso, a vos... que sos mi amiga? Le descubrí el cuadernito al médico... (Ríe.) ¡Ni se avivó! ¡A estos médicos jóvenes les metés cualquier mula...! ¡Y bueno, ahí en el cuadernito lo dice...!

MARÍA:

JOSEFINA:

¿Qué dice?  
¿Pero sos sonsa, che? ¿No te lo dije? ¡Que estoy sonada!

MARÍA:

(La mira. Pausa.) No, no... ¿pero sos loca vos? ¿Cómo te vas a morir?

JOSEFINA:

¡Che, qué cabeza dura, carajo! ¡Te digo que estoy sonada!

MARÍA:

(La mira. Explota.) ¡Pero cómo mierda te vas a morir! ¡Cómo me vas a dejar sola!

JOSEFINA:

Y, cada uno sabe sus cosas. Vos arreglá tus asuntos que yo me encargo de los míos...

MARÍA:

¡Pero no...! Pero... ¡Pero cómo te vas a morir, Josefina!

(Se larga a llorar, apoyando su cabeza sobre el vientre de Josefina. Josefina le acaricia la cabeza.)

JOSEFINA:

Entonces... ¿me quisiste un poco, María? ¿En serio que me quisiste? (María la mira. Le besa las manos sin responderle.)

¡Qué lindo, María! ¡Qué lindo! (De pronto.) ¡Qué país, Dios mío! ¡Ya ni en los hospitales se puede vivir! (Pausa corta.) ¡Y bueno... qué se le va a hacer...! ¡Habrá que morirse nomás!

(Deja caer la cabeza sobre la almohada. Pausa. María la mira. Comprende que Josefina ha muerto. Pausa. Le pone su chal.)

MARÍA:

Yo... yo quisiera cantarte algo de despedida, Josefina... algo que corresponda... pero no sé... Lo único que sé es... (Se corta. Pausa.) ¡Y bueno, mi vieja, vos me vas a comprender!

(Y canta una canción alegre y audaz que no tiene nada que ver con

la oportunidad. Pero como María misma lo ha dicho, es lo único que sabe, lo único que tiene. Y no puede ofrecer más que lo que tiene. La luz va bajando sobre la canción de María.)

FIN DEL CUADRO SEXTO

CUADRO SÉPTIMO

La luz sube nuevamente, ahora sobre el puesto de María en la quema. Rodeando el puesto están: Ada, Carlos y el Negro. Los tres están extrañamente gordos. Visten con elegancia. Ada lleva sombrero, y un hermoso chal le cubre los hombros. Miran todo mientras se pasean. Evidencian desagrado ante el lugar. Desde la oscuridad llega apenas canturreada, muy tristemente, la misma canción que María cantara para Josefina. Los tres miran hacia el costado izquierdo, por el cual entra María muy abatida. Llego sacudiendo los brazos contra el cuerpo para entrar en calor. De pronto, cree ver en el suelo algo que tal vez pueda venderse, y se agacha para recogerlo.

ADA:

Mami.

MARÍA:

(Agachada, levanta la cabeza y los ve.) Ada . . . (Pega un alarido y corre hacia ellos.) ¡Nena! ¡Nena! (La abraza con desesperación. Ada también, pero cuidando algo —no exageradamente— su ropa. María la cubre de besos. Luego abraza a Carlos.) ¡Nene mío! . . . (Lo besa de arriba a abajo. Se aparta un poco. Abraza a Ada y Carlos.) ¡Mis nenitos queridos. . . ! (Besa a los dos.)

ADA:

Mamá . . . del Negro te acordás, no . . . (María lo mira.) Nos casamos, mamá. . . pronto vas a tener un nieto . . . (Ríe mientras se toca la barriga.)

NEGRO:

(Muy sumiso.) ¿Cómo estás, María?

MARÍA:

¿Puedo . . . darte un beso?

ADA:

(Al Negro, autoritariamente.) Dale un beso a mamá, Negro.

NEGRO: Sí, mi amor. *(Besa rápidamente a María.)*

MARÍA: *(Mira a Carlos y al Negro.)* ¿Ya... no están peleados?

ADA: ¡Pero no, por favor! *(Señala al Negro casi con menosprecio.)* ¡Si todo fue una estupidez de éste! ¡En cuanto Carlos hizo plata le devolvió todo! ¿No es cierto, Negro?

NEGRO: Sí, mi amor. Así fue.

ADA: ¡Y ahora son socios! ¡Bah, es una manera de decir, porque Carlos tiene la mayor parte! ¿No es cierto, Negro?

NEGRO: Sí, mi amor.  
*(María los mira. Está algo desorientada, pero se siente feliz de verlos. Vuelve a abrazar a sus dos hijos.)*

MARÍA: ¡Nenes queridos! ¡No se imaginan cuánto he pensado en ustedes!

CARLOS: *(No muy sentimental.)* Hubieras podido avisarnos dónde estabas. ¡Te buscamos como locos!

MARÍA: *(Feliz porque la hayan buscado.)* ¿En serio?

CARLOS: ¿En serio? ¡Contraté siete detectives! ¡Me salió en un dineral! ¡Bah, eso no es lo más importante, pero es que no había ni señales tuyas!.. Menos mal que a uno de los detectives se le ocurrió meterse en... *(Vacila. Le disgusta decirlo.)* en la quema...

MARÍA: Sí... Quise tomarme un descanso, sabés... ¡Y éste es un lugar tan bueno como cualquier otro!.. ¡No tenés idea de los negocios que se pueden hacer aquí! *(Mira el puesto*

por primera vez y ve que le han robado todo.) ¿Qué...? *(Corre hacia el puesto.)* ¿Ustedes sacaron algo?

CARLOS: ¿Algo de qué?

MARÍA: ¡Me robaron todo! ¡Me dejaron sin nada!

CARLOS: ¿Pero qué te robaron?

MARÍA: ¡La mercadería! ¡Me pasé todo el invierno aquí, trabajando, para que ahora...!

ADA: ¡Pero, mamá, por favor! ¡No pensarás que vinimos a buscarte para que sigas aquí, no!

MARÍA: *(Encuentra la cajita de música.)* ¡Mirá lo único que me dejaron! *(Les muestra la cajita.)* *(Se la quita y la deja sobre el mostrador.)* ¿Te parece que ésta es forma de recibirnos?

CARLOS: No, no... ya sé... ¡Perdónenme, queridos! ¡Estoy tan contenta de verlos! *(Mira en todas direcciones.)* ¡Y no tengo nada para convidarles!

MARÍA: ¡Qué importa eso, mamá!

ADA: ¿Cómo no va a importar, nena?

MARÍA: ¡Nada de nada!

ADA: *(Al Negro.)* Negro, agarrá el coche y andá a comprar algo.

NEGRO: Sí, mi amor. *(Sale rápidamente.)*

ADA: *(A María.)* Y... ¿ya estás contenta?

MARÍA: ¡Yo quería convidarlos con algo mío! ¡Pero esos atorrantes...!

CARLOS: ¡Qué importa ahora si es tuyo o nuestro! Eso se terminó, mamá.



Vinimos a buscarte para hacernos cargo de vos.

MARÍA: ¿Cómo? ... ¿Cargo ... de mí?

ADA: Sí, mamá. ¡Nuestra madre no puede seguir viviendo así! Al final de cuentas, todo lo que somos te lo debemos a vos. *(Le toma las manos.)* ¡Pero, mamá, estás muerta de frío! Tomá. *(Le pone su hermoso chal.)*

MARÍA: No, no, nena.

ADA: ¡No discutás, por favor! *(La envuelve en el chal.)* ¡Y con la cabeza al viento! ¿Pero vos te creés que todavía sos una nena? ¡Tomá!

*(Le pone su sombrero. María queda convertida en algo parecido a un espantapájaros, allí, en medio de la escena, con un chal y un sombrero finos sobre su ropa gastada y bastante sucia. María eleva los ojos hacia arriba tratando de ver su sombrero. Cuando comienza a llevar lentamente una mano hacia el sombrero con intenciones de tocarlo, Ada se lo impide empujándola junto al brasero y sentándola allí, como a una viejecita de 90 años.)*

¡Vení al lado del fuego, mamá!

¡Que si te pescás una pulmonía a tu edad . . . !

MARÍA: *(Comienza a arrugarse toda, impuesta de la situación en que la colocan.)* No es para tanto, nena. *(Su voz también comienza a ser la de una vieja.)*

ADA: ¡Nunca se sabe! Pero no te preocupés. ¡En casa hay calefacción, y te vas a poder calentar a gusto!

MARÍA: *(Sentadita.)* ¿Tienen casa, nena?

ADA: Sí. Todavía nos falta pagar algo, pero te va a gustar. ¡Y el cuarto que te destinamos es una locura!

CARLOS: Ada ... me gustaría que mamá fuese primero a mi casa.

ADA: ¡Ni hablar!

CARLOS: ¡Pero, Ada, quiero que la conozca la familia de Evangelina!

MARÍA: *(Tímidamente.)* ¿Quién es ... Evangelina?

CARLOS: Mi novia. Yo les dije que vivías en el interior, sabés ... así que cuando te los presente.

MARÍA: Ya sé, ya sé.

ADA: ¡Carlos, no empecemos desde ya!

CARLOS: ¡Mamá se viene conmigo! En tu casa se va a sentir muy sola.

ADA: ¿Cómo sola? ¿Acaso no hay sirvienta?

CARLOS: ¡No vas a comparar una hija con una sirvienta! ¿No es cierto, mamá?

MARÍA: No, claro ... pero me gustaría cocinar para Carlitos.

ADA: ¿Cocinar ... vos? ¡Ni hablar!

MARÍA: ¡Para vos se terminó el trabajo, mamá! ¡Ya estás en edad de descansar!

CARLOS: Pero, nena ... Carlitos.

MARÍA: ¡No, no ... yo no quería que vieneses a casa para que te pusieras a cocinar! ¡Ni cocinar ni nada, mamá! En eso Ada tiene razón. Ya no estás en edad de trabajar. ¡Tra-

MARÍA: bajaste bastante para nosotros en tu vida...!

ADA: Lo hice con alegría, nene...  
¡Nosotros entendemos todo muy bien, mamá! ¡Pero gracias a vos somos lo que somos! ¡Y queremos pagártelo! Pronto vas a ser abuela...  
*(Recuerda al Negro.)* ¿Y ese idiota, se habrá ido a la China para comprar algo? *(Y justo en ese momento entra el Negro trayendo varias cosas.)* ¡Ah, menos mal! Ya me estaba preguntando dónde te habrías metido...

NEGRO: Y, es tarde, mi amor. Tuve que dar propina para que me vendiesen algo en un bar...

ADA: ¡Sí, la cuestión es tirar la plata!  
*(Por la derecha entra Adolfo. Ve a los otros y se queda sentado en el suelo en un rincón del costado derecho. Nadie le presta atención, ya que parece un ciruja más. Ada va hacia María con algunas cosas para comer.)*

ADA: Servíte, mami.

MARÍA: *(Toma lo que le alcanza Ada. Va a comer cuando ve que los otros no comen.)* Ustedes... ¿no comen?

ADA: No, mami. No tenemos hambre

MARÍA: ¡Ah! *(Va a comer. Pero no puede. Pausa.)* Fijate... yo tampoco.

ADA: Pero, cómo...

MARÍA: Y sí... es raro, no... tenía... y se me fue...  
*(Va a ponerse de pie para dejar la comida en el puesto, pero Ada se lo impide.)*

ADA: ¡No, no! Vos quedáte sentadita. Ya es hora que alguien te sirva a vos. *(Toma la comida y la deja en el puesto.)* Nunca olvidamos que todo lo que somos te lo debemos a vos...  
*(A Ada.)* Mi amor... te vas a resfriar.

NEGRO: Ya nos vamos.

ADA: El nene...

ADA: *(Categórica.)* Dije que ya nos vamos, no.

NEGRO: Sí, mi amor.

ADA: Carlos quiere llevarse a mamá con él. Y yo digo que una madre, a cierta edad, debe vivir con su hija.

NEGRO: Sí, mi amor...

CARLOS: Pero, Ada, prestámela por una semana, ¡y apenas la conozca Evangelina te la devuelvo!

ADA: ¡No me la vas a devolver nada!

CARLOS: Cuando yo digo que voy a devolver algo que me prestan... ¡lo devuelvo!

ADA: Sí, claro... ¡como el combinado!

CARLOS: ¡Porque todavía tenemos ocupado el camión en la fábrica! Pero en cuanto se desocupe...

ADA: *(Sin reír.)* Ja, ja. ¡Mamá se viene conmigo!

MARÍA: Nenes... escúchenme... *(No la escuchan.)*

CARLOS: ¡Prestámela por una semana!

ADA: ¡Ni por un día!

MARÍA: Escúchenme, nenes... *(No la escuchan.)*

CARLOS: ¡Pero quién te dijo que es tuya!  
¡En dónde la compraste!

ADA: ¡Las madres, a cierta edad, deben vivir con sus hijas!

CARLOS: ¡Por una semana!

MARÍA: Escúchenme... *(No la oyen.)*

ADA: ¡Ni por un minuto!

MARÍA: *(Sin ponerse de pie. Grita.)* ¡Escúchenme, carajo!

*(Ada, Carlos y el Negro quedan alelados, María vuelve la cabeza hacia ellos. Lentamente se va poniendo de pie.)*

Lamento no tener en el stock una madre para venderles... ¡una buena madre!... Pero ya ven... me dejaron sin nada...

ADA: Pero, mami

MARÍA: *(Le grita.)* ¡A callar, cotorra!

*(Ada cierra la boca de un golpe. María va hacia ella. La mira. Se quita el chal y se lo coloca a Ada alrededor del cuello.)*

ABOLFO: *(Se lo pone en la cabeza. María va hacia el Negro.)* ¡Te compadezco, Negro! Pero si no empezás a usar el garrote... te veo jodido. ¡eh! *(Él baja la vista. María va hacia Carlos.)* Y a tu Evangelina... presentáale la sirvienta. ¡Además, no me gustan las Evangelinas!

MARÍA: ¡Me las como crudas!

ADA: Mami

MARÍA: Y ahora... a volar... ¡que aquí hace frío!

ADA: Mami

MARÍA: ¡Dije que a volar!

CARLOS: Pero... nosotros te queremos, mamá... Vinimos a buscarte porque te queremos...

MARÍA: Ya sé... Ya sé... pero si voy a la casa de cualquiera de ustedes... me van a poner en un rincón, como un perchero... ¡y el día menos pensado me tapan la jeta con un sobretodo!

ADA: ¡No, mamá! ¿Cómo se te ocurre? Nosotros sabemos que todo lo que somos...

MARÍA: ¡No me lo digás más, que eso me da vueltas por aquí adentro como una avispa!... Váyanse... Si todo lo que son, me lo deben a mí... cómanselo entre ustedes... *(Transición honda.)* y perdónenme... *(Va hacia el puesto. Hay una pausa.)*

NEGRO: *(A Ada.)* Hace frío, mi amor...

ADA: Sí, ya nos vamos. Dame plata.

NEGRO: Sí, mi amor. *(Le da dinero. Ada va hacia María.)*

ADA: Aceptáme esto al menos... Te hará falta...

MARÍA: *(Mira el dinero.)* ¡Ah sí! Esto siempre hace falta. Pero yo compro y vendo. Aprendí a desconfiar de los regalos. Tomá. *(Le da la caja de música.)* ¡Como decía Josefina... ¿te acordás?... un precepto por un pecado...!

*(Ada toma la caja de música. Por la derecha van saliendo Ada, Carlos y el Negro. Al pasar ante Adolfo, muy agazapado y escondiendo el rostro, Ada saca un billete de su*

MARÍA:

*monedero y se lo deja a Adolfo en la mano, confundiéndolo con un mendigo. Los tres salen. Adolfo queda con el billete en la mano. Lo mira. Comienza a reír suavemente.)*  
*(Les grita a los tres, que ya han salido.) ¡Y perdonenme...! ¡Por favor... perdonenme!*  
*(Adolfo se pone de pie. Comienza a reír a carcajadas. María lo ve. Ella comienza a llorar suavemente, mientras va hacia el brasero y se sienta. A medida que el llanto de María sube de intensidad, disminuye la carcajada de Adolfo, hasta que finalmente cesa. Sólo queda el llanto de María, que también decrece. Adolfo llega junto a María. Le apoya las manos en los hombros. Ella, sin volverse, le araricia las manos.)*  
¿Oíste todo?

ADOLFO:

Ajá.

MARÍA:

¿Qué es lo que salió mal, Adolfo?

ADOLFO:

No sé.

MARÍA:

¡Porque algo debe haber salido mal!  
¡Yo trabajé como una burra para que mis hijos sean gente decente! Para que pusieran casa... y tuviesen hijos... ¡Toda la vida soñé con eso! Y ahora... son todo lo que yo soñé... todo lo que yo quise... ¡pero son todo lo contrario! ¿Qué pasó, Adolfo?

ADOLFO:

No sé, María. Preguntáme algo más fácil. Por ejemplo... cuándo me voy...

MARÍA:

*(Pausa.)* ¿Cuándo te vas?

ADOLFO:

Ya. Preguntáme... ¿con quién me voy?

MARÍA:

*(Pausa.)* ¿Con quién te vas?

ADOLFO:

Con vos. Ahora te quedo yo no más... Poquito... pero algo... y gratis.

MARÍA:

*(Pausa. Se pone de pie bruscamente. No está vencida.)* ¡No... no! Todavía me quedan fuerzas para gastar...

ADOLFO:

*(Sorprendido.)* ¡Pero vos sos loca! ¡Loca perdida!  
*(Adolfo va hacia ella en el mismo momento en que entran, armados hasta los dientes, un cabo y dos soldados —personajes del coro—. Uno de los soldados arrastra una ametralladora.)*

MARÍA:

*(Los ve.)* ¿Qué...?

CABO:

¡Si se quedan quietos, no va a pasarles nada! ¿Tienen armas?

MARÍA:

¿Armas... qué armas?

CABO:

¡Soldado, registra el edificio!

SOLDADO 1º:

*(El que no tiene la ametralladora.)*  
¡Sí, mi cabo primero!  
*(Recorre el puesto y todo el escenario buscando armas.)*

MARÍA:

Pero... ¿qué pasa?

CABO:

Quédese quieta, señora. Estamos en guerra

MARÍA:

¿Quién?

CABO:

Los anaranjados contra los violetas.  
*(Grita.)* ¿Encontró algo, soldado?  
¡Nada más que esto, mi cabo primero! *(Señala el brasero.)* ¡Confíselo! ¡Puede ser importante si tenemos que estar mucho tiempo al sereno!

SOLDADO 1º:

MARÍA: *(Se le aproxima.)* Cabo...  
CABO: ¡Cabo primero!  
MARÍA: Cabo primero, perdone... ¿Ya... ya saben... si son anaranjados o violetas?  
CABO: Eso no tiene importancia. Pronto lo sabremos. Pero seamos violetas o anaranjados, el deber es uno... ¡y sabremos morir por él!  
SOLDADO 1º: Hace frío, mi cabo primero...  
CABO: ¡Rodear el brasero! *(Al soldado 2º)*  
¡Soldado... disponga la ametralladora en posición de combate!  
*(Los tres rodean el brasero. El soldado 2º coloca la ametralladora apuntando al público. María los mira y corre hacia Adolfo. Lo toma ansiosa.)*  
MARÍA: ¡Pellizcáme, Adolfo! ¡Pellizcáme! *(Él lo hace.)* Pero entonces... no estoy soñando... ¡Estamos todos locos! ¡Estamos todos locos!... Decíme, Adolfo... ¿adónde lleva ese camino tuyo?  
ADOLFO: Eso, nunca se sabe. Pero pasa por la Selva de Montiel... donde nací yo... y ahí podemos bajarnos...  
MARÍA: ¿La Selva de Montiel? ¿Para qué?  
ADOLFO: Y... te voy a decir, mirá... Nos buscamos el árbol más grande y viejo... nos tumbamos... nos dormimos... y le pedimos a cualquiera que pase que nos despierte en el año 2000... ¡A lo mejor entonces... entendemos algo!  
SOLDADO 2º: ¡Siento ruido, mi cabo primero!  
CABO: ¡Posición de combate!

MARÍA: ¡Vamos, Adolfo... vamos! ¡Esto... es cosa de ellos! ¡Nosotros no tenemos nada que hacer aquí! ¡Vamos pronto, por favor!  
*(Adolfo y María salen. El cabo, de frente al público, adopta una pose marcial y heroica.)*  
CABO: ¡Soldados! ¡Tengo el presentimiento de que en este campo de batalla... ha de librarse un combate muy importante!  
*(El cabo y los dos soldados, temblando de frío, rodean el brasero, mirando al público. Rompen los acordes de una marcha militar.)*

FIN DEL CUADRO SÉPTIMO

*La guerra continúa -  
francisco de los  
este tiempo  
y se iban al -  
artículo -*

## índice

### PRIMER CICLO: «EL CALOR»

- 3 ● *Primavera*
- 41 ● *Verano*

### SEGUNDO CICLO: «EL FRÍO»

- 125 ● *Otoño*
- 151 ● *El invierno*

Seminario Multidisciplinario  
José Emilio González  
**SMJEG**  
Facultad de Humanidades  
UPR-PR